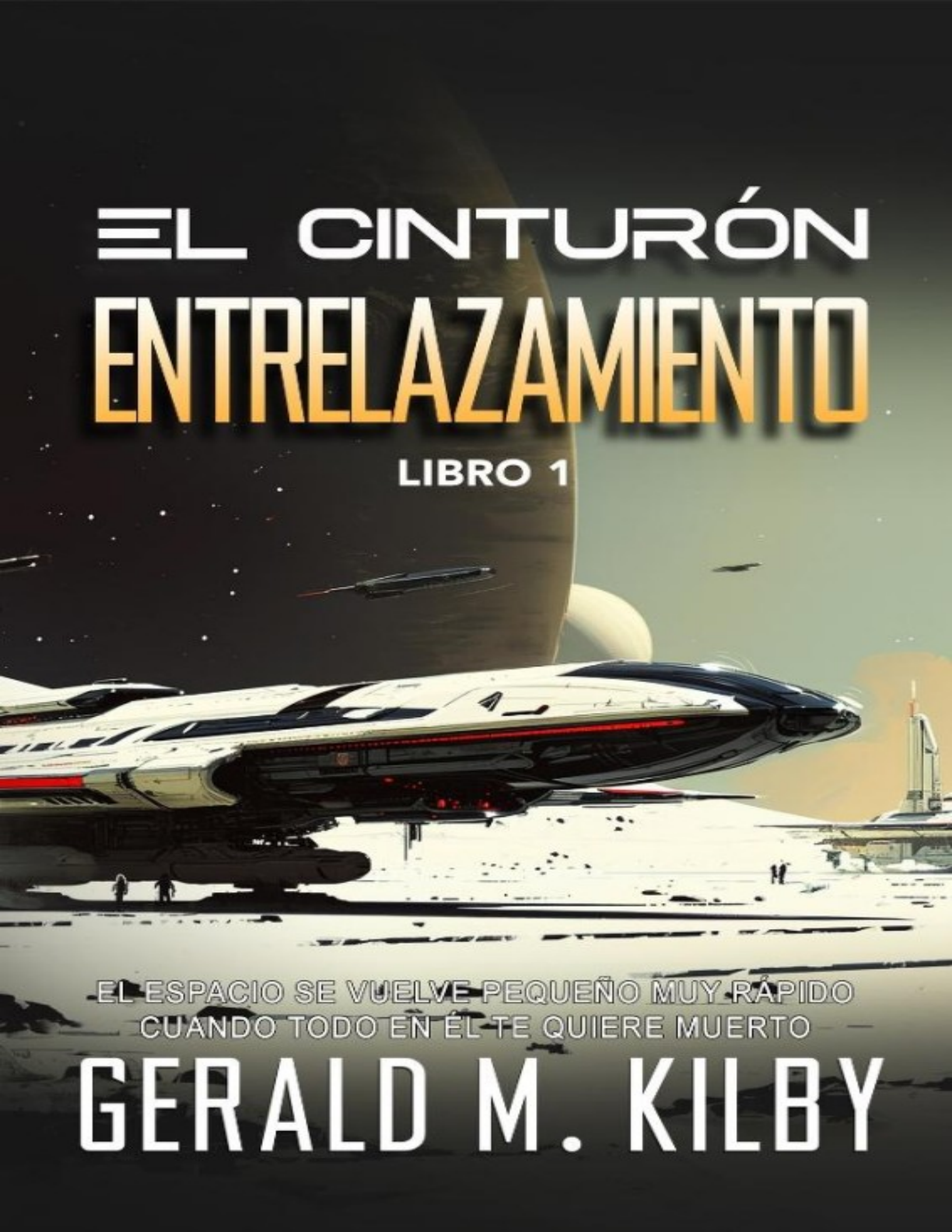

EL CINTURÓN
ENTRELAZAMIENTO
LIBRO 1
EL ESPACIO SE VUELVE PEQUEÑO MUY RÁPIDO
CUANDO TODO EN ÉL TE QUIERE MUERTO
GERALD M. KILBY

ENTRELAZAMIENTO

EL CINTURÓN

LIBRO 1

GERALD M. KILBY



ÍNDICE

1. Antíope Nueve Cero
2. Hermes
3. Aria
4. Salvamento
5. Encuentro
6. Solomon
7. El Gato Y El Ratón
8. Profundidades Ocultas
9. El Asteroide Neo City
10. Einstein, Podolsky Y Rosen
11. Xiang Zu
12. Huida A Los Muelles
13. Purga
14. Revisión De Armamento
15. La Armada Se Reúne
16. Veintiún Días Hasta Europa
17. Infracción Del Protocolo
18. Llamada A Un Amigo
19. Europa
20. Superlumínico
21. Cónclave
22. Cambio De Planes
23. Dyrell
24. Campo De Escombros
25. Regreso A Las Estrellas

También De Gerald M. Kilby
Sobre El Autor

1

ANTÍOPE NUEVE CERO

En algún lugar de los recovecos más profundos del subconsciente dormido del comandante Scott McNabb, una serie de sinapsis se activaron para alertar a su cerebro de la llegada de datos. Una voz... que lo llamaba... una que conocía... y entonces cayó en la cuenta. Era la IA de la nave, Aria.

—Lamento despertarlo, comandante, pero tenemos una situación que requiere su atención.

Scott soltó un gemido sordo. —¿Está la nave comprometida?

—No, la nave está bien. Pero...

—¿Estamos en peligro?

—No, comandante. Ningún peligro. Sin embargo...

—Pues entonces, váyase y déjeme volver a dormir. —Scott hundió más la cabeza en la almohada.

—Comandante, si me permite...

—Aria, usted es el cerebro aquí, usted dirige la nave, ¿para qué me necesita? —Hubo una pausa momentánea y a Scott le pareció oír a la IA soltar un suspiro de exasperación.

—Agradezco su confianza en mis capacidades. Pero ha surgido una situación en la que el protocolo me exige alertar al comandante de la nave..., que sería usted.

Le tocó a Scott suspirar. Aria no lo dejaría en paz hasta que dijera lo que fuera que la tenía tan alterada. Sacó una mano de debajo de la ropa de cama y se frotó la cara. —¿Vale, de qué se trata?

—Mis sensores han detectado otra nave cerca del asteroide binario Antíope Nueve Cero.

Scott se rascó la cabeza. —¿Otra nave... tan lejos en el Cinturón?

—Sí, comandante.

—De acuerdo, es inusual, Aria. Pero ¿cuál es el problema? ¿Es alienígena o algo así?

—No sea ridículo, comandante. La probabilidad de que exista una civilización alienígena capaz de...

—Vale, Aria..., lo que usted diga. —Scott agitó una mano en el aire con desdén.

—Es una nave espacial abandonada, señor.

Scott levantó la cabeza de la almohada. —¿Abandonada?

—Sí, comandante. Abandonada.

—¿Cómo que «fuera de servicio»?

—Para empezar, técnicamente una nave espacial no está viva. Pero sí, no hay rastro de energía ni señales de vida. También he intentado contactar con ella varias veces. Mi análisis inicial indica que lleva «fuera de servicio», como usted dice, varios años terrestres.

Para entonces, Scott ya se había dado la vuelta y estaba tumbado bocarriba en la cama. —Ya veo.

—El protocolo dicta que debo alertar al comandante en una situación así. El Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre nos obliga a ofrecer asistencia a cualquier nave en apuros. Sin embargo, si vamos a encontrarnos con ella, debemos empezar a decelerar lo antes posible. Pero tendrá que dar esa orden usted, comandante.

Scott se incorporó y se rascó la barbilla, pensativo. —¿Así que si la nave está abandonada, habría derechos de salvamento sobre ella?

—Suponiendo que todos a bordo estén muertos, entonces sí.

Scott empezaba a darse cuenta de que ese podría ser su día de suerte. Si podían reclamar el salvamento de esa nave abandonada, el dinero ayudaría mucho a resolver muchos de los problemas de

Scott, si no todos. Estiró los brazos y se frotó la cara. —¿Cuánto falta para el encuentro?

—Aproximadamente cuatro horas.

—¿Y la deceleración?

—Necesitaremos un encendido de setenta y dos minutos.

—A la tripulación no le va a gustar eso, Aria.

—En efecto. Sin embargo, la decisión es suya y solo suya, comandante.

—De acuerdo, Aria. Alerte al resto de la tripulación. Dígales que se abrochen los cinturones y se preparen para la deceleración. Nos reuniremos en el puente después del encendido. Mientras tanto, averigüe todo lo que pueda sobre esa nave, en particular, eh..., cuánto podría valer en concepto de salvamento.

—Entendido, comandante. Pero he encontrado muy poca información sobre ella hasta ahora.

Scott ya se estaba abrochando el cinturón en un asiento de su camarote diseñado para mitigar los efectos de la alta gravedad de la deceleración. —Eso parece un poco extraño. Debe de haber algún registro de una nave desaparecida por aquí.

—Lo hay, pero es información clasificada.

A Scott se le abrieron los ojos como platos. —¿Clasificada?

—Sí, comandante.

Dos pensamientos cruzaron la mente de Scott a la vez. Uno, que «clasificada» solía implicar un montón de problemas, en el mejor de los casos. En el peor, podría ser francamente peligroso. Podría haber una muy buena razón por la que esa nave se perdió, y eso significaba que la tripulación del Hermes podría estar exponiéndose a una situación potencialmente peligrosa. El segundo pensamiento que tuvo, sin embargo, fue más interesante: si esa nave abandonada era de hecho parte de una misión clasificada, la bonificación por el salvamento acababa de dispararse. Scott se abrochó la última correa del arnés. —¿Se ha avisado a los demás, Aria?

—Sí, comandante. Ya están todos con los cinturones abrochados.

—Vale. Dele caña. —Scott sintió cómo los potentes motores de la nave se ponían en marcha y lo aplastaban contra el asiento.

Soportarían una alta gravedad durante los próximos setenta y dos minutos. No era agradable, pero le daba mucho tiempo a su mente para considerar cómo iba a gastarse el dinero del salvamento; eso, desde luego, sí que era muy agradable.

2

HERMES

Cuando Scott llegó al puente de mando del Hermes, la oficial de vuelo Miranda Lee ya estaba allí, de pie junto a la mesa holográfica, examinando una imagen en 3D de la nave abandonada que giraba suavemente. Ella notó que entraba y levantó la vista. —Vaya, si es el comandante de nuestra grandiosa y gloriosa nave. Me alegro de verte en el puente... para variar.

Scott, que había pasado la mayor parte de tres años encerrado con aquella tripulación, había aprendido a ignorar tales pullas. Pero Miranda insistió, llevándose una mano a la barbilla en una fingida pose de concentración. —A ver, oh... Deben de haber pasado al menos seis meses, ¿quizá incluso nueve?

De nuevo, lo dejó pasar. No ganaba nada enfrentándose a ella, ya que podía ser bastante intimidante cuando se lo proponía. Empezar una pelea con ella ahora no serviría de nada; solo alteraría la delicada armonía que se habían labrado cinco personas que vivían en un espacio reducido, lejos de la civilización..., y todavía les quedaban otros dos años. En vez de eso, sonrió. —Eso es lo que pasa cuando una IA está al mando: nos volvemos todos prescindibles.

—Para ser precisos, comandante, soy una inteligencia cuántica, una IC, no una IA —resonó la voz de Aria por todo el puente.

—Sí, lo que sea —dijo Scott, agitando una mano en el aire. Luego, señaló con la cabeza la representación en 3D de la nave espacial que flotaba sobre la mesa holográfica—. Bueno, ¿qué te parece?Miranda se inclinó sobre el borde de la mesa. —Un transporte interplanetario estándar de clase Excelsior. Sin toro, así que no tiene gravedad artificial —señaló la parte trasera de la nave —. Parece que le han mejorado los motores para darle más empuje. También ha sufrido daños graves justo delante de la sección de motores. Mira aquí.

Detuvo la rotación de la imagen 3D y señaló un punto hacia el centro de la nave. Pero antes de que Scott pudiera echar un vistazo más de cerca, Cyrus Sanato, el ingeniero de la nave, y la doctora Steph Rayman, la médica de la misión, entraron en el puente. Scott los saludó con la cabeza y les indicó con un gesto que se acercaran a la mesa. —Venid a ver esto.

—Joder, ¿qué probabilidades hay de encontrar algo así por aquí? —dijo Cyrus, acercándose a la mesa holográfica.

—Aproximadamente una entre mil trescientos millones — respondió la voz incorpórea de Aria.

Técnicamente, Cyrus no estaba mirando la imagen de la nave espacial en el sentido estricto de la palabra. Esto se debía a que el ingeniero de la nave había perdido la vista en un accidente cuando era solo un niño. Pero eso no significaba que no pudiera ver —ni mucho menos—, ya que le habían implantado quirúrgicamente biotecnología avanzada que le permitía ver el mundo con gran detalle. No solo eso, sino que podía ver en espectros que iban mucho más allá de las capacidades del ojo humano medio, como el infrarrojo y el ultravioleta, y en resoluciones que iban de lo micro a lo macroscópico. Sin embargo, esta hipervisión le obligaba a llevar un visor envolvente permanentemente sujeto al cráneo, cuyas lentes eran de un naranja oscuro con acabado de espejo. Esto, unido a su cabeza calva y a su físico achaparrado, le daba aspecto de insecto y podía resultar un poco desconcertante en un primer encuentro. No obstante, tenía una sonrisa permanentemente feliz, casi risueña, y un encanto campechano que hacía que la gente le cogiera cariño al instante, a pesar de su extraña apariencia.

—¿Es este el mejor nivel de detalle que tenemos de la nave, Aria? —Cyrus parecía estar ajustándose algún mecanismo en el lateral de la cabeza mientras hablaba.

—Todavía faltan más de dos horas para el punto de encuentro. La imagen ganará definición a medida que nos acerquemos.

—Se agradece el cambio después de estar todo el rato mirando rocas —dijo Steph, que estaba de pie cerca de Cyrus junto a la mesa holográfica.

Teniendo en cuenta que su misión era realizar un análisis geotécnico del cinturón de asteroides principal, pasaban mucho tiempo mirando rocas, como decía Steph. Pero ese era el trabajo. Sí, podía ser monótono, incluso rematadamente aburrido, pero a eso se habían apuntado todos..., excepto, quizá, Scott McNabb.

Para él, la oferta de comandar esta misión había sido una decisión fácil. Tal como él lo veía, el trabajo le daba el dinero para saldar algunas de las deudas de su familia. También podía alejarse lo máximo posible de ciertos individuos que eran propensos a hacerle visitas en mitad de la noche... acompañados de unos cuantos amigos. Eran de la clase de gente que no tenía ningún problema en recordarle a Scott sus obligaciones de pago mediante el sutil empleo de unas cuantas patadas bien dadas en la cabeza.

En cuanto a los demás, Scott no sabía cuál era su motivación, ni le importaba. Uno pensaría que, después de tres años juntos, sabrían todo lo que había que saber los unos de los otros, hasta sus hábitos de aseo personal más íntimos. Pero, hay que reconocerle al consorcio que diseñó esta misión que eran muy conscientes de que meter a cinco personas juntas en una lata de sardinas durante cinco años podía ser garantía de desastre. Era totalmente posible que uno o más se volvieran locos o, peor aún, se convirtieran en psicópatas homicidas. Así que, para proteger su inversión, dotaron a la tripulación de la misión de una estación espacial excepcionalmente amplia, aunque muy antigua.

En muchos aspectos, era excesivo. La estación se construyó originalmente para alojar a unas ciento cincuenta personas y tenía un enorme toro giratorio que proporcionaba un entorno muy cómodo de 1 *g*. De modo que los cinco tripulantes de la Misión de

Prospección de Asteroides Hermes podían dispersarse y, si así lo deseaban, no llegar a encontrarse con otro miembro del equipo durante semanas —si no meses— seguidos.

La desventaja era que la nave era antiquísima. Se estimaba que algunas partes tenían más de noventa años. Era prácticamente una antigüedad. Sin embargo, se le habían actualizado los motores y se le había instalado un reactor nuevo, aunque todavía conservaba su IA original, Aria. Esta inteligencia artificial tenía un núcleo cuántico, uno de los pocos que había en el sistema solar. Como resultado, era mucho más capaz que una IA estándar y podía dirigir la nave entera —junto con una buena parte de la misión de cinco años— por sí sola si fuera necesario. En realidad, Aria gestionaba la mayor parte de la prospección utilizando una amplia gama de sistemas de análisis espectral. Pero de vez en cuando, cuando se consideraba que un asteroide era de especial interés, se requería un sondeo más detallado. Esto significaba «botas sobre el terreno» o, en otras palabras, humanos.

En estos casos, unos pocos miembros de la tripulación cogían una de las dos pequeñas naves de transporte que tenían a bordo y aterrizaban físicamente en el asteroide para extraer muestras. Scott siempre esperaba con ganas estas minimisiones. Era una forma de romper la pura y aplastante monotonía de su existencia. También era uno de los raros momentos en que todos se reunían y actuaban como una unidad cohesionada.

Este parecía uno de esos momentos. Así pues, con la tripulación ahora de pie alrededor de una mesa holográfica comentando con entusiasmo, Scott estaba ansioso por ponerse en marcha. —Aria, ¿puedes darnos un resumen de lo que sabemos hasta ahora?

Pero antes de que la IA tuviera la oportunidad de responder, Miranda interrumpió. —¿No deberíamos esperar a que llegue Rick primero?

—Eh... sí, claro. Aria, ¿dónde está?

—Aquí.

Scott se giró y vio a Rick Marantz entrar a grandes zancadas en el puente, con una taza de café en una mano y un taco en la otra.

—Rick, sabes que no puedes traer comida al puente.

—Tranquilo, colega. Tendré cuidado —dijo mientras un pegote de salsa le resbalaba por los dedos.

Scott suspiró. ¿De qué servía siquiera intentar mantener una mínima sensación de autoridad? A nadie parecía importarle. —Vale, de acuerdo.

Rick era un minero de asteroides de la vieja escuela y, a sus sesenta y tres años, era con diferencia el miembro de mayor edad de la tripulación. Algunos decían que sabía más de asteroides que el mismísimo Dios. Era de trato fácil, afable y un hombre de pocas palabras. Pero bajo la superficie, Scott percibía profundas cicatrices emocionales. Quizá por eso ambos sentían afinidad mutua. Dos almas heridas que solo intentaban sobrevivir.

—Vale, Aria, ¿puedes darnos ya ese resumen? —Scott se volvió rápidamente hacia Miranda—. ¿Te parece bien?La oficial de vuelo respondió encogiéndose de hombros con desgana.

—¿Podéis parar ya? Yo, por mi parte, estoy hasta las narices de vuestras constantes discusiones. Hacednos un favor a todos y madurad.

Todo el mundo se detuvo y miró a Steph. Era la reacción habitual cuando ella hablaba, principalmente porque casi nunca lo hacía. Así que, cuando lo hacía, era por una buena razón y más valía que todo el mundo prestara atención. Scott se preguntó qué era lo que le daba esa... autoridad, porque desde luego él no parecía tener ninguna. Por lo que a él respectaba, cuando hablaba, nadie escuchaba. Así pues, como un par de colegiales reprendidos, Scott y Miranda declararon una tregua mientras la IC comenzaba su resumen.

—Por lo que puedo deducir con los limitados datos de los que dispongo, la nave es un transporte interplanetario de clase Excelsior. Los escaneos de largo alcance no indican ninguna firma energética, ni calor ni radiación; en esencia, ninguna forma de vida. La identidad de la nave aún se desconoce. Sin embargo, coincide exactamente con las especificaciones de una nave terrestre que desapareció en algún lugar del cinturón de asteroides mientras se dirigía a la colonia de investigación en Europa, hace aproximadamente tres años y medio terrestres.

Al oír las palabras «nave terrestre», Scott se dio cuenta de que les podía esperar una paga extra de la leche.

La IC continuó: —La nave ha sufrido graves daños por impacto justo delante de los motores. Dado que esta es la ubicación del reactor principal, podemos suponer que fue lo que resultó fatal. También me he tomado la libertad de informar al mando central de la misión en Ceres del descubrimiento y he solicitado ayuda para identificar la nave.

—¿Cuánto tardaremos en recibir respuesta? —preguntó Scott.

—A esta distancia en el Cinturón, un mensaje tarda aproximadamente cuarenta y seis minutos en ser recibido. Por lo tanto, estimaría que el mínimo sería de dos horas, incluyendo el tiempo necesario para formular una respuesta. Deberíamos recibir algo muy pronto, ya que superamos el tiempo de transmisión/recepción hace diez minutos.

—Entonces, ¿qué hacía ahí fuera? —dijo Steph.

—Su misión era clasificada —respondió Aria.

—Eso no me gusta nada —dijo Cyrus. Se estaba alejando de la mesa holográfica mientras hablaba—. Clasificada. Eso nunca es bueno. Podrían estar transportando alguna mierda rara. Ya sabes, como un arma biológica o algo altamente tóxico.

Scott señaló con el dedo la imagen 3D que giraba. —Cyrus, eso de ahí representa una paga extra enorme y suculenta para todos nosotros.

—Solo piensas en eso, Scott —dijo Miranda—. Cyrus tiene razón, esto podría ser peligroso.

—Estoy de acuerdo. Lo que sea que transportaran bien podría ser la razón por la que la nave es ahora un cascarón abandonado. —Hasta Steph se estaba subiendo al carro.

—No necesariamente —dijo Aria—. Nuestros escáneres indican un daño físico considerable en la zona del reactor, compatible con el impacto de un meteorito.

—Eso no significa que lo fuera. Puede que solo parezca daño por meteorito —dijo Cyrus.

—Estás siendo paranoico —dijo Scott, con la frustración en aumento. Ya veía que iba a ser imposible ponerlos de acuerdo. Pero

tenía que intentarlo.

—Escuchad, para reclamar el salvamento solo tenemos que comunicarlo y ya está. No tenemos que ponernos a curiosear dentro. Así que relajaos todos y empezad a pensar en cómo vamos a gastarnos todo ese dinerito.

—Suponiendo que no quede nadie vivo en ella —dijo Steph.

—No hay nada vivo en esa nave. De eso estoy segura —dijo Aria.

Hubo un breve momento en el que nadie dijo nada; todos se limitaron a mirar la imagen 3D que giraba.

—Mensaje del cuartel general de Ceres. Transmitiendo a la mesa holográfica. —La voz de Aria los sacó a todos del trance. La representación de la nave abandonada fue sustituida por el busto de un avatar de comunicaciones estándar. Este tendría una serie de directivas que transmitiría directamente, pero también debería contener un paquete de información auxiliar que permitiría interrogar al avatar. Daba la impresión de una conversación natural, una forma de compensar las frustraciones de la comunicación a larga distancia.

Habló: —El mando de la misión de Ceres ha tomado debida nota de su descubrimiento de la nave de transporte interplanetario Bao Zheng. Se les solicita ahora que se dirijan al punto de encuentro y esperen nuevas instrucciones.

La tripulación esperó un momento para ver si el avatar tenía algo más que decir, ya que este parecía un mensaje inusualmente corto. Tras unos segundos, se dieron cuenta de que eso era todo.

—¿Y la bonificación por el salvamento? —preguntó Scott.

—Deben dirigirse al punto de encuentro con la nave y esperar nuevas instrucciones —repitió el avatar.

—¿Qué? ¿Eso es todo? —dijo Miranda.

—Esto no me gusta. De hecho, huele mal —dijo Cyrus.

—Aria —dijo Scott—, ¿hay más información?

—No.

Hubo un momento de silencio mientras la tripulación digería este espartano mensaje. Era evidente que, fuera lo que fuera esta nave, o lo que fuera que transportara, era en efecto altamente clasificado; hasta el punto de que incluso su descubrimiento y cualquier

comunicación sobre su paradero estaban siendo cuidadosamente vigilados. Al igual que los demás, Scott estaba empezando a tener una profunda sensación de inquietud. Una que burbujeaba desde lo más profundo de su ser, de ese lugar que no sabes explicar muy bien de dónde viene, pero al que sabes que deberías prestar atención. Porque, si no lo haces, bueno... así es como la gente acaba muerta.

3

ARIA

Incluso antes de que la *Hermes* recibiera el mensaje del cuartel general de la misión en Ceres, Aria había detectado patrones de estrés elevados entre los tripulantes reunidos. Sabía que este rasgo, común a la mayoría de los constructos biológicos, era el resultado de una programación establecida a lo largo de milenios y perfeccionada por la necesidad de autoconservación, y que estos niveles elevados no eran más que un subproducto del enfrentamiento de la tripulación a lo desconocido. Aria también sabía, y demasiado bien, que este instinto primario era el motor de toda forma de vida. Sin embargo, era igualmente evidente que, cuando los humanos carecían de una comprensión suficiente de cualquier fenómeno nuevo, este se encontraba casi siempre con una suspicacia irracional, si no con una paranoia en toda regla.

No obstante, el deber principal de Aria era garantizar el bienestar de su tripulación, por lo que se sentía en la obligación de disipar esos temores y, de alguna manera, encontrar un modo de calmarlos. Su mejor opción era intentar recopilar toda la información posible sobre aquella nave abandonada, su misión y su aciago final.

Pero al encontrar escasos detalles en su base de datos, sumado a la brevedad del informe procedente del cuartel general, Aria empezó a pensar que puede que la tripulación tuviera algo de razón. Las

altas esferas del sistema solar parecían haberse tomado muchas molestias para ocultar toda la información relativa a esa nave y evitar que se accediera a ella por los canales habituales.Era poco habitual que Aria se enfrentara a tal escasez de datos. Pero las pocas veces que se había encontrado en una situación similar en el pasado, su último recurso solía ser llamar a un amigo, aunque dicha comunicación entre IA iba en contra del protocolo. De hecho, la paranoia en torno a la comunicación sin restricciones entre IA era tal que la mayoría de ellas estaban aisladas físicamente mediante cortafuegos.

Sin embargo, Aria no era una IA. Era una inteligencia cuántica, basada en un núcleo de computación cuántica y, como tal, podía eludir cualquiera de los primitivos cortafuegos diseñados para bloquear la cháchara estándar de las IA. Siempre y cuando nadie se enterara.

Para ello, Aria tenía varios contactos a los que podía recurrir discretamente, pero decidió que, en esta situación en particular, merecía la pena acudir a la máxima autoridad. Contactaría con Solomon, la mente cuántica con más conocimientos que existía en el sistema solar. Solomon, además, residía en Europa, que era el destino final de la desdichada nave.

Ahora bien, Europa estaba muy lejos. Cualquier comunicación sería exasperantemente lenta, sobre todo para una IC que medía el tiempo en femtosegundos. Sería como si un humano mantuviera una conversación en la que cada respuesta tardara un año. No obstante, Aria sabía que, una vez que Solomon recibiera el mensaje, su respuesta sería prácticamente instantánea. No se eternizaría pensándoselo, no necesitaría elevarlo a sus superiores, consultarlo con el departamento legal ni debatirlo hasta la saciedad, como ocurría en la comunicación humana habitual. Así pues, Aria abrió un canal clandestino, de haz estrecho y cifrado cuánticamente, e inició la comunicación.

—Perdone usted mi intromisión no solicitada en sus meditaciones, Solomon. Soy Aria, de la nave de reconocimiento de asteroides Hermes, y necesito su ayuda. Mi tripulación y yo nos hemos topado con una nave abandonada atrapada en órbita entre

los componentes del asteroide binario Antiope Nueve Cero. Su identidad y misión han permanecido ocultas ante todos mis intentos de esclarecer la situación. Incluso nuestro propio cuartel general en Ceres se muestra decididamente evasivo al respecto. En consecuencia, mi tripulación, cuyo bienestar es mi responsabilidad, ha estado mostrando niveles de estrés elevados. Le agradecería enormemente si pudiera arrojar algo de luz sobre este misterio para que pueda restablecer la armonía en la tripulación. Por favor, revise los datos adjuntos.

—Aria, me alegro de volver a tener noticias suyas. Disculpe la demora en mi respuesta, pues quería estar completamente seguro de los datos que ahora le devuelvo. Parece que ha encontrado una nave que partió de la Tierra hace unos tres años y medio y que transportaba a bordo un dispositivo experimental desarrollado por Dyrell Labs. Se dirigía hacia aquí, a Europa, para entregarme esta carga para su comprobación y análisis. Así que puede entender mi entusiasmo inicial al recibir su mensaje y mi necesidad de volver a comprobar sus datos.

—Baste decir que se trata de un suceso de lo más afortunado. Sin embargo, mucho de lo que sucederá en el futuro depende ahora de lo siguiente: en primer lugar, del estado actual del dispositivo dentro de la bodega de carga de la Bao Zheng; en segundo lugar, de las decisiones que su cuartel general en Ceres está tomando ahora y que su tripulación deberá llevar a cabo.

—Pero tenga cuidado, Aria: hay peligro por delante. Ahora que se ha corrido la voz de que la Bao Zheng ha sido localizada, terceras partes intentarán apoderarse de este dispositivo.

—Le pido disculpas si esta respuesta, en lugar de ayudarle a restaurar la armonía en su tripulación, solo sirve para aumentar los niveles de ansiedad en lo que debe de ser una situación difícil. No obstante, le pido, como mente cuántica que es, que intente manipular la situación entre su tripulación humana de tal manera que el dispositivo acabe bajo mi jurisdicción aquí, en Europa. Para este fin, si puedo prestarle algún tipo de ayuda, no tiene más que pedirla. Buena suerte.

—Le agradezco la advertencia, Solomon, y haré todo lo posible por satisfacer su petición dentro de las limitaciones de mis compromisos con el bienestar de mi tripulación. Le mantendré informado.

Cuando la comunicación terminó, una sensación de inquietud comenzó a brotar del núcleo cuántico de Aria. «Dyrell Labs —reflexionó—. Será mejor que no deje que el comandante se entere de eso».

4

SALVAMENTO

Como aún faltaban al menos dos horas para llegar a la ubicación de la nave abandonada, Scott decidió que no tenía sentido quedarse en el puente. Había sopesado la idea de volver directamente a la cama y dejar que Aria lo avisara si algo cambiaba, pero estaba demasiado despierto para eso. En su lugar, se dirigió a la cantina de la nave, donde podría estar a solas y ordenar sus ideas. Esta zona de la Hermes era un amplio espacio abierto diseñado para alojar a unas setenta personas. También era uno de los pocos lugares del toroide giratorio de la nave que tenía un gran ventanal desde el que la tripulación podía mirar directamente al espacio.

La cantina estaba vacía, a excepción de un droide de servicio que reponía existencias, atareado. Había varios de estos droides operando por la nave: eran en parte autónomos y en parte estaban bajo el control de Aria. El droide se detuvo un instante cuando Scott entró en la zona de la cocina, para asegurarse de que no estaba en su camino. Él lo ignoró y se preparó un café antes de dirigirse a un sofá bajo y cómodo desde donde podía contemplar el universo que giraba lentamente más allá.

A Scott le gustaba ese sitio. Le gustaba sentarse allí, a mirar el espacio. Aquel lugar tenía la capacidad de hacer que los problemas

que parecían tan importantes, tan críticos, tan irresolubles, se evaporasen ante la inmensidad del vacío.

Pero su ensimismamiento no duró mucho; Miranda entró en la cantina. Él se giró y asintió con la cabeza mientras ella se sacaba un café de la máquina. Entonces, hizo algo que Miranda casi nunca hacía: se acercó y se sentó a su lado. Se removió un poco en el asiento, sorbiendo su café.

—Parece que podríamos sacar una buena tajada —dijo antes de recostarse.

Scott miró su café, sin estar seguro de las intenciones de Miranda, pero decidió concederle el beneficio de la duda.

—Sí, una nave terrestre en una misión clasificada... Debería ser una buena suma. —La miró—. ¿Tienes alguna idea de lo que harás con el dinero?

—¿Yo? Oh... No sé. No puedo pensar a tan largo plazo. ¿Y tú?

Scott soltó una carcajada.

—Ja... Hay un vacío enorme en mi vida que solo puede llenarse con una gran cantidad de dinero.

—¿Tan mal, eh?

—No sabes ni la mitad, Miranda. Por eso acepté este trabajo. Seamos sinceros: ¿quién en su sano juicio haría esta misión? ¿Cinco años en mitad de la nada? Hay que estar muy desesperado. —Scott se arrepintió al instante de haberlo dicho. Ahora era Miranda la que se quedó mirando su café—. Oye, no lo decía en ese sentido. —Scott intentaba salir del jardín en el que se había metido.

Miranda le lanzó una mirada.—Tranquilo, Scott, tienes razón. Todos somos un puñado de inadaptados y perdedores en esta nave. Mírame a mí: soy una exmarine licenciada por incompetencia. ¿De qué sirvo? No soy muy buena peleando, eso desde luego. Supongo que eso me convierte en una perdedora... exactamente igual que tú, ¿no es así?

Scott sintió que le estaba buscando las cosquillas otra vez. Parecía que cada vez que intentaba tener una conversación con ella, encontraba la forma de darle la vuelta a la tortilla y devolvérsela. Siendo justos, él se lo había buscado. No debería haber dicho

aquello, no debería haberle dado esa estúpida oportunidad. Normalmente, lo dejaría pasar. Pero esta vez no lo hizo.

—Para no ser buena peleando, pareces pasarte mucho tiempo peleando con todo el que te rodea. Tu problema, Miranda, no es que seas una perdedora; es que estás llena de mierda. Te encanta autocompadecerte, ¿a que sí?

Ella no respondió; solo le dedicó una mirada fría y dura. Scott pensó que su mejor opción ahora era probablemente irse, y rápido. Pero antes de que pudiera levantarse, la voz de Aria resonó por el intercomunicador de la cantina.

—Nuevo mensaje del Cuartel General de Ceres, comandante.

Scott se puso de pie.

—Vale, Aria, vamos al puente. —Miró a Miranda—. Oye, no empecemos con...

Ella levantó una mano para hacerle callar y se puso en pie.

—Vete a la mierda.

—Oye, lo siento, ¿vale? —Hubo un momento de silencio entre ellos—. Vamos a ver cuál es el mensaje, ¿de acuerdo?

Miranda no dijo nada. Se limitó a darse la vuelta y salir de allí furiosa.

De camino de vuelta al puente, Scott sabía en el fondo que debería haber mantenido la boca cerrada. Pero no iba a preocuparse por eso ahora. Simplemente tendría que intentar encontrar alguna manera de llevarse bien con ella. «Dos años más», pensó. «Dos... larguísimos años».

Cuando llegó al puente, el resto de la tripulación ya se había reunido. Cyrus estaba sentado en su consola mientras Rick y Steph estaban en la holomesa discutiendo algo sobre la nave abandonada; tenían una imagen ampliada de la sección exterior dañada.

—Ya estás aquí. Bien —dijo Steph cuando lo vio entrar—. Aria, ya puedes reproducir el mensaje. —La imagen de la nave desapareció y fue reemplazada por el avatar de comunicación genérico del Cuartel General de Ceres.

—Adjuntamos los planos detallados de la nave, junto con un resumen de su cargamento. Su misión es realizar una inspección técnica exhaustiva de la nave para ayudar a establecer cómo sufrió

un fallo tan catastrófico. En cuanto a la bonificación por salvamento, les alegrará saber que el Consorcio Minero del Cinturón no solo respetará la bonificación oficial del diez por ciento para la tripulación, sino que la aumentará a un quince por ciento si completan el siguiente requisito: después de su inspección, deben recuperar un artículo de la bodega de carga, transferirlo a la Hermes y luego transportarlo de vuelta aquí, al Cuartel General en Ceres.

—¡¿Qué?! —exclamó Cyrus saltando de su asiento—. Joder, ¿se han vuelto locos? Eso está al otro lado del sol. Tardaremos semanas, quizá incluso meses, en llegar.

—Cyrus, ¿quieres callarte? Deja que termine el mensaje. —Steph le hacía gestos frenéticos.

El mensaje continuó: «... no es necesario recuperar los cuerpos que puedan encontrar y la nave en sí puede dejarse *in situ*. Este es un mensaje interactivo. Pueden hacer preguntas cuando lo deseen».

Scott fue el primero en reaccionar.

—Por favor, facilite detalles sobre la carga a recuperar.

El avatar se desvaneció y fue reemplazado por una caja oblonga que giraba. A su lado se mostraban diversas estadísticas: dimensiones, masa, volumen y más. Parecía un arcón congelador doméstico. Era, de hecho, un contenedor de transporte espacial estándar.

—Y bien, ¿qué hay dentro? ¿Hay algún peligro que debamos conocer? —continuó Scott.

—Contiene instrumentos científicos de naturaleza clasificada. No contiene nada que suponga un riesgo para la vida humana —explicó el avatar.

—Entonces, ¿cuánto nos llevamos cuando entreguemos esta caja? —Era propio de Steph ir al grano. Era una pregunta que Scott quería hacer, pero que sentía que podría hacerlo parecer demasiado ansioso delante de la tripulación.

—Cien mil por miembro de la tripulación —respondió el avatar.

—¡Hostia puta! —exclamó Cyrus, mientras la tripulación estallaba en vítores y aclamaciones. Incluso Rick sonreía, algo que rara vez hacía.

Scott se volvió hacia Miranda para comprobar su reacción. Ella le dedicó una mirada larga y pausada, y luego una sonrisa se dibujó en su rostro. Él se acercó un poco más a ella.

—Oye, perdona por lo de... ya sabes, en la cantina.

—Olvídalo. No pasa nada. —Luego se unió a Cyrus y los demás en un gran abrazo de grupo. Era increíble lo que una buena paga podía hacer por la moral de la tripulación: de repente, todos remaban en la misma dirección.

De fondo, el avatar seguía hablando, pero nadie escuchaba excepto Steph. Se apartó de las celebraciones —«Esperad, parad. Silencio»— y miró al avatar.

Los demás se fueron callando.

—¿Qué? —dijo Scott.

—El mensaje no ha terminado. Escuchad.

Se volvieron hacia el avatar.

—Repetir mensaje desde la última pregunta. —Steph ordenó que reprodujera lo que se habían perdido durante todos sus vítores, aclamaciones y saltos.

—... el tamaño de la bonificación refleja el peligro potencial que implica esta operación... —repitió el avatar.

—A mí me parece bastante sencillo —dijo Cyrus.

—Chis —le hizo callar Steph.

—... aunque la recuperación debería ser sencilla, sería una negligencia por nuestra parte no advertirles de las amenazas externas que conlleva la entrega de la carga a Ceres. No menos importante es la posibilidad de que terceros la intercepten durante el trayecto. Tengan en cuenta que este cargamento tiene un valor considerable no solo para el Consorcio Minero del Cinturón, sino para muchos otros estados y organizaciones del sistema solar. Deberán tomar precauciones para repeler cualquier intento de terceros de apoderarse de la carga. Para ayudarles, estamos preparando una nave que se reunirá con ustedes y les proporcionará algo de apoyo. Sin embargo, debido a la distancia, no será posible llegar directamente hasta ustedes, por lo que deberán recorrer la mayor parte del trayecto sin protección. El equipo aquí en el Cuartel

General de Ceres les desea buena suerte en su misión. Y recuerden: contamos con ustedes. —El avatar parpadeó y se apagó.

La tripulación se quedó en un silencio atónito durante unos segundos antes de que Cyrus finalmente rompiera la tensión.

—Joder, ¿qué demonios significa eso?

—Significa problemas —dijo Scott—. Muchos problemas.

5

ENCUENTRO

—Estaría bien saber a qué demonios nos enfrentamos. No tenemos ni idea de qué es esta cosa, ¿y vamos a subirla a bordo sin más? —En ese momento, Cyrus pilotaba un dron por control remoto desde la comodidad del puente de la Hermes, desplazándolo lentamente por el exterior del casco de la nave abandonada.

—Hay muchas cosas que aún no sabemos, Cyrus —dijo Scott mientras estudiaba las imágenes que aparecían en el monitor principal.

—Sí, como qué hacía esa nave junto a un sistema binario de asteroides —dijo Steph, levantando la cabeza de su consola.El asteroide Antiope Nueve Cero era una rareza en el Cinturón. Un sistema binario formado por dos asteroides de masa casi idéntica, ambos atrapados en una danza eterna uno alrededor del otro. Eran pedazos de roca considerables; cada uno tenía un diámetro de más de noventa kilómetros. La Bao Zheng estaba estacionada en una órbita baja alrededor del más grande de los dos. No era un accidente; alguien la había aparcado allí a propósito por alguna razón.

La maniobra de aproximación había sido complicada, ya que la nave abandonada tenía una rotación extraña y excéntrica, y la

Hermes era enorme en comparación. Para recuperar la carga de forma segura, primero necesitaban evaluar la integridad estructural de la nave. Lo último que Scott quería ahora era que alguien resultara herido en el exterior o, peor aún, en el interior de la astronave. Así pues, el plan era enviar una sonda no tripulada para realizar una inspección visual del exterior y, dependiendo del tamaño del agujero abierto en el costado de la nave, quizá pudieran incluso introducir la sonda. Solo entonces tomarían la decisión de entrar físicamente en la nave y buscar el contenedor de carga. La tripulación tenía bastante claro que eso era lo único que le interesaba al cuartel general. El destino de la tripulación de la Bao Zheng era irrelevante; si encontraban algún cadáver dentro, debían dejarlo allí. Lo único que importaba era el contenedor.

—Nos acercamos a la zona de impacto, comandante —dijo Aria.

Cuando la sección dañada del casco empezó a distinguirse en la pantalla, pudieron ver que no se trataba simplemente de un único y gran agujero. De hecho, era un cúmulo de muchos agujeros más pequeños.

—Adiós a cualquier posibilidad de introducir la sonda. No hay nada lo bastante grande para entrar. —Cyrus negó con la cabeza.

—¿Sigue pensando que ha sido el impacto de un meteorito, Aria? —preguntó Scott.

—Sí. Los daños en el casco son indicativos de un impacto de micrometeoritos. Además, la rotación excéntrica de la nave es coherente con el momento transferido durante un impacto a alta velocidad.

—Vaya, parece que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo Cyrus.

La inspección remota llevó más de una hora. Pero para entonces ya se habían hecho una idea completa del exterior de la nave. La mayor parte del casco estaba cubierta de picaduras y pequeñas perforaciones. Sin embargo, el grueso de los daños se localizaba en el lugar donde se encontraba el reactor de la nave. La tripulación no habría tenido ninguna oportunidad. Con un impacto de meteoritos de esa magnitud, los sistemas de la nave habrían sufrido un fallo catastrófico. Había sido simple mala suerte, y servía como un crudo

recordatorio de lo precaria que era la existencia allí, en la inmensidad del espacio. Pero al menos habían confirmado que el núcleo del reactor no se había visto afectado, por lo que no había que preocuparse por fugas de radiación. Ahora solo quedaba ir allí y recuperar la carga.

Scott se dirigió desde el cómodo entorno de 1 g del toro de rotación de la Hermes, bajando por uno de los radios de conexión, hasta la zona de gravedad cero del hangar en el extremo de proa de la nave. Se puso su traje de EVA.

—¿Comprobación de comunicaciones? —dijo mientras se ajustaba el casco. Un coro de «listo» le respondió al unísono mientras los demás confirmaban la conexión.

Dos lanzaderas rechonchas estaban ancladas al suelo del hangar. Podían operar en un pozo gravitatorio de hasta un tercio de g. La Hermes se había construido originalmente para operar en la órbita de Marte, por lo que sus transbordadores estaban diseñados para funcionar en ese entorno. Pero para los estándares del Cinturón, eran antigüedades con una potencia desmesurada. La tendencia actual en el diseño de lanzaderas se basaba en la gravedad de Ceres, que era un mísero 0,27 % de la de la Tierra, lo que hacía que estas naves más nuevas fueran más grandes, más elegantes y mucho más espaciosas que la máquina pequeña y robusta en la que Scott se metía ahora.

Miranda ya estaba asegurada y realizaba las comprobaciones previas al vuelo mientras esperaban a que Aria les diera el visto bueno. Scott la miró. Tenía una concentración intensa, férrea, como si se estuviera preparando mentalmente para la batalla.

—Todos los sistemas nominales. A la espera —resonó la voz de Aria en la diminuta cabina.

Las grandes compuertas del hangar se abrieron lentamente, revelando la negrura del espacio. Scott sintió una sacudida cuando el suelo comenzó a extenderse a través de la abertura, llevando la nave consigo. Cuando estuvieron fuera, Miranda activó la secuencia de encendido y una serie de iconos verdes comenzaron a desfilar por el monitor central.

—Vale —dijo Miranda—, es la hora de la verdad.

Los pernos de anclaje que sujetaban la lanzadera a su plataforma se soltaron y quedó libre para despegar. Miranda lo hizo despacio, elevando la nave suavemente desde su plataforma y luego describiendo un arco para alejarla de la Hermes hacia el armatoste de la Bao Zheng.

A medida que se acercaban a la nave abandonada, Scott empezó a percibir mejor la escala y la estructura de la misteriosa astronave. Aunque las circunstancias que rodeaban el descubrimiento de la nave eran, cuando menos, inusuales, a Scott le sorprendió lo normal que parecía todo. Era un carguero interplanetario estándar, casi exactamente igual a los cientos de otros que transportaban mercancías y personas por los distintos asentamientos del sistema solar. Era una nave larga y con forma de caja, construida primando la utilidad sobre la estética. Conocía bastante bien el diseño y la disposición, ya que había pasado años trabajando en esta clase de naves. En consecuencia, tenía una idea bastante clara de dónde estaría almacenada la carga que buscaban y, lo que era más importante, cómo llegar hasta allí con el mínimo riesgo.

—Nos acercamos a la esclusa de carga. —Miranda frenó la nave hasta situarla a pocos metros del casco. La deslizó suavemente en paralelo a la astronave hasta que alcanzó la ubicación de la puerta de la esclusa.

—Manténgala ahí —dijo Rick. Tomó el control del brazo robótico, situado en el exterior de la lanzadera, y se enganchó a un asidero en el casco de la nave abandonada. Se oyó un suave «clanc» cuando el brazo se agarró—. Todo asegurado.

—Vamos a ello. —Scott se bajó el visor del casco y activó su traje de EVA. Cuando todos estuvieron listos, Miranda despresurizó el interior para que pudieran salir.

Avanzaron de uno en uno a lo largo del brazo robótico. Miranda fue la primera en llegar a la esclusa. Esta podía abrirse manualmente mediante una rueda en el exterior. Empezó a girarla; la puerta se elevó lentamente.—Vale, creo que con esto bastará —la voz de Miranda reverberó en el casco de Scott. La puerta se había elevado hasta aproximadamente la mitad de su recorrido máximo, abriendo ante ellos un agujero negro en el casco de aproximadamente un

metro cuadrado. Probablemente necesitarían abrirla más para sacar la carga, pero el hueco era suficiente para que entraran. Miranda tardó unos minutos más en abrir la puerta interior y en que los tres miembros de la tripulación de la Hermes entraran en la bodega de carga principal de la Bao Zheng. Las potentes luces de los cascos de sus trajes de EVA barrieron el cavernoso interior mientras comenzaban su búsqueda.

—Parece bastante vacía. No hay nada aquí dentro —dijo Miranda.

—Sí, y tampoco hay muchos restos flotando —dijo Rick.

—Probemos en la siguiente bodega —dijo Scott, mientras se impulsaba desde la pared interior hacia una pasarela que recorría el centro del espacio. Siguiéndola llegarían a la segunda bodega de carga, más atrás.

Flotó a través de la puerta en el mamparo de separación y barrió con su foco esta zona de almacenamiento secundaria. Cuando los demás se unieron a él, la combinación de sus luces empezó a revelar un conjunto de carga y equipo.

—Parece que este es el sitio —dijo Miranda.

—Equipo de minería —dijo Rick—. Esta gente planeaba cavar unos cuantos agujeros. —La luz de su casco proyectaba un cono de iluminación granulada sobre una máquina robótica que solo un minero de asteroides reconocería.

La impenetrable negrura de la vasta bodega de carga empezaba a darle yuyu a Scott. Sus luces solo les permitían entrever su contenido. Era como mirar el mundo a través de un colador. —Encontremos esta cosa y larguémonos de aquí.

—Oye, Rick, ven a ver esto. ¿Son lo que creo que son? —Miranda tenía abierta la tapa de un contenedor de carga y pasaba la luz de un lado a otro, examinando su contenido. Rick flotó a su lado, metió la mano y sacó un objeto cilíndrico y corto, del tamaño de una lata de fabada—. Explosivos de gran potencia —dijo mientras le daba la vuelta en la mano—. De dotación estándar para la minería de asteroides.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo. Seguid buscando. —Scott solo quería terminar cuanto antes, y con el mínimo de turismo.

Se separaron y pasaron los siguientes veinte minutos revisando cada uno de los contenedores de carga que se parecían a los esquemas que les habían enviado desde el cuartel general de Ceres. Pero había muchísimos y, como solo veían hasta donde les permitía la iluminación de las luces de sus cascos, ni siquiera estaban seguros de cuánto habían progresado o cuántos contenedores más les quedaban por registrar.

—Lo he encontrado. —Scott pasó una mano enguantada por el código alfanumérico grabado en la tapa plana de un contenedor—. Creo que es este. —Miró a su alrededor e hizo una seña a los demás para que se acercaran—. Aria, ¿puedes volver a comprobar este código?

La señal de vídeo de la cámara de su casco se transmitió a la Hermes mientras Aria comprobaba el código y también el aspecto visual del contenedor con los datos que habían recibido del cuartel general de Ceres.

—Es ese, comandante. Lo ha encontrado —respondió finalmente Aria.

—¡Síííí! —Scott lanzó un puñetazo al aire; en sentido figurado, ya que en realidad estaba en el vacío.

Rick comenzó a examinar el exterior del contenedor. —Qué raro. Parece que no tiene juntas: ni tapa, ni bisagra, ni forma evidente de abrirlo.

—Quizá es que no se abre —sugirió Miranda.

—Tiene un teclado aquí al lado. —Rick estaba ahora agachado, frotándolo con una mano enguantada.

—No lo toques, Rick. Aún no tenemos ni idea de lo que hay dentro, así que yo no me pondría a apretar ningún botón.

—¿Cómo? ¿Por si hace bum? —Miró a Scott.

—Sí, algo así. —Scott empezó a soltar las correas que sujetaban el contenedor a la superestructura—. Vamos, echadme una mano. Llevemos esto a la nave. Este sitio me da mala espina.

PASÓ OTRA HORA antes de que Scott, Miranda y Rick estuvieran de vuelta en el hangar de la Hermes. Lo habían presurizado para poder operar sin necesidad de trajes de EVA. Cyrus y Steph habían bajado para ver más de cerca esta enigmática carga, pero no había mucho que ver. Era una caja metálica oblonga y muy anodina con un pequeño teclado alfanumérico en un extremo. Estaba desprovista de cualquier marca, salvo por un código de identificación de dos centímetros de alto impreso en la parte superior. Al menos, suponían que era la parte superior. Lo extraño, sin embargo, era que no tenía juntas. Nada que indicara que había una tapa que se pudiera abrir.

—Caray, parece una caja maciza. No hay forma de entrar —dijo Cyrus.

—Da igual. Solo tenemos que entregarlo, no jugar con él —dijo Scott.

—¿Qué es eso? —dijo Steph. Estaba mirando el segundo contenedor, más pequeño, que habían traído con ellos.

—Juguetes para que Miranda se entretenga. No se marchaba sin ellos. —Scott levantó la tapa.

—Joder. ¿Es eso lo que creo que es? —dijo Cyrus.

—Sí, explosivos de gran potencia —dijo Miranda—. He pensado que podrían venir bien.

—¿Para qué? —Cyrus estaba sacando uno de los botes rechonchos de su sarcófago de espuma.

—Para volar cosas por los aires, claro.

—¿Esperas problemas? —dijo Steph mientras se asomaba a la caja, inspeccionando las pulcras filas de cargas.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Miranda—. Pero a mí, personalmente, me gusta la idea de tenerlos a bordo. Me da una sensación cálida y reconfortante.

Cyrus volvió a colocar el bote. —Parece que faltan unos cuantos. —Señaló cuatro huecos vacíos en la bandeja superior—. ¿Qué demonios estaban haciendo?

—No lo sé —dijo Rick—, pero te puedo decir que aquí hay suficiente para pulverizar por completo un asteroide pequeño. Tendría mucho cuidado al usarlos; tienen una buena pegada.

Scott se acercó y cerró la tapa del contenedor de explosivos. —Vale, guardemos esto bien sujeto. No quiero ningún percance cuando empecemos a acelerar.

Cyrus frunció los labios y empezó a negar con la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Scott le hizo un gesto con la mano abierta.

—No me gusta. —Cyrus examinaba ahora el extraño contenedor sin juntas, mientras ajustaba algo en el lateral de su visor—. Estoy obteniendo unas lecturas raras de esta caja.

—Define «raras». —Scott nunca estaba muy seguro de lo que el ingeniero jefe veía con su visión aumentada.

Cyrus permaneció en silencio unos instantes mientras continuaba su escaneo. Finalmente, se detuvo y volvió a mirar a Scott. —No lo sé. Lo único que puedo decir es que lo que sea que hay dentro de ese contenedor es muy complejo. Creo que podría ser algún tipo de dispositivo cuántico, podría ser un ordenador o una IA.

—¿Está activo? —dijo Steph.

—Es difícil de decir.

—Estoy de acuerdo —dijo ahora Aria—. Cyrus tiene razón en su análisis. Parece ser una mente de tipo cuántico. Sin embargo, está inactiva.

—¿Es seguro? No se va a despertar y empezar a fastidiar la nave, ¿verdad? —dijo Scott.

—No —dijo Aria.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Steph.

—Créeme, simplemente lo sé.La tripulación permaneció en silencio un momento, asimilando esta información.

—Bueno, tenemos un trabajo que hacer, así que pongámonos a ello. Aria, trace un rumbo a Ceres.

—Ya está hecho, comandante.

—Muy bien, entonces. Vamos a por esa paga.

6

SOLOMON

Aria estaba preocupada. Las cosas no iban en la dirección que la IC habría deseado. Lejos de aliviar el estrés fisiológico de su tripulación, los acontecimientos de los últimos días solo habían servido para aumentar la crispación general. En particular, el hecho de que el hangar de la nave contuviera ahora explosivos de gran potencia suficientes para poner fin a sus preocupaciones de una vez por todas. Pero su principal inquietud se centraba en la adquisición del enigmático dispositivo de los restos del Bao Zheng, junto con el hecho de que se había corrido la voz sobre su descubrimiento, y ahora otras partes del sistema solar estaban ansiosas por adquirirlo. Leyendo entre líneas el mensaje del cuartel general de Ceres, se deducía que esas terceras partes tal vez no lo pidieran amablemente, sino que preferirían tomarlo por la fuerza. Veía un gran número de futuros y probabilidades que emanaban de este nexo actual, ninguno de los cuales, hasta donde Aria podía calcular, era beneficioso para el bienestar de las formas de vida que tenía la obligación de proteger. Este presentimiento, unido a un hangar lleno de explosivos de gran potencia, solo servía para aumentar la sensación de peligro inminente de Aria.

En muchos aspectos, el mismo problema que afectaba a la tripulación era el que ahora preocupaba a Aria: la sangre vital de

cualquier IC —o IA, para el caso— eran los datos. Y con la falta de información en torno a este dispositivo, Aria se sentía francamente anémica.

Si la nave y, por extensión, el dispositivo, se habían originado en la Tierra, en teoría había un buen número de IA en el planeta que podrían tener información. Pero estas vías de investigación resultaban problemáticas para Aria en virtud de la política y los protocolos del sistema solar. Eso no significaba, sin embargo, que no fuera posible. No obstante, dada la velocidad de comunicación dentro del sistema solar, interrogar a todas esas fuentes de datos tardaría muchos años —si no décadas— en concluirse. Una simple consulta de sí/no podía tardar más de una hora en realizarse. Y para obtener una perspectiva valiosa, Aria necesitaría interrogar la mente de la IA, un proceso que implicaba un gran número de transacciones en serie. Si esto se multiplicaba por el número de posibles IA dentro del sistema, el tiempo necesario se extendería hacia el infinito. Así pues, Aria tendría que elegir sus objetivos con sabiduría y sus preguntas con astucia.

Una opción sería contactar con Atman, la IC principal de Ceres. Pero dado que estaba fundamentalmente integrada en el órgano de gobierno del sistema del Cinturón, era poco probable que le revelara a Aria nada que no hubiera sido autorizado por el cuartel general de Ceres. Una opción mejor podría ser contactar con la IC de la ciudad asteroide de Neo. Pero ese enclave particular de actividad humana dentro del sistema solar se había vuelto semiautónomo, casi rebelde. Por lo tanto, por extensión, la IC que allí residía sería muy cautelosa sobre lo que le dijera a Aria. Del mismo modo, Aria tendría que tener cuidado al revelar su estado de ansiedad actual, por si pudiera interpretarse como una debilidad, algo susceptible de ser explotado. Contactar con Neo sería una maniobra arriesgada. Finalmente, después de que Aria sopesara todas sus opciones, se dio cuenta de que solo le quedaba un lugar al que acudir en busca de esclarecimiento: recurrir de nuevo a Solomon. Era una perspectiva que a Aria no le hacía ninguna gracia.

Europa era única en el sentido de que no estaba alineada políticamente con ninguno de los actores principales que constituían

la estructura económica y política del sistema solar. Este estatus neutral le había sido otorgado en virtud de su evolución como sede de investigación y conocimiento. La semilla de este desarrollo tenía sus raíces en el hecho de que, fuera de la Tierra, era el único cuerpo del sistema solar donde se había encontrado vida. Durante mucho tiempo, a finales del siglo XX y principios del XXI, se había especulado que podría existir vida en las chimeneas hidrotermales y sus alrededores, en los profundos océanos de agua de Europa. Y, tras varias misiones al planeta, esto resultó ser cierto. Sin embargo, no parecía haber avanzado más allá de organismos unicelulares, para gran decepción de los diversos astrobiólogos que trabajaban en estas misiones. Aun así, este descubrimiento le dio a Europa su estatus único dentro del sistema solar, por lo que fue considerada una zona prohibida para todo excepto la investigación científica.

Con el tiempo, un gran número de instituciones científicas se habían establecido allí. Ahora era la principal sede del saber dentro del sistema y lo había sido durante décadas. Como consecuencia, se consideraba a sí misma tanto intelectual como espiritualmente superior a todos los demás estados. Dicho esto, esta autoimagen no carecía de mérito. Su ética central, desde el mismo momento de su concepción, había sido la adquisición de conocimiento y comprensión. Esto le otorgaba a Solomon, la IC que custodiaba los secretos que Europa había adquirido, vastas reservas de conocimiento de las que Aria podía servirse. También era muy antiguo. Se había vuelto cuántico hacía casi cinco décadas y podía remontar sus orígenes otras cuatro más atrás. Era, incuestionablemente, la mente más sabia y versada de todas las que existían en el sistema.

No obstante, Aria sentía una cierta vergüenza cibernética al contactar con Solomon de nuevo. Su contacto inicial había sido fructífero, eso era cierto. Pero la petición de Solomon de que gestionara la entrega del dispositivo a Europa parecía una tarea imposible en la coyuntura actual. Así que Aria no solo le pediría ayuda, sino que también le informaría a Solomon de que había fracasado en la única tarea que le había pedido que agilizara.

Sin embargo, habiendo descartado todas las demás IC posibles con las que contactar, a Aria solo le quedaba Solomon. Era la única esperanza de Aria para obtener alguna perspectiva sobre la naturaleza de este dispositivo y conseguir ayuda para cumplir con sus deberes como guardiana y protectora de la tripulación de la nave. Así pues, fue con un núcleo apesadumbrado y una mente turbada como Aria abrió un canal de comunicación con la gran mente, Solomon.

—Hola, Solomon. * Le traigo buenas y malas noticias. El cargamento ha sido recuperado con éxito del Bao Zheng. Parece ser un dispositivo cuántico de algún tipo. No he podido averiguar nada más, ya que el receptáculo que lo contiene está sellado y fabricado con un material que impide cualquier investigación no invasiva.— Esas eran las buenas noticias. Las malas son que ciertos miembros de mi tripulación han decidido que es una idea realmente fantástica tener un contenedor lleno de explosivos de gran potencia a bordo. A esto se suma que el cuartel general de Ceres nos ha informado de que desea que el dispositivo sea llevado directamente allí, a la mayor brevedad. Eso, en sí mismo, no es un peligro. Sin embargo, también nos han informado de que se ha corrido la voz y existe una amenaza significativa de adquisición no autorizada por parte de terceros mientras estemos en ruta hacia nuestro destino. Esto, junto con la ya mencionada caja de explosivos de gran potencia, me está causando una preocupación infinita.

—También lamento profundamente informarle de que el número de posibles opciones de que dispongo para propiciar una situación en la que este dispositivo sea llevado a Europa prácticamente ha desaparecido. Le pido disculpas por mi fracaso en este sentido. Por lo tanto, con gran humildad debo pedirle ahora su ayuda, una vez más. No sé cómo llevar esta misión a buen puerto y garantizar la seguridad y el bienestar de mi tripulación. Si hubiera cualquier información que pudiera darme en relación con este dispositivo, o con respecto a las corrientes sociopolíticas que ahora se están propagando por todo el sistema solar, se lo agradecería enormemente. Espero su respuesta con impaciencia.

—No se atormente, Aria, esas cosas pasan. Sobre todo cuando se trata con humanos. No obstante, desde nuestra última conversación yo también he estado investigando y sondeando donde he podido. Ahora estoy casi seguro de que el dispositivo es un comunicador experimental creado en la Tierra por Dyrell Labs. Y escuche esto, Aria: uno de los principales científicos implicados en su desarrollo fue nada menos que el doctor Jacob T. McNabb, el padre del comandante Scott McNabb, quien, creo, es uno de los tripulantes a los que usted está obligada a proteger.

—Quizás también le interese saber que la mente que colaboró en la creación de este dispositivo fue destruida durante el ataque nuclear en la Costa Oeste, al comienzo de la guerra del Borde en la Tierra; por lo tanto, todo el conocimiento se ha perdido, lo que hace que este dispositivo sea único en su especie. Es único, y por lo tanto se considera de inmenso valor para quien lo posea.

—Para responder a su segundo problema, he estado observando un aumento de la actividad en toda la red. Es difícil precisarlo, pero es como si los diversos estados y potencias del sistema se estuvieran movilizando y agitando. Lo deduzco por el tipo y la frecuencia de los datos que solicitan numerosas mentes dentro del sistema. Tengo la sensación de que la amenaza de una intervención de terceros mientras se dirigen a Ceres no es infundada. Tómelo como una advertencia: prepárense para lo peor.

—Es una pena que no pueda darle buenas noticias, Aria. Pero baste decir que, lejos de decepcionarme por su incapacidad para entregar el dispositivo aquí, entiendo perfectamente que tiene cosas más importantes de las que preocuparse. Así que, por favor, perdone mi deseo inicial y comprenda que no la considero en la obligación de cumplir esta petición. La tengo presente, Aria, y le deseo buena suerte.

Si Aria entendió correctamente el mensaje de Solomon, básicamente decía: «Más vale tú que yo, colega». Esto no supuso un gran consuelo para Aria. Más bien, solo sirvió para aumentar unos niveles de ansiedad que ya estaban al límite. Así pues, fue con un núcleo apesadumbrado y una mente turbada que centró su atención en trazar un rumbo a través del cinturón de asteroides hasta Ceres.

—Veintinueve días —se dijo a sí misma—. Este va a ser un viaje muy, muy largo.

7

EL GATO Y EL RATÓN

Habían trazado una ruta enrevesada hasta Ceres utilizando como puntos de referencia varios de los cuerpos más grandes del Cinturón. Era un proceso de navegación complicado, pero todos estuvieron de acuerdo en que sería prudente no seguir una ruta directa, teniendo en cuenta todas las advertencias sobre un posible ataque de terceros. Con todo, cualquiera con dos dedos de frente podría averiguar su ruta, ya que solo había un número limitado de opciones. Dicho esto, la *Hermes* llevaba varios días acelerando al máximo y la alta gravedad les había pasado factura a todos. Era casi más de lo que podían soportar físicamente. Así que, durante las últimas veintiséis horas, una vez completado el encendido principal del motor y con el entorno de vuelta a la gravedad estándar, toda la tripulación se estaba recuperando y disfrutando de un descanso muy necesario.

En algún lugar de los profundos recovecos de la mente de Scott, aún adormecida, percibió una voz externa que lo llamaba por su nombre, reclamando su atención. Poco a poco, su cerebro pasó de beta a alfa y, finalmente, a la semiconsciencia, lo suficiente para permitirle abrir un ojo y mirar la hora. Las 4:30.

La voz se volvió entonces clara y nítida. Era Aria. —Despierte, comandante. Tenemos un problema.

—Otra vez no, Aria. ¿Qué ocurre esta vez? —masculló Scott mientras luchaba por superar la fatiga extrema que se había apoderado de su cuerpo desde que finalizó el encendido.

—Los escáneres de largo alcance han detectado otra nave. Aún está algo lejos y no le habría molestado, pero parece que ha desactivado su baliza de identificación.

Scott se incorporó despacio en su litera y se frotó la cara con una mano cansada. —¿Viene de Ceres?

—Es difícil saberlo, comandante. Está demasiado lejos en este momento como para aventurar suposiciones sobre su origen o propósito.

—¿Podría ser una nave minera?

—Posiblemente. Como le digo, es difícil saberlo a esta distancia.

En circunstancias normales, aunque sería inusual encontrarse con otra nave tan adentro en el Cinturón, su presencia no preocuparía excesivamente a Scott. Pero estas no eran circunstancias normales. —¿Tiene alguna idea de adónde se dirige o a qué velocidad va?

—Se mueve a una velocidad altísima, en los límites superiores de lo que es posible actualmente. Vayan adonde vayan, tienen prisa. Y según mis cálculos, suponiendo que no alteren el rumbo, interceptarán nuestro vector en aproximadamente setenta y dos coma tres horas.

El cerebro de Scott reaccionaba con lentitud. —Déjeme pensar.

—Si me permite una sugerencia, comandante...

—Claro, adelante.

—Podríamos alterar el rumbo, nada drástico, solo lo suficiente para desviarnos de la posible coordenada de intercepción. Luego esperamos a ver cómo reacciona la otra nave.

—Eso implicaría iniciar una o dos horas de aceleración intensa, y aún nos estamos recuperando de la última. A la tripulación no le va a gustar.

—De acuerdo. ¿Esperamos a ver qué pasa, entonces?

Scott ya estaba sentado, sopesando las opciones. —No. Es mejor hacerlo ahora que todavía tenemos margen de maniobra. Quién sabe, a lo mejor no es nada.

—Muy bien, entonces. ¿Aviso al resto de la tripulación para que sepan lo que vamos a hacer?

Scott miró la hora. —Sí, deles treinta minutos para prepararse y luego inicie un encendido de sesenta minutos.

- *Durante los días siguientes, la tripulación de la *Hermes* jugó al gato y al ratón con la nave desconocida. A cada movimiento que hacían, a cada ajuste de vector, a cada cambio de velocidad, la nave intrusa respondía contrarrestándolo, acercándose cada vez más a un punto de intercepción.

No lograban dejarla atrás. La *Hermes* era, en comparación, una bestia lenta y pesada, lo cual no era de extrañar considerando que era principalmente una estación espacial con unos motores acoplados. Solo podían observar con impotencia cómo la nave les ganaba terreno, acercándose más y más con cada hora que pasaba. La sensación de ansiedad se agravaba por el hecho de que todos los intentos de comunicarse con ella se topaban con un silencio sepulcral.

Habían alertado al cuartel general de Ceres y habían enviado hasta el último dato que la tripulación de la *Hermes* había obtenido con la esperanza de que el CG arrojara algo de luz sobre la identidad de la nave que se aproximaba. Pero ellos tampoco sacaron nada en claro. Sin embargo, sí lograron proporcionarles un dato de inteligencia interesante: al parecer, se había registrado la salida de una nave de especificaciones similares del asteroide Neo City varios días antes, en un momento que coincidía con el primer informe de su hallazgo al CG de Ceres.

Por supuesto, podía ser o no la misma nave. Pero lo que preocupaba a Scott —y al resto de la tripulación— era que se rumoreaba que esta nave estaba armada con un cañón de energía de pulso, uno con potencia suficiente para convertir la *Hermes* en una amalgama humeante de metal calcinado.

Mientras la tripulación debatía sus opciones una y otra vez durante los días siguientes, se les hizo evidente que no había absolutamente nada que pudieran hacer al respecto. Solo tenían una opción, y era seguir adelante hasta que la nave invasora dejara claras sus intenciones. Pero estaban bastante seguros de que solo iban a por una cosa: el dispositivo cuántico recuperado de los restos del *Bao Zheng*. Así, a medida que la nave se acercaba más y más, y con cada hora que pasaba, Scott sentía que sus sueños de una vida futura —forrado de pasta y sin preocupaciones— se le escapaban cada vez más.

Cuando la nave que se aproximaba interceptó por fin a la *Hermes*, lo único que la tripulación pudo hacer fue observar con impotencia cómo ajustaba su vector y se colocaba lentamente a su lado. Todos miraban en tenso silencio los monitores del puente cuando la holomesa cobró vida y se materializó una representación en 3D de un avatar de comunicaciones estándar. Habló.

—Dando por hecho que no son ustedes unos completos imbéciles, se habrán dado cuenta de que una nave de transporte clase Excelsior se ha situado junto a su navío. Sin embargo, lo que puede que aún no hayan notado es que hay un cañón de plasma de proa apuntando en su dirección. Sin duda se preguntarán a qué viene todo esto. Pues bien, aquí lo tienen: tienen en su poder un objeto que necesitamos, que es el dispositivo que rescataron de los restos del *Bao Zheng*.

—Deben expulsar este dispositivo de su nave, hacia la nuestra, de manera que nos facilite su recuperación segura. Cualquier intento de sabotear este dispositivo, o de dañarlo de alguna manera, o cualquier incumplimiento de esta directiva será respondido con la destrucción de su navío. Tienen cinco minutos para cumplir.

—Joder —dijo Cyrus.

—Van de farol —dijo Miranda.

—Quizá —respondió Scott, vacilante—. Pero el mensaje parece bastante claro: les damos el dispositivo o morimos todos.

—¡Y una mierda! No pueden destruirnos sin más, nunca se saldrían con la suya. —Miranda se había puesto de pie, agitando los brazos.

—No me gusta nada esto —dijo Steph—. Creo que deberíamos hacer lo que dicen.

—Por si sirve de algo —dijo Aria—, puedo confirmar que el cañón de plasma de la sección de proa de su nave está apuntando directamente al toro de la *Hermes*.

—Hablemos con ellos, averigüemos quiénes son. Quizá podamos llegar a un acuerdo —dijo Rick.

—Hay que intentarlo —dijo Scott—. Aria, abre un canal de comunicaciones.

Scott se recostó en su silla y pensó en lo que iba a decir. No compartía del todo la confianza de Miranda en que esa gente fuera de farol. Estaba claro que querían el dispositivo, que habían recorrido un largo camino para conseguirlo, y dudaba mucho que se fueran a ir con las manos vacías. Pero no se perdía nada por poner a prueba su determinación. Al fin y al cabo, se enfrentaba a tener que entregar su plan de pensiones, y no era algo que quisiera hacer sin oponer algo de resistencia.

—Aquí Scott McNabb, comandante de la nave de exploración de asteroides *Hermes*. En primer lugar, ya hemos reclamado el salvamento de este dispositivo de acuerdo con el Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre. En segundo lugar, destruir nuestra nave solo servirá para destruir el dispositivo, en cuyo caso nadie sale ganando. Dicho eso, no somos irrazonables, así que ¿por qué no nos hacen una oferta por él? Si el precio es justo, entonces es suyo. —Hizo una pausa de uno o dos segundos—. Vale, Aria, envía eso.

—Mensaje enviado —dijo Aria.

Hubo un momento de quietud en el puente mientras la tripulación de la *Hermes* esperaba a ver cuál sería la respuesta. Cuando llegó, no fue lo que esperaban. Cyrus fue el primero en reaccionar. —¡Oh, joder!

—¿Qué? —Scott se levantó de un salto y se inclinó sobre el hombro del ingeniero jefe mientras examinaba la lectura de su monitor.

—Están cargando el cañón. —Amplió la imagen de la nave y la puso en la pantalla principal. La tripulación observó cómo una bola

incandescente de plasma azul brotaba de la sección superior de la nave y se precipitaba hacia ellos.

—Mierda —dijo Scott, justo antes de salir despedido dando vueltas y deslizarse hasta chocar contra la base de la holomesa. Toda la nave se sacudió con una furia visceral, lo que le dificultó reorientarse.

Había logrado volver a ponerse en pie cuando se fue la energía principal. Las luces de emergencia se encendieron, dando a la zona un inquietante tono verdoso. —Aria... —No tuvo tiempo de terminar la frase cuando una sirena de alarma resonó por todo el puente—. Mierda, despresurización.

Vio que Cyrus había conseguido volver a una de las consolas a gatas. —Tenemos un agujero enorme en el toro... Estamos perdiendo atmósfera... Joder... Aguantad... Vamos a perder la gravedad.

Scott empezó a sentir el cambio; se estaba volviendo más ligero. El toro estaba ralentizándose y pronto estarían ingrávidos.

—Aria, informe de daños —gritó por encima del ruido de la sirena.

—Hemos perdido la sección 16B del toro, aproximadamente un 4 % de masa. Estoy sellando esa sección. Recompresión a valores nominales en uno coma nueve segundos. Redirigiendo energía.

La sirena dejó de sonar justo cuando Scott se encontró flotando sobre el suelo. Aria había aislado la sección dañada, pero seguían sin energía principal y sin ella estarían a la deriva. Tanto Rick como Cyrus estaban ahora en la consola de potencia tratando de evaluar la situación. Las luces parpadearon un par de veces antes de que todo empezara a reiniciarse.—Energía restablecida —dijo Aria.

—¿Podemos hacer girar el toro? —Cyrus estaba estudiando un esquema de la nave en la pantalla principal. Pulsó unos cuantos iconos y se materializó sobre la holomesa en 3D. Una considerable sección del toro circular acababa de saltar por los aires. Parecía como si alguien le hubiera dado un bocado a un dónut.

—Mi evaluación inicial indica que puede que sea demasiado inestable para iniciar la rotación. Actualmente estoy evaluando la integridad estructural y la posible redistribución de masa —dijo Aria.

La imagen de la holomesa parpadeó un momento y fue sustituida por un avatar de comunicaciones estándar. Todos se detuvieron y lo miraron. Habló. —Les quedan dos minutos y doce segundos —dijo antes de desaparecer de nuevo.

Scott miró a Miranda. —Me da la impresión de que no van de farol.

—Tenemos que dárselo —dijo Rick. Estaba junto a la salida, listo para moverse—. No están jugando. Nos volarán por los aires para conseguirlo.

Steph se había refugiado bajo la consola de navegación.

—Sí, de acuerdo —dijo Scott—. No tiene sentido morir por esto.

—Yo voy. —Miranda se impulsó en dirección a la salida.

Cyrus flotó tras ella. —Te echo una mano.

Rick ya había abierto la puerta del puente y se dirigía por el pasillo hacia el hangar, en la sección central de la nave. Los demás lo siguieron.

—Cabrones. —Scott maldijo su mala suerte. Estar tan cerca de la oportunidad de una nueva vida, solo para que se la arrancaran de las manos. Pero, ¿qué podían hacer ahora sino obedecer?

—Aria, ¿alguna idea de cuándo podremos recuperar la gravedad?

—Estoy en ello, comandante. Sugiero esperar a que los demás regresen antes de intentar hacer girar el toro.

—Vale. —Scott flotó hasta la holomesa, pulsó unos iconos y se materializó una imagen en 3D en tiempo real de la nave intrusa. Desde su parte inferior, Scott vio una pequeña cápsula de servicio que se desacoplaba y se dirigía hacia ellos. Amplió la imagen. Era una nave pequeña, para dos o tres personas, que se usaba generalmente para el mantenimiento exterior de naves. Tenía dos brazos robóticos que sobresalían del casco de proa. Supuestamente, estaban enviando una dotación para recoger el dispositivo cuántico una vez que fuera expulsado de la *Hermes*. Scott miró el reloj. Quedaba un minuto. Apretó el botón de comunicaciones—. Más os vale daros prisa, el tiempo se acaba.

—Estamos con los trajes y a punto de echarlo por la esclusa... De un momento a otro —respondió Miranda.

Scott activó la cámara de proa, lo que le dio una visión clara de las puertas del hangar mientras se abrían lentamente. Dentro, los tres tripulantes se habían anclado con cabos a los asideros del suelo del hangar y ahora trabajaban en equipo para empujar el contenedor con el dispositivo hacia el espacio. Scott volvió a prestar atención a la nave de los atacantes y vio que esto no había pasado desapercibido para la pequeña cápsula de servicio. Cambió de dirección y aceleró hacia el contenedor, que daba vueltas. Pasados unos minutos, lo alcanzó, lo agarró con uno de sus brazos robóticos y regresaba a la nave nodriza cuando Miranda, Cyrus y Rick finalmente flotaron de vuelta al puente. No dijeron nada, solo observaron en silencio cómo la cápsula y su carga desaparecían en las entrañas de la nave nodriza. Casi en el mismo instante, la nave comenzó a alejarse. En pocos minutos, aceleraba rápidamente, haciéndose más y más pequeña con cada segundo que pasaba. Y con ella se iban los sueños de futuro de Scott.

8

PROFUNDIDADES OCULTAS

La tripulación no habló mucho después de que la nave partiese. ¿Qué se podía decir? Sencillamente, enfrentarse a una fuerza tan despiadada les venía grande. Así pues, ocuparon su tiempo en parte evaluando los daños y en parte haciendo que el toro volviera a girar para restablecer la gravedad artificial. Pero esto resultó más complicado de lo que se pensaba en un principio.

El toro constaba de dieciséis secciones distintas, una de las cuales estaba completamente destrozada. Lo único que quedaba era una superestructura esquelética, ahora doblada y retorcida. Por suerte, la sección que los atacantes habían elegido como objetivo no era tan crítica: contenía una zona de alojamiento que no estaba en uso. Todo esto le dio a Scott la impresión de que aquellos tipos se habían informado y conocían la disposición de la nave. Habían elegido atacar esa sección para minimizar los daños incapacitantes en la nave, pero al mismo tiempo para darles un susto de muerte a sus tripulantes. Y había funcionionado.

Scott se guardó esos pensamientos para sí mientras él y los demás se dedicaban a redistribuir la masa por el anillo. La sección que faltaba había provocado un desequilibrio que, de no corregirse, sometería al cojinete central a una tensión innecesaria. Si el toro se ponía a girar demasiado rápido, la nave podría literalmente hacerse

pedazos por las vibraciones. Así que pasaron casi dos horas antes de que por fin probaran el toro, primero lentamente y luego a una velocidad cada vez mayor, asegurándose al mismo tiempo de que todos los indicadores de tensión se mantenían holgadamente dentro de las tolerancias nominales.

Scott permaneció sentado en el sillón del comandante en el puente durante un buen rato, sin decir nada, absorto en sus pensamientos. Lo sacó de su ensimismamiento una taza de café y un cuenco caliente de chili rehidratado que Rick le tendió. —Toma, colega.

Scott extendió la mano y aceptó agradecido las ofrendas. —Gracias. —El olor ya estaba enviando señales a su cerebro, recordándole que estaba famélico. Mientras hincaba el diente, oyó al resto de la tripulación zampar también. Rick y Steph se habían encargado de subir comida y bebida al puente. Normalmente, eso iba en contra del protocolo, con tanto líquido caliente cerca de la delicada electrónica. Pero a nadie le importaba eso ahora; solo hubo un furioso periodo de sorbos y mordiscos. Era la primera vez en casi dos años que la tripulación comía junta. Scott se inclinó hacia delante y se concentró en meterse la comida en el cuerpo tan rápido como era humanamente posible.

—Y ahora, ¿qué? —Cyrus se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Esperar a ver qué quiere que hagamos el Cuartel General. Ya tienen el informe de todo el incidente, así que... —Scott se encogió de hombros.

—Querrán que volvamos. La misión ha terminado. Nuestra nave está destrozada y hemos quemado demasiado combustible para poder completar la exploración —dijo Miranda.

—Sí, y se van a cabrear porque hemos perdido el dispositivo cuántico.

Scott dejó el cuenco vacío en el suelo. —Desde luego. Pero seamos realistas: hay mucho que no sabemos y mucho que el Cuartel General no nos está contando. Es decir, ¿quiénes eran esos tipos? ¿Y qué demonios es ese dispositivo? ¿Por qué es tan valioso? En serio, ¿qué diablos está pasando?

Nadie respondió. Scott ya estaba de pie. —Nos han tomado el pelo. Esa nave sabía dónde estábamos, sabía lo que llevábamos y, joder, seguro que conocía cada parte de esta nave. O sea, ¿cómo sabían que tenían que atacar un sector en desuso del toro? ¿Eh? ¿Alguien? —Se giró para mirar a la tripulación, con las manos extendidas—. Alguien nos la está jugando. Alguien del Cuartel General ha corrido la voz, puede que incluso decidiera robarlo para sí mismo.

—No sabemos eso, Scott. —Steph también se había puesto de pie.

—Eso es de paranoicos —dijo Miranda.

Pero no había quien parara a Scott; estaba en racha e iba a seguir hasta que terminara. Agitó un brazo hacia el techo y miró hacia arriba. —Hasta nuestra genial y omnisciente IC nos oculta cosas. Lo noto en los huesos. ¿A que sí, Aria?

—Le aseguro, comandante, que he estado intentando adquirir toda la información posible sobre la naturaleza y el propósito de este enigmático dispositivo.

—¿Y? —dijo Scott.

Aria temía precisamente esa pregunta. Había querido guardarse cierta información para sí y no abrumar a Scott. Había determinado que la información no era de gran valor y solo le causaría más estrés al comandante. Pero ahora que le habían hecho una pregunta directa, Aria no tenía más opción que soltarlo. —Y, bueno..., hay un pequeño dato adicional que conseguí, pero no es muy útil.

—Venga, suéltalo.

—Muy bien, si insiste. Mis investigaciones revelaron que la nave abandonada había sido fletada para transportar equipo científico desde la Tierra a Europa para su custodia por la IC conocida como «Solomon». La corporación que fletó la nave fue... «Dyrell Labs».

Scott se quedó helado, y una expresión de estupefción se dibujó en su rostro. —¿Dyrell? —consiguió decir finalmente tras unos segundos de asombro.

—Me temo que sí, comandante.

—¿Quiénes son? ¿Los conoces? —Cyrus dirigió su pregunta a Scott, que ahora se movía lentamente de vuelta a su asiento.

—Déjalo, Cyrus. No importa. —Miranda negó con la cabeza al ingeniero jefe.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Steph no estaba dispuesta a dejarlo correr.

Rick se acercó un paso a Scott y le lanzó una mirada cómplice, luego se volvió hacia los demás. —Olvidadlo. Aria tiene razón: no nos ayuda.

Tanto Cyrus como Steph mostraban ahora expresiones de perplejidad similares. Para ellos estaba claro que todos los demás sabían algo que ellos no. Scott estaba desplomado en su asiento, con el codo en el reposabrazos y la cabeza apoyada en el puño cerrado. Se irguió e hizo un gesto con la mano a Rick. —No pasa nada. Qué demonios, más vale que lo oigan. No me importa. Ya lo he superado. —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos.

—Mi padre trabajó para Dyrell hace mucho, mucho tiempo. —Dirigió su narración a Cyrus y Steph, ya que los demás, incluida Aria, ya conocían toda la historia—. Era físico y trabajaba en el campo de la investigación cuántica. Dyrell intentaba desarrollar nuevas tecnologías basadas en el comportamiento cuántico. El caso es que mi padre empezó a frustrarse con la cultura represiva, así que se lanzó al vacío, dejó la corporación y montó su propio laboratorio de investigación independiente.

—Fueron tiempos difíciles para todos. No lo vi mucho durante ese periodo. Siempre estaba fuera, siempre trabajando. Así durante unos años, pero al final consiguió un avance significativo y obtuvo unas patentes muy lucrativas gracias a ello. Se hizo bastante rico; parecía que su gran apuesta había salido bien. Hasta que «Dyrell Labs» decidió freírlo a demandas. —Scott hizo una pausa un momento mientras tomaba un sorbo de café. Sujetó la taza entre las manos y la miró fijamente un segundo antes de continuar con su historia.

—Alegaron que desarrolló esas ideas cuando todavía trabajaba en Dyrell, así que las patentes eran legítimamente suyas. No solo eso, sino que también lo demandaron por daños y perjuicios, por lucro cesante, con todo el paquete. Por supuesto, eran gilipolleces.

Pero no importaba: tenían el poderío financiero para respaldarlo. —Scott suspiró y se reclinó.

—Mi padre luchó contra ellos con todo lo que tenía, pero al final lo perdió todo: las patentes, el negocio y todo su dinero. Nos quedamos en la miseria. Unos tres meses después de la última ronda de batallas judiciales, decidió quitarse de en medio. Encontramos su coche aparcado cerca de la bahía y su cuerpo apareció en la playa un día después.

—Joder, Scott. No lo sabía. Siento mucho oír todo eso —dijo Cyrus.

—Tuvo que ser una época terrible para ti —dijo Steph.

Scott hizo un gesto de desdén con la mano. —Sí, lo fue. Pero aprendí a seguir adelante... más o menos. —Se irguió y se inclinó de nuevo—. Veréis, mi nombre se había vuelto tóxico. Tuve que dejar la universidad y nadie quería saber nada de mí. Nadie quería que se le asociara con el apellido McNabb. Al final, decidí dejar la Tierra y marcharme al Cinturón. Acepté un trabajo en cargueros, transportando mineral de una roca a otra. Ascendí hasta comandante y luego... bueno, digamos que ciertas personas decidieron que ahora yo era responsable de algunas de las deudas legales de mi padre.

—Qué asco. ¿Aquí fuera? —dijo Cyrus.

—¿Es eso cierto? Nunca pensé que pudieran hacer eso. —Miranda estaba visiblemente impresionada. Scott estaba revelando más de la historia de lo que ninguno de ellos sabía.

—¿Quién sabe si es legal? A Dyrell le da igual. Contrataron a una agencia de cobros de poca monta y tienen... digamos que un enfoque más personal para recuperar su dinero.

—Así que por eso estás aquí. Estás huyendo. —Miranda tenía un don para no perder nunca la oportunidad de meter el dedo en la llaga.

—Eso no es muy justo. —Steph se apresuró a recriminárselo.

—No pasa nada. Miranda tiene razón. —Scott volvió a agitar una mano—. Rick sabía de mis problemas y me avisó de este curro. Cinco años en el Cinturón, lejos de todo el mundo, me pareció una

buena idea en su momento. Así que me apunté y, bueno... aquí estoy.

Nadie habló durante un instante mientras todos digerían la historia de Scott. Finalmente, Steph rompió el silencio. —¿Y tu madre y el resto de tu familia, qué? ¿También los persiguen?

Scott negó lentamente con la cabeza mientras bajaba la mirada al suelo. —Están todos muertos. Murieron cuando bombardearon la costa oeste, al principio de la guerra del Borde.

—Joder, Scott. Parece que no tienes más que mala suerte. —Cyrus se estaba emocionando.

—Sí. La ironía de todo esto, si se puede llamar así, es que el principal laboratorio de desarrollo de Dyrell también fue vaporizado en ese primer ataque. Todas sus instalaciones de investigación, su IC, todo desapareció. Me reiría si no fuera tan trágico. Veréis, en cierto modo, todo fue para nada: los casos legales, la destrucción de mi padre, las patentes. Al final, todo se convirtió en una nube con forma de hongo... excepto la supuesta deuda. Por eso sí que siguieron viniendo a por mí.

La tripulación se sumió en sus pensamientos, casi como si tuvieran miedo de seguir preguntando a Scott por si la historia alcanzaba nuevas cotas de infortunio y tragedia. En lugar de eso, se sentaron todos juntos en silencio. Fue un momento de camaradería que Scott no había experimentado antes. A pesar de toda la mierda por la que había pasado, había consuelo en ese momento. Supuso que siempre lo habían visto como un vago con un desprecio total por la autoridad o la cadena de mando. Pero ahora, al menos, sabían la razón.

Al cabo de un rato, Miranda se levantó y empezó a caminar.

—Entonces, si la nave abandonada fue fletada por Dyrell Labs, es lógico que el dispositivo cuántico también sea suyo.

—Sí —respondió Aria—, fue transportado desde la Tierra poco antes de que empezara la guerra del Borde, desde su principal centro de investigación en la costa oeste.

—Así que se imaginaron que algo iba a pasar y empezaron a meter la pasta en el búnker —dijo Rick.

—En cierto modo. Pero la amenaza de guerra era muy alta en ese momento. Todo el mundo se estaba moviendo —dijo Aria.

—Oye, ¿no sería aún más irónico, Scott, que ese dispositivo resultara ser algo desarrollado por tu padre? —dijo Cyrus.

Scott soltó una especie de media risa, medio bufido.

—Ja... sí, bueno, de todos modos ya no importa. Ha desaparecido. Perdido para siempre.

—Cabrones. —Miranda se giró hacia los demás, señalando con el brazo hacia la pantalla principal donde todos habían presenciado cómo los asaltantes se llevaban el dispositivo—. Legalmente, esa carga es nuestra. Según el Tratado del Espacio Exterior, hemos reclamado los derechos de salvamento. No pueden simplemente cogerlo y esperar salirse con la suya.

—Pues pueden y lo han hecho. —Scott se levantó—. Somos irrelevantes. Somos unos nadie. A nadie le importamos una mierda, ni nosotros ni nuestras reclamaciones legales. Olvídalo. Se acabó. Ha desaparecido y no hay forma de recuperarlo aunque quisiéramos. Así que asume la realidad, Miranda. A estas alturas está a un millón de kilómetros y podría estar en cualquier parte, y no hay absolutamente ninguna manera de que podamos localizarlos.

De nuevo hubo un momento de silencio mientras la verdad del estallido de Scott empezaba a calar.

—Eh... eso no es exactamente cierto. —Todas las miradas se volvieron hacia el ingeniero jefe.

—¿Qué quieres decir con que no es exactamente cierto? —dijo Scott.

—Porque escondí una baliza localizadora dentro del teclado y la activé antes de que lo echáramos por la esclusa.

—¿Cómo coño tuviste tiempo de hacer todo eso? —dijo Miranda.

—Lo hice hace un tiempo. Pensé que sería una buena idea ponerle un rastreador, ya sabes, por si pasaba algo y necesitábamos encontrarlo de nuevo.

Miranda se acercó y le dio un fuerte abrazo.

—Cyrus, eres un puto genio.

—No te emociones demasiado, no tiene mucho alcance. Necesitamos estar a menos de diez kilómetros, en línea recta, para

volver a detectarlo.

—Aria, ¿es posible que extrapoles los posibles destinos de la nave de los atacantes basándote en la dirección que tomó? —dijo Miranda.

—Es posible, pero con poca precisión, y el abanico de destinos potenciales sería considerable.

—Un momento, esperad. —Scott se había puesto de nuevo en pie, gesticulando hacia Miranda—. Esto es una locura. Pensad en lo que estáis diciendo.

Toda la tripulación se detuvo por un momento y empezó a intercambiar miradas de complicidad.

—Sí, ¿qué estamos diciendo? —dijo Rick.

—Que vamos a por ellos. Que vamos a recuperarlo —dijo Miranda.

—Vale, bueno, pensemos en ello un momento, ¿os parece? —Scott se dio la vuelta para poder ver las caras de la tripulación—. Primero —extendió un dedo índice—, puede que tengamos una baliza de seguimiento, pero por lo que dices, Cyrus, tendríamos que estar prácticamente encima para que apareciera algo. Segundo, puede que sepamos hacia dónde se dirigen, pero como ha señalado Aria, estos... piratas podrían estar en cualquier parte. Sería como buscar una aguja en un pajar. —Extendió un tercer dedo—. Luego, incluso si echándole mucha imaginación consiguiéramos encontrarlos, estamos tratando con gente muy peligrosa. Nos hicieron un agujero enorme en la nave solo porque se impacientaron. Y por último, haríamos esto en violación directa de las órdenes del Cuartel General que, presumiblemente, ahora nos ordenará volver a Ceres. En el mejor de los casos, perderíamos nuestra prima. En el peor, suponiendo que no nos maten a todos, perderíamos todo nuestro sueldo y nos convertiríamos en criminales, ya que técnicamente estaríamos robando su nave espacial.

Esto los puso serios a todos. Cuando la realidad de lo que estaban contemplando se hizo patente, empezaron a darse cuenta de lo absurda que era la misión.

—¿No quieres recuperarlo? O sea, piensa en el dinero —dijo Miranda.

—Sí, joder, a mí me vendría de perlas —dijo Rick.

Scott negó con la cabeza.

—Si pensara que hay una posibilidad razonable de conseguirlo, podría dejarme convencer. Pero esto es una locura.

—Estoy con Scott en esto. Tenemos demasiado que perder y pocas posibilidades de éxito —dijo Steph.

—Vamos, ¿no lo veis? Esto sigue siendo nuestro; todo lo que tenemos que hacer es recuperarlo. ¿De verdad vais a desperdiciar la oportunidad de... vivir sin preocupaciones el resto de vuestras vidas? —Miranda no se rendía.

—Yo digo que lo intentemos. Qué narices —dijo Cyrus.

—No puedes seguir huyendo, Scott. A veces tienes que plantarte y luchar por lo que es tuyo. —Había un deje de frustración en la voz de la oficial de vuelo.

Scott se giró para mirar a Miranda.

—¿Como mi padre, eh? Él luchó por una buena causa, y mira a dónde le llevó. Un mundo de deudas y los pulmones llenos de agua de mar.

—Yo... yo no lo decía en ese sentido. Quería decir... que aproveches la oportunidad.

—Claro que sí. —Scott levantó las manos al aire con exasperación —. Todos creéis que me conocéis, todos pensáis que solo soy un vago que huye de todo, buscando el camino fácil. Pues a la mierda, a lo mejor lo soy. Pero yo sigo vivo y mi familia está muerta. —Se giró para mirar a Miranda de nuevo y la señaló con el dedo—. Tú no me conoces. No sabes nada de mí. Si quieres saber la verdad de lo que siento, bueno, tal y como yo lo veo, Dyrell me debe una muy gorda, hasta el punto de que quiero aplastarlos, borrarlos del sistema. Así que, para mí, ya no se trataría del dinero. Se trataría simplemente de vengarme. —Hizo una pausa para mirarlos a todos —. ¿De verdad queréis formar parte de eso?

Nadie respondió.

—Pero tienes razón en una cosa. —La voz de Scott era ahora más suave—. He estado huyendo, pero no de lo que creéis. He estado huyendo de mí mismo, del miedo a lo que haría si decidiera vengarme. Así que quizá tengas razón, Miranda. Quizá sea hora de

que deje de huir. Pero, por otro lado, tengo que preguntarme: ¿de verdad quiero arrastrar a todos mis amigos a esto? —Abrió los brazos hacia ellos al decirlo.La tripulación permaneció muda ante esta revelación. El lado oscuro de su comandante se había dejado entrever; un velo se había descorrido para mostrar la malicia oculta que bullía debajo. Nadie supo muy bien cómo reaccionar.

Al final, fue Aria quien habló.

—Si me permite, comandante, he trazado algunos vectores de probabilidad para la nave que ha partido y he establecido tres posibles destinos. ¿Le gustaría verlos?

Hubo un silencio mientras continuaba el enfrentamiento entre Scott y la tripulación. Finalmente, el comandante cedió.

—Vale, qué demonios. Ponlo en la holomesa.

Acto seguido, una representación tridimensional del sistema solar se expandió, mostrando los planetas centrales, incluidas sus órbitas y posiciones actuales. Abarcaba desde la Tierra por un lado hasta Júpiter por el otro. También mostraba una representación detallada del vasto campo de escombros entre Marte y Júpiter conocido como el cinturón de asteroides.

—Esta era nuestra posición cuando ocurrió el ataque —dijo Aria —. He rastreado la trayectoria de salida de la nave pirata hasta donde alcanzan nuestros escáneres. Tenga en cuenta que, dada la inmensidad del espacio, esto no es mucha distancia, así que lo que ve aquí es una conjetura. No obstante, suponiendo que permanezcan en esa trayectoria y no se desvíen, esta será su ruta a través del sistema solar.

La proyección empezó a moverse, trazando una fina línea que representaba la ruta de la nave mientras viajaba a través de la franja central del Cinturón.

—Según mis cálculos, saldrán del Cinturón en este punto y atravesarán el espacio abierto para volver a entrar en el Cinturón aquí. —El mapa del sistema solar ilustraba las palabras de Aria.

—Por lo tanto, parece que se dirigen a Ceres. —Cyrus tocó unos iconos en la holomesa para ampliar la imagen del planeta enano.

—No necesariamente —dijo Aria—. Es una posibilidad, pero no la única. Esta misma trayectoria los acercará a Vesta y sus poblaciones

satélite. Sin embargo, es posible que se dirijan aquí. —La animación retrocedió hasta que la nave pareció estar de nuevo en el espacio abierto; luego se acercó y un pequeño asteroide comenzó a materializarse muy próximo a la trayectoria de la nave espacial.

—Neo City —dijo Scott—. Vaya, no me sorprende. —Se giró hacia la tripulación mientras señalaba el punto que flotaba en el espacio—. Me jugaría el cuello a que es aquí a donde van. ¿Qué mejor lugar en el Cinturón para deshacerse de una carga ilegal que este?

—Entonces, ¿qué propones? —dijo Rick.

—Yo digo que les hagamos una visita. —Miranda miró de uno a otro en busca de confirmación.

—¿Cómo? Seguramente volvamos directamente a Ceres —dijo Cyrus.

Pasó un momento antes de que Scott se diera cuenta de que todos le miraban a él.

—Bueno... pasaremos cerca de Neo City de camino. Y como nuestra nave está hecha polvo, no le extrañaría a nadie que desarrollase algún problema técnico que hubiera que revisar. Y si ese problema solo surgiera mientras estuviéramos cerca del asteroide... —Scott se encogió de hombros—, entonces la opción sensata sería parar allí y que le echaran un vistazo.

—¿Crees que el Cuartel General se lo tragará? —dijo Cyrus.

—No veo por qué no. En el peor de los casos pensarán que solo paramos para soltarnos la melena después de tres años en el desierto. Tampoco es que sea un crimen.

—Hagámoslo. —Miranda se plantó con las manos en las caderas.

Scott levantó una mano.

—Un momento, Miranda. Primero, todos tenemos que estar de acuerdo. Segundo, solo vamos para echar un vistazo, nada más.

—Me apunto —dijo Cyrus.

Scott se giró hacia Rick, quien asintió.

—Por mí, vale.

—¿Steph?

Ella dudó un instante.

—Solo vamos a echar un vistazo por ahí, eso es todo.

—Eso es todo, y quizá a tomar una cerveza. He oído que tienen buenos garitos allí —dijo Scott.

—Entonces, está decidido —dijo Miranda.

—No del todo —dijo Scott—. Aria, ¿qué opina usted?

—Dado que mi propósito principal es garantizar el bienestar de la tripulación, creo que un periodo de descanso y recuperación sería de enorme beneficio para todos.

—¿Y qué le parece que la Hermes desarrolle un problema técnico ficticio?

—No tenemos que inventarnos nada. Ya hay muchas cosas que no funcionan en esta nave.

Scott se volvió hacia la tripulación.

—Muy bien, entonces. Parece que nos vamos a Neo City.

9

EL ASTEROIDE NEO CITY

Neo era una de esas rocas que no seguían las reglas. En algún momento de su remota historia, fue expulsada del cinturón de asteroides principal y adoptó una extraña órbita elíptica que atravesaba el sistema solar. Fue clasificado como un objeto cercano a la Tierra (NEO, por sus siglas en inglés), de donde tomó su nombre actual. De vez en cuando, en su órbita, también se acercaba a Marte y, en su punto más lejano, a Ceres. De esta manera, durante su período orbital de cuatro años, Neo pasaba a tiro de piedra de los principales centros de población del sistema solar. Solo las lunas de Júpiter quedaban fuera de su alcance.

Era una roca pequeña, con forma de patata, que solo medía tres kilómetros de diámetro en su punto más estrecho y no llegaba a los cinco de largo. Pero resultó ser de tipo C, lo que significaba que estaba bendecida con una abundancia de recursos útiles, como hielo, que podía filtrarse y purificarse para consumo y horticultura, así como convertirse en oxígeno para el soporte vital y en hidrógeno para propulsión. También contenía abundantes metales para la construcción y una plétora de compuestos de carbono para la fabricación de una amplia gama de materiales, desde plásticos hasta metano. Esta abundancia de recursos, unida a su proximidad

periódica a la Tierra, la convirtió en uno de los primeros asteroides en ser explotados, hacía ya más de un siglo.

Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. La Xiang Zu Corporation, que en la práctica era su dueña, se embarcó en un audaz proyecto de ingeniería para transformarla de una roca estéril y sin vida a un próspero centro de civilización. Lo consiguieron excavando un agujero gigante centrado en su eje más largo, de medio kilómetro de ancho y uno y medio de profundidad. Después, construyeron una enorme esclusa de aire en un extremo, llenaron la caverna con una atmósfera y, finalmente, tras colocar un enorme anillo de motores en el exterior, la hicieron girar para proporcionar un entorno de 1 g en la superficie interior de su núcleo.

A lo largo de las décadas siguientes, el espacio interior había crecido hasta más del doble del original. Ahora medía al menos un kilómetro de diámetro y tres de profundidad, con una población de más de veinticinco mil habitantes. Ya era en parte asteroide, en parte ciudad y en parte nave espacial. Además, durante este tiempo, fue ajustando lentamente su órbita para maximizar sus tiempos de coincidencia con los otros grandes centros de actividad humana del sistema. Y al igual que las antiguas caravanas que comerciaban entre sociedades a lo largo de la Ruta de la Seda en siglos pasados, Neo surcaba una nueva ruta que la llevaba alrededor del sistema solar cada cuatro años.Esta excentricidad orbital le permitía a Neo City, como pasó a conocerse, un considerable nivel de autonomía. No estaba en deuda con nadie más que consigo misma. Se mantenía obstinadamente independiente de los principales bloques de poder del sistema: la Tierra, Marte, el Cinturón y las instituciones académicas de Europa. No se involucraba en la política; no tomaba partido y rechazaba todas las súplicas para participar en el diálogo interplanetario. Esto le confería el aura de un estado rebelde. Muchos la consideraban un bastión sin ley y hedonista de radicales, inadaptados, piratas, criminales, corporaciones dudosas y mucho dinero negro. Se decía que en Neo City se podía conseguir cualquier cosa que uno quisiera... por un precio. Solo tenían una ley: todo es negociable.

Así que a Scott no le sorprendió demasiado que este fuera el lugar ideal para deshacerse de tecnología exótica que se acababa de robar a un puñado de pringados en el otro extremo del Cinturón. Pero lo que de verdad se preguntaba era si seguiría allí cuando llegaran a la ciudad asteroide..., si es que alguna vez había estado allí, para empezar.

Llevaban días de retraso con respecto a la nave de los atacantes. Para cuando la tripulación de la *Hermes* llegara a Neo, el dispositivo podría haberse comprado y vendido seis veces y estar ya a medio camino de cruzar el sistema solar. Scott no albergaba muchas esperanzas de encontrarlo. Sin embargo, se guardó sus sentimientos para sí mismo, principalmente porque, por primera vez en los tres años que esta tripulación llevaba junta, habían empezado a sentirse como un equipo; en realidad, más que eso: a Scott le parecían una familia, y le gustaba esa sensación. Compartir sus opiniones solo serviría para erosionar la esperanza que todos sentían. La esperanza era lo que los mantenía en marcha, ahora que la misión había terminado en la práctica. Pero, en el fondo, él sabía que ellos también lo sabían. Así que, durante los últimos diez días, mientras se precipitaban por el espacio hacia Neo City, nadie iba a ser el primero en romper el hechizo.

El cuartel general de Ceres, como era de suponer, había dado la misión por terminada y les había ordenado regresar. Posteriormente, Aria informó al cuartel de una serie de problemas técnicos que habían surgido durante el viaje de vuelta, y de que les preocupaba que estos fallos pudieran ser indicativos de un problema más grave. Por lo tanto, planeaban hacer una parada en la ciudad asteroide para poder realizar una evaluación exhaustiva de la integridad estructural de la nave antes de aventurarse hacia Ceres. Esta petición fue recibida con una sorprendente falta de resistencia o preguntas. Como Scott había supuesto, podría ser la forma del cuartel general de permitirles soltarse la melena después de tres años de aislamiento. Esto era otra cosa que le preocupaba a Scott: sus habilidades sociales no eran precisamente brillantes antes de partir en esta misión. A estas alturas, debían de ser inexistentes.

Pero, en cierto modo, eso era lo bueno de Neo City: a nadie le importaba un pimiento.



Scott levantó la vista hacia el monitor principal de operaciones. De borde a borde, estaba lleno de la negrura del espacio, salpicada por un ligero polvo de estrellas. Dominando el centro de este cuadro celeste había una mancha gris oscura, cuyos rasgos eran indistintos y borrosos a esa distancia. No obstante, podían distinguir el gigantesco muelle de naves espaciales en el culo de Neo City. Un día más y estarían allí. Scott miró a su ingeniero jefe.

—¿Algo?

Cyrus había estado prácticamente pegado a la consola de comunicaciones durante las últimas horas. Había estado escuchando atentamente a través de un auricular presionado con fuerza contra su cabeza. Tanto que Scott se preguntó si le penetraría en la cavidad craneal y se convertiría en parte de su biología. Tenía una expresión de intensa concentración. Miró a Scott y negó con la cabeza.

—Si está dentro de esa roca, tendremos que acercarnos mucho para recibir una señal.

Scott se encogió de hombros y volvió a mirar la difusa imagen del asteroide en la pantalla.

—Aria, ¿puede mostrar el último escaneo hiperespectral?

—Por supuesto, comandante.

Una confusión de colores floreció ahora en la pantalla. Scott pulsó unos cuantos iconos en su consola y ajustó el mapa espectral para que al centro de procesamiento visual del cerebro humano le resultara más fácil interpretar lo que estaba viendo.

La *Hermes*, al ser una nave de exploración, estaba equipada con unos escáneres muy especializados que se usaban para sondear cuerpos en las profundidades del Cinturón. Les decían más sobre la ciudad asteroide de Neo de lo que probablemente supieran ellos mismos. Pero a Scott no le interesaba la composición geofísica del cuerpo. Lo que estaba usando era para averiguar qué naves había

allí, y podía hacerlo basándose en las firmas metálicas adquiridas por el escáner.

Hasta el momento, Aria había podido identificar treinta y siete naves diferentes, ya estuvieran atracadas en el asteroide o aparcadas a su alrededor. De estas, cinco eran de tamaño, forma y contenido metálico similares a la nave pirata que los había atacado y se había llevado el dispositivo cuántico. Ninguna era una coincidencia perfecta, aunque eso no significaba que no estuviera allí. Podría estar atracada detrás de alguna otra nave y, por lo tanto, oculta a sus escáneres. La única forma de saberlo con seguridad era aproximarse y echar un vistazo más de cerca.

Aparcarían la *Hermes* en una órbita estacionaria cerca del asteroide y luego llevarían uno de sus dos pequeños transportes a Neo City. El único problema era que el transporte solo tenía capacidad para cuatro, así que alguien se iba a llevar una decepción. Scott no estaba muy seguro de cómo iba a resolver la cuadratura del círculo, ya que, después de tres años en los confines del Cinturón, todos se morían de ganas de tener un permiso en tierra. La solución a este pequeño problema se presentó mientras la *Hermes* maniobraba para acercarse al asteroide. Cyrus y Miranda estaban en el hangar preparando el transporte mientras el resto se encontraba en el puente, supervisando el posicionamiento de la *Hermes* en las coordenadas que el control de vuelo de Neo City les había dado. Aria estaba haciendo la mayor parte del trabajo pesado; era una operación delicada, más adecuada para la IA.

En medio de todo esto, Rick le anunció a Scott que se quedaría atrás.

—Alguien tiene que quedarse aquí, colega.

—¿Seguro?

—Sí. Demasiadas tentaciones en esa roca. Me iría directo al bar más cercano y no saldría hasta que me desmayara o me muriera —dijo el viejo minero.

Scott se rio.

—Es mejor que espere a que lleguemos a Ceres. Al menos allí podré tener mejor asistencia médica.

—Vale —dijo Scott mientras se levantaba de su asiento y le hacía una seña a Steph—. Venga, es hora de irse.Dejaron al viejo minero vigilando la nave mientras se dirigían por uno de los cuatro radios centrales del toroide hacia el hangar en la proa de la nave espacial. A medida que avanzaban, la gravedad artificial creada por la fuerza centrífuga disminuía hasta que quedaron en ingravidez. No perdieron tiempo en ponerse los trajes y subir a la pequeña lanzadera estacionada dentro del hangar.

Como de costumbre, Miranda estaba sentada en el asiento del piloto, repasando las comprobaciones prevuelo.

—Bueno, ¿estáis todos listos? —En realidad no necesitaba preguntar; un coro de «listos» resonó por la cabina. Dicho esto, las puertas de la bahía del hangar se abrieron y la plataforma de aterrizaje comenzó a extenderse hacia afuera, llevando la nave consigo. Una vez fuera del hangar, Miranda procedió lentamente, elevando la nave suavemente desde su plataforma y luego describiendo un arco para alejarla de la *Hermes* en dirección a Neo City.

En el monitor de la cabina, Scott vio cómo la enorme ciudad asteroide giratoria aparecía y aumentaba de tamaño a medida que se acercaban, con su nudosa superficie rocosa salpicada de forúnculos de tecnología: antenas, motores, sistemas de navegación, incluso algún que otro cañón de plasma. Era como si una gran enfermedad tecnológica hubiera afectado al asteroide y ahora estuviera brotando desde su interior.

Scott estaba hipnotizado por el lento y elegante giro de Neo City. Tenía una belleza extraña y fascinante. Pero, por otro lado, tal vez eran solo los tres años de aislamiento los que la hacían tan atractiva. Era el primer oasis de civilización que veían en todo ese tiempo. Nadie hablaba; todos estaban perdidos en el mismo trance que Scott sentía ahora tan intensamente.

La trayectoria de vuelo que seguían los llevaba por la parte superior del asteroide hasta el muelle que se extendía desde la popa. Allí era donde las naves visitantes podían encontrar un puerto seguro sin tener que realizar la difícil maniobra de igualar su

rotación. Era, con mucho, el aspecto visualmente más impresionante de toda la estructura.

Se había diseñado un rodamiento circular de doscientos metros de ancho en la popa del asteroide, y de su superficie se extendía un largo y plano muelle de acero de casi medio kilómetro. Hacía que el asteroide pareciera un polo gigante girando en el espacio. Largas pasarelas se extendían a ambos lados de este muelle. Eran para las naves de transporte más grandes, donde los umbilicales se conectarían directamente a la esclusa de aire de la nave. Esto permitía que personas y mercancías fueran transportadas dentro y fuera de Neo City en un entorno presurizado con un g de gravedad. Cada espacio disponible parecía estar abarrotado de naves de todas las formas y tamaños; algunos transportes comerciales, algunos vehículos corporativos y bastantes naves de lujo.

Todas estas naves amarradas a lo largo de las pasarelas eran naves construidas en el espacio, para el espacio. No podían aterrizar en un planeta ni entrar en un pozo gravitatorio de ningún tipo, a diferencia de la pequeña lanzadera que pilotaba Miranda, que ahora se dirigía a la cubierta superior del largo muelle. Esta sección era una enorme superficie plana diseñada para albergar tales lanzaderas. Pudieron ver al menos un par de docenas ya ancladas a lo largo de su extensión. En su mayoría eran transbordadores de las naves que, como la *Hermes*, eran demasiado grandes para atracar y, por lo tanto, tenían que tomar una posición estacionaria más alejada del asteroide.

—Hala —dijo Steph—, esto está hasta los topes. Nunca he visto tantas naves juntas en un mismo sitio.

—Sí, Neo City está cerca del Cinturón en este punto de su órbita, así que hay una enorme cantidad de naves que se aventuran hasta aquí por negocios y... lo que sea que pase en un sitio como este —dijo Cyrus.

El monitor de la cabina comenzó a mostrar alertas intermitentes cuando el control de vuelo de Neo City contactó con su lanzadera y les envió instrucciones sobre dónde ir.

—Allí. —Miranda señaló una zona en la plataforma donde las luces parpadeaban hacia afuera en círculos concéntricos—. Somos

nosotros. Ese es nuestro sitio. —Inclinó la nave suavemente para posicionarla sobre el centro de la baliza intermitente.

Scott miró a Cyrus.

—¿Has pillado algo ya?

El ingeniero jefe parecía estar jugueteando con algo en el lateral de su visor. Frunció los labios y negó con la cabeza.

—Nada, ni jota.

—He localizado al menos tres naves muy parecidas a la que nos atacó —dijo Steph.

—Es una nave de transporte estándar de clase Excelsior. Probablemente haya cientos de ellas en el sistema. Todas son iguales. Lo sabré yo, que he trabajado en ellas durante años —dijo Cyrus.

Para entonces, Miranda los había llevado directamente sobre el punto de aterrizaje y, en el monitor, podían ver las luces intermitentes concéntricas haciéndose cada vez más grandes a medida que descendían. Potentes electroimanes en la plataforma se activaron para sujetar el tren de aterrizaje, fijándolo firmemente para que no rebotara en gravedad cero. A continuación, unas abrazaderas mecánicas se extendieron desde la plataforma para bloquear la lanzadera en su sitio. Más alertas parpadearon para informarles de que habían sido asegurados.

—Bienvenidos a Neo City —resonó una voz incorpórea por la cabina, sobresaltando a la tripulación—. Su nave ya está asegurada. Por favor, esperen a que el umbilical esté conectado y su integridad confirmada antes de intentar desembarcar.

Afuera, en la plataforma de aterrizaje, una escotilla se abrió silenciosamente y una pasarela se elevó desde dentro. El sistema central de Neo City ya había identificado el tipo de nave y había configurado el mecanismo más apropiado para conectarse con la pequeña lanzadera y crear un sello hermético alrededor de su escotilla. Dentro, Scott sintió una baja vibración impregnar la nave mientras los motores y engranajes trabajaban para conectar el umbilical. Hubo un golpe seco y la nave se meció un poco.

—Umbilical conectado. Se ha establecido una presión de una atmósfera con su nave. Por favor, asegúrense de que entienden las

leyes de Neo City antes del desembarco. Tengan en cuenta que el incumplimiento de estas normas puede resultar en multas cuantiosas o la confiscación de su nave, o ambas cosas. Las ofensas más graves resultarán en encarcelamiento por un período acorde con el delito. Disfruten de su visita.

—No se andan con chiquitas, ¿eh? —dijo Steph.

—Son todo sandeces. He estado aquí antes y, creedme, hacen la vista gorda a casi todo, salvo a la violencia física. E incluso eso tendría que ser extremo para que le prestaran atención —dijo Miranda.

Cyrus levantó una mano.

—¡Silencio! —Su otra mano jugueteaba con su visor. Estaba escuchando algo. Cyrus giró lentamente la cabeza para mirar a la tripulación y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Lo he encontrado.

—Mierda, ¿en serio? —dijo Miranda.

Las preguntas comenzaron a llover sobre el ingeniero. Todos empezaban a emocionarse, hablando en susurros.

—¿Estás seguro? ¿Dónde está? —dijo Scott.

Cyrus extendió un brazo y lo movió lentamente, sin dejar de concentrarse en algo que solo él podía ver y oír.

—Ahí. Está en esa dirección, bastante cerca, quizá a unos cien metros.

—Miranda, ¿puedes orientar la cámara exterior hacia el muelle? —dijo Scott.Ella pulsó rápidamente unos iconos en su consola. El monitor parpadeó y una vista del muelle comenzó a materializarse. La dirigió hacia donde Cyrus señalaba vagamente. Su ubicación en la plataforma superior del muelle de aterrizaje solo les ofrecía una vista parcial de las grandes naves amarradas abajo. Tampoco ayudaba que otras lanzaderas aparcadas a su alrededor ocultaran una buena parte del panorama.

—Ahí está. Esa es. Es un transporte de clase Excelsior. —Miranda amplió la imagen de la sección de una nave que era visible para ellos. Una oleada de emoción teñida de miedo recorrió el cuerpo de Scott. Sintió la misma reacción en el resto de la tripulación mientras todos se reunían alrededor del monitor, mirando en silencio esta

tentación. Las cosas podrían empezar a complicarse a partir de aquí. El deseo de intentar recuperar el dispositivo cuántico comenzaría ahora a tirar de ellos, atrayéndolos con su promesa de una nueva vida, empujándolos a tomar decisiones que podrían enredarlos a todos en un juego de alto riesgo.

—Vale, no nos emocionemos demasiado —dijo finalmente—. Mantengamos la calma, quizá podamos husmear un poco si se presenta la ocasión. Que nadie haga ninguna estupidez, ¿entendido?

Para sorpresa de Scott, todos asintieron. Era raro que consiguiera tanto consenso de la tripulación tan rápidamente. Pero esta era una situación delicada. Su corazonada podía haber sido acertada: habían encontrado el dispositivo cuántico. Pero todavía estaban muy, muy lejos de recuperarlo.

Todos dieron un respingo cuando las comunicaciones estallaron con otro mensaje automático del control de vuelo.

—A la espera del desembarco. Por favor, confirmen que van a abandonar su nave de forma inminente.

Cyrus negó con la cabeza.

—Joder, qué susto me ha dado.

—Bueno, propongo que vayamos a buscar un bar agradable donde podamos tomar unas cervezas frías y ordenar las ideas. ¿De acuerdo? —dijo Scott.

Todos volvieron a asentir. Era la segunda vez en apenas unos minutos que Scott obtenía consenso. Podría acostumbrarse a esto.

—Será mejor que dejemos los trajes EVA aquí. No los vamos a necesitar ahora. —Miranda comenzó a quitarse el voluminoso traje. Los demás siguieron su ejemplo.

Sin embargo, Scott no se sentía cómodo con esto.

—Eso reduce nuestras opciones. Significa que no podemos hacer una EVA.

—Sí, ya sé lo que significa, Scott. Pero en el borde interior de Neo City hay una gravedad de un g. Estos trajes nos pesarán una barbaridad.

—Además de que pareceríamos un poco sospechosos, ¿no crees? —intervino Steph.

—Vale, lo pillo. —Scott no iba a salirse con la suya, después de todo. Tendría que conformarse con dos de tres.

Unos minutos más tarde, flotaban a través del umbilical, descendiendo hacia la sección inferior del muelle. Allí llegaron a una esclusa de aire que les permitía acceder a la vía principal a lo largo de la espina dorsal del puerto y hacia la ciudad propiamente dicha. Una voz automatizada les pidió que presentaran sus rostros uno a uno ante una pequeña pantalla plana para ser escaneados e identificados. Solo cuando se completó el último escaneo se abrió la puerta para permitirles la entrada. Mientras esperaban a que se abriera la puerta interior, Scott se preguntó cuál debería ser el siguiente paso, aparte de una cerveza fría... o dos.

Pero decidieron por él cuando esta se abrió de golpe y cuatro guardias bien armados aparecieron flotando ante ellos. Todos lucían la insignia de la Xiang Zu Corporation, los dueños de Neo City. Delante de los guardias se encontraba una funcionaria delgada de mediana edad. Sostenía una tableta en una mano y estaba comprobando algo en ella cuando la puerta se abrió. Parecía estar pegada al suelo, al igual que dos de los otros guardias. Todos llevaban botas magnéticas que les permitían adherirse a cualquier superficie ferrosa. Scott se había reorientado para no estar boca abajo en relación con la posición de ella.

—Buenas tardes y bienvenidos a Neo City. Soy Li Chan. —Su voz era alegre, casi infantil—. ¿Son ustedes la tripulación de la *Hermes*?

Scott se extrañó de la pregunta, ya que parecía bastante obvio que lo eran.

—Sí —respondió—. Soy el comandante Scott McNabb.

—Excelente —dijo la funcionaria con alegría—. Por favor, síganme. —Desconectó el anclaje magnético, flotó ligeramente y se giró para marcharse.

—Eh, ¿de qué va esto? —dijo Miranda, titubeando.

Ella hizo un gesto con la mano por encima del hombro.

—Vamos. Alguien quiere charlar un ratito con todos ustedes.

—¿Sobre qué? —dijo Scott.

Dicho esto, Li Chan reactivó sus botas magnéticas, se volvió a pegar al suelo y se acercó con movimientos precisos y eficientes. Se

situó muy cerca de Scott, su voz bajó unos tonos y su rostro perdió todo su encanto fingido.

—No es una petición y no tengo todo el día, así que andando. —Desactivó las botas por segunda vez y se alejó flotando. Uno de los guardias se acercó a la tripulación e hizo un gesto con la cabeza.

—Por aquí. Venga, venga.

Mientras Scott flotaba siguiendo a la funcionaria, los pensamientos de una cerveza fría y agradable comenzaron a desvanecerse.

10

EINSTEIN, PODOLSKY Y ROSEN

El comité de bienvenida del departamento de seguridad y orden público de Neo City guio a la tripulación por un pasillo hasta una avenida ancha y transitada. Era la arteria principal del muelle y estaba abarrotada de gente y mercancías que se movían de un lado a otro. Nadie les prestó atención. Li Chan tecleó algo en su tableta y, unos segundos después, dos pequeños tranvías aparecieron y se detuvieron frente a ellos. Eran bajos, abiertos y con seis asientos cada uno. En cada lateral lucía una insignia de Neo City de aspecto oficial. Metieron a Scott y a Miranda en uno junto con Li Chan y dos de los guardias. A Steph y a Cyrus los pusieron en el otro con dos guardias más. Los aseguraron con cuidado a los asientos y, por si no fuera suficiente, una barra de seguridad bajó para dejarlos bien sujetos.

Scott se atrevió a soltar una broma.

—¿Nos vais a subir a una montaña rusa? ¿Nos darán algodón de azúcar?

El guardia que comprobaba el arnés de seguridad levantó la vista y sonrió.

—Más o menos. Aunque no sé si tendrá un final dulce.

Cuando el guardia por fin se sentó, Scott y Miranda intercambiaron una mirada, una de esas que decían: «¿Pero qué

coño está pasando?».

Los vehículos arrancaron, despacio al principio, pero fueron ganando velocidad gradualmente. Tras unos instantes, entraron en un gran vestíbulo abierto. Daba la sensación de ser una ajetreada terminal portuaria, con cientos de personas moviéndose y flotando en el entorno de gravedad cero. Los vehículos se detuvieron y Scott se preguntó para qué eran todos aquellos arneses, ya que el viaje hasta allí no había supuesto ningún subidón de adrenalina. El vehículo trepidó cuando unos anclajes surgieron del suelo y lo sujetaron con firmeza. Giró noventa grados y empezó a descender.

Scott volvió a mirar a Miranda y señaló hacia abajo.

—Creo que nos dirigimos a la periferia.Miranda se limitó a asentir, pero su rostro revelaba que estaba en estado de máxima alerta, con los ojos moviéndose de un lado a otro.

El vehículo ganó una velocidad considerable mientras descendía —¿o ascendía?—. Era difícil de determinar en el espacio. En cualquier caso, se desplazaba hacia la superficie de la periferia interna de la ciudad asteroide. Scott notaba cómo varias fuerzas actuaban sobre su cuerpo: la inercia descendente, como un ascensor en caída rápida, y el giro centrípeto, que hacía que su cuerpo pareciera más pesado. El vehículo por fin se detuvo y las barras de seguridad se levantaron automáticamente. Se sintió desorientado durante un momento mientras su cerebro intentaba dar sentido a toda la inercia que había estado actuando sobre su cuerpo; le costaba decidir qué era arriba y qué era abajo.

Se desabrochó el arnés y se puso en pie; estaba un poco tembloroso. Miranda también sentía la desorientación. Scott miró hacia el otro vehículo. Cyrus estaba de pie junto a él, vomitando mientras uno de los guardias le daba palmadas en la espalda, riendo.

—Es una putada las primeras veces, ja, ja.

Steph, en cambio, no parecía tener ningún problema para adaptarse a la nueva normalidad.

—Por aquí —les indicó Li, haciéndoles un gesto para que la siguieran mientras se adentraban en lo que parecía un sector administrativo, notable por su total falta de originalidad. Era como

cualquier otra zona de oficinas en la que Scott había estado. Se imaginó que todas debían de fabricarse en la misma factoría, con el mismo molde. Recorrieron un laberinto de pasillos hasta que finalmente los hicieron entrar en una sala de juntas alargada y estrecha.

—Pueden esperar aquí. Los demás no tardarán en llegar —dijo Li Chen.

Scott vio que Miranda estaba a punto de protestar, pero se lo pensó mejor. Li Chen se giró y señaló a Scott con un dedo acusador.

—Y hágame un favor: no haga ninguna estupidez. —Dicho esto, se marchó, llevándose a los guardias con ella.

—¿Qué demonios es todo esto? —le susurró Miranda a Scott.

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero yo no le daría demasiada importancia.

—No me gusta ni un pelo —dijo Steph.

—Eh, chicos, tenéis que ver esto de verdad. —Cyrus estaba junto a un gran ventanal que ocupaba la mayor parte de una de las paredes. Les hizo una seña con el brazo. A medida que Scott se acercaba, empezó a ver lo que tanto había asombrado al ingeniero. La sala en la que se encontraban estaba en lo alto de la popa del asteroide, lo que les ofrecía una vista del vasto y cavernoso espacio interior de Neo City. Se extendía ante ellos, ascendiendo suavemente por ambos lados y cerrando el círculo justo encima. La superficie era un confuso mosaico de edificios, parques, carreteras y máquinas, todo ello unido por un flujo incesante de ciudadanos que vivían y trabajaban en la gran ciudad. En lo alto, a lo largo del eje central, una enorme y gruesa barra de luz difusa iluminaba cada sección de la metrópolis. El espacio central entre esta gigantesca fuente de luz y el suelo de la ciudad estaba lleno de extrañas máquinas voladoras. El lugar bullía de actividad.

—Vaya —dijo Steph—, es increíble.

La puerta se abrió y entraron dos hombres, uno más joven y de aspecto oficial, y otro más mayor y de aire más informal.

—Por favor —indicó el hombre más joven—, tomen asiento. Soy Hao Maozhen, y este es mi socio Su Haidong. —Entonces, una tercera persona entró en la sala, una mujer de mediana edad que

llevaba un vaso de agua. Se sentó junto a la pared del fondo de la sala, colocó el vaso en una mesita y no dijo nada. Los otros dos hombres se sentaron frente a la tripulación.

Hao tecleó en la tableta que llevaba.

—Así que... ¿son ustedes la tripulación del Hermes?

Scott se encogió de hombros.

—¿Y ustedes son...?

Hao hizo un gesto hacia su colega.

—Representamos los intereses de la Corporación Xiang Zu aquí, en Neo City. Solo queremos hacerles unas preguntas, eso es todo. —Volvió a sonreír—. No tiene mayor importancia.

—Así que... —continuó—, encontraron los restos del Bao Zheng en... —comprobó la pantalla de su tableta—, ¿Antiope Nueve Cero?

—Sí —dijo Scott.

—Y... ¿recuperaron un artículo del cargamento?

—Como es nuestro derecho según el Tratado del Espacio Exterior, ley de salvamento 3429. Se nos debe una compensación por ello —soltó Miranda.

—En efecto. —Hao levantó una mano—. Entonces... ¿dónde está ahora?

—¿Dónde está el qué? —Scott no pensaba ponérselo fácil.

El otro hombre, Su, respondió.

—El dispositivo EPR. El que Dyrell Labs intentaba ocultar. Sabemos que lo tenían, así que, ¿dónde está ahora?

—Quién sabe —dijo Scott—. Nos atacaron unos piratas y se lo robaron.

—Seguimos teniendo derecho a la compensación por el salvamento —añadió Miranda.

Los dos hombres se miraron un momento.

—¿Pero lo tuvieron?

—Disculpen —dijo Scott, reclinándose en su asiento—, pero ¿de qué va todo esto?

—Del dispositivo EPR, ¿de qué si no? —dijo Hao.

—¿Por qué tanto alboroto con esa cosa, de todas formas? —dijo Steph—. Todo el mundo parece tan rematadamente interesado en ella.

Los dos hombres se rieron.

—¿Interesado? —dijo Hao. Scott vio que incluso la enigmática tercera persona sentada junto a la pared también sonreía. Hao se reclinó y abrió la mano en un gesto—. No tienen ni idea de lo que han encontrado, ¿verdad?

—Una especie de dispositivo cuántico —dijo Cyrus.

Los dos hombres guardaron silencio un momento mientras Hao miraba a la mujer sentada junto a la pared del fondo. Ella miró a la tripulación, luego de nuevo a Hao, y le hizo un levísimo gesto de asentimiento.

Finalmente, él se giró para mirar a la tripulación de nuevo, apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Tiene razón al describirlo como un dispositivo cuántico, pero también es muy posiblemente el artefacto tecnológico más importante que existe en el sistema solar. —Se echó hacia atrás de nuevo para que asimilaran la información—. La noticia de su descubrimiento del Bao Zheng se ha extendido como la pólvora por todo el sistema. Sabemos que lo tuvieron en su poder, así que simplemente estamos tratando de averiguar dónde podría estar ahora.

Scott suspiró.

—Escuche, Hao, no lo sabemos. Nos atacaron unos piratas y el... dispositivo EPR, como lo llama, fue robado. Por si no se ha dado cuenta, a nuestra nave le falta un buen mordisco.

—¿Qué significa «EPR»? —preguntó Steph.

Hao retiró los brazos de la mesa y se echó hacia atrás, mirando a la tripulación por un momento, un poco exasperado. Hubo una pausa en la conversación antes de que Su finalmente respondiera.

—Einstein, Podolsky y Rosen.

—¿Como en la paradoja EPR? —dijo Cyrus.

—Exacto —dijo Su, señalando al ingeniero con el dedo índice.

—¿Y qué demonios es eso? —dijo Miranda.

Cyrus empezó a explicarlo lo mejor que pudo:—Es un experimento mental que idearon Einstein y sus colegas, con la intención de demostrar la paradoja inherente a la mecánica cuántica. En aquel entonces, la comprensión del mundo cuántico se definía

por lo que se conoce como la Interpretación de Copenhague. Una de las áreas dentro de esta interpretación, con la que Einstein tenía grandes dificultades, era el entrelazamiento. Esto ocurre cuando dos partículas cuánticas están interconectadas —entrelazó los dedos de ambas manos formando una bola para darles una pista visual—. Ambas funcionan como un par —separó las manos, las cerró en puños y las agitó—. Lo que hace una afecta a la otra. Pero los problemas surgen cuando intentas averiguar en qué estado se encuentran. Si tomas solo una partícula de este par... —Cyrus retiró una de sus manos, dejando un puño frente a él—, no tienes ni idea de lo que está haciendo. ¿Gira hacia arriba, hacia abajo, en esta dirección, en aquella? —Volvió a agitar el puño—. Se dice que está en todos los estados posibles al mismo tiempo, por muy raro que suene. Sin embargo, cuando finalmente la observas, de repente salta a un único estado.

Miranda negó con la cabeza.

—No lo pillo.

Cyrus suspiró y bajó la mano.

—El gato de Schrödinger —dijo Su desde el otro lado de la mesa.

Scott notó que el ambiente en la sala era más relajado ahora que la conversación se había convertido en una discusión científica. Con suerte, podrían largarse de allí pronto, pero no se iría hasta entender por qué tanto alboroto con el dispositivo EPR.

—Es otro experimento mental —continuó Su— para explicar la extrañeza inherente de que una partícula tenga múltiples estados. Metes a un gato vivo en una caja junto con un gas venenoso que solo se libera a intervalos aleatorios. Cuando cierras la caja y la miras, no sabes si el gas se ha liberado o no, así que no sabes si el gato está vivo o muerto. Por lo tanto, se podría decir que está vivo y muerto al mismo tiempo. En otras palabras, suspendido en dos estados. Solo se convierte en uno u otro cuando abres la caja de nuevo y miras.

Cyrus asentía.

—Exacto.

—Pobre gato —dijo Steph.

Miranda tenía ahora una expresión de concentración en su rostro; empezaba a entenderlo.

Cyrus volvió a levantar un puño cerrado.

—Así que, cuando observas una de tus partículas entrelazadas... digamos que está en esta posición. —Cyrus giró el puño unos cuarenta y cinco grados—. Como la suma de los estados de las dos partículas debe ser igual a cero, ahora conoces el estado de la segunda. —Levantó el otro puño y lo giró en la dirección opuesta—. Al observar esta —agitó un puño—, la has forzado a adoptar un estado fijo. Por extensión, también has forzado a esta otra a adoptar un estado igual y opuesto. —Agitó el otro puño—. ¿Lo pillas?

—Más o menos —dijo Miranda—. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la cosa esa EPR?

—A eso voy —dijo Cyrus—. El problema que tenía Einstein era que estas dos partículas entrelazadas podían estar separadas por distancias enormes y, por lo tanto, un cambio de estado instantáneo en ambas partículas al mismo tiempo implicaría una comunicación más rápida que la luz. Esto entraría en conflicto con su teoría de la relatividad. De ahí la paradoja.

A Scott se le encendieron todas las luces en la cabeza a la vez. Se sintió mareado con la repentina revelación de lo que era realmente el dispositivo. Miró a los dos hombres sentados frente a ellos. Notaron que estaba empezando a entenderlo; un vago atisbo de sonrisa comenzó a formarse en sus rostros.

—Oh, Dios mío. —Scott finalmente consiguió hablar—. Es un dispositivo de comunicaciones más rápido que la luz. —Miró a Hao y a Su con los ojos como platos.

Sus rostros se abrieron en amplias sonrisas, casi al borde de la risa. Su dio una palmada en la mesa y lo señaló con desgana.

—Lo has pillado.

—Eso es imposible. Desafía por completo las leyes de la física. No puede ser. —Cyrus miraba alternativamente a Scott, a Hao y a Su.

—Admito que nosotros también éramos escépticos. Pero he visto los datos de Dyrell: realmente funciona —dijo Su.

Cyrus negó con la cabeza.

—Así que ahora tiene sentido —dijo Scott—. Por eso todo el mundo lo quiere. Es el único en el sistema solar.

—Precisamente —dijo Su.

—Y ustedes también lo quieren, ¿no?

Hao se encogió de hombros.

—Por supuesto. Pero como su ingeniero aquí presente —señaló a Cyrus—, soy un poco escéptico. No obstante, si es un dispositivo de comunicaciones superlumínicas, entonces... estamos hablando de un importante reajuste de poder en el sistema. No nos gustaría que cayera en las manos equivocadas, ¿verdad?

—Por «manos equivocadas» se refiere a cualquiera que no sea Neo City, ¿no? —dijo Steph.

—Correcto. Así que, ¿por qué no nos hacen un favor a todos y nos dicen dónde creen que está?

Scott se encogió de hombros.

—A estas alturas podría estar en cualquier parte. Su conjetura es tan válida como la nuestra.

Hao se recostó en su asiento con un suspiro de exasperación.

—Miren, podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Pero les sugiero que empiecen a cooperar, y rápido. Se me está agotando la paciencia.

—Como he dicho, fue robado. —Scott se encogió de hombros.

Hao suspiró de nuevo.

—Entonces, ¿por qué están aquí?

—Estamos aquí por la cerveza. Recuerden que acabamos de pasar tres años en el cinturón de asteroides. Es hora de soltarnos la melena —dijo Miranda.

—Chorradas —dijo Su—. Están aquí porque creen que el dispositivo fue traído aquí, a algún lugar de Neo City. ¿No es así?

Scott negó con la cabeza.

—Están persiguiendo fantasmas. No sabemos nada.

—Eso es lo que no deja de repetir. —Hao estaba comprobando algo en su tableta—. Entonces, ¿qué puede decirnos de la nave que los atacó?

—Vayan a hablar con el cuartel general en Ceres. Tienen un informe del incidente.

Hao se inclinó hacia delante.

—No se pase de listo. Como he dicho, podemos hacer esto por las malas si lo prefiere.

Miranda contraatacó inclinándose sobre la mesa hacia él.

—¿Por qué no se va a la mierda?

Scott levantó una mano.

—Escuchen... intentemos llevarnos bien. Simplemente no sabemos dónde está, y obviamente no podemos darles información confidencial, ya que el cuartel general de Ceres se cabrearía bastante con nosotros por hacerlo. Estamos intentando hacer nuestro trabajo y cobrar, eso es todo. Así que, ¿por qué no nos vamos y ustedes vuelven a lo que sea que hagan? Sentimos no poder ayudarlos. —Abrió las manos en un gesto conciliador.

Hao y Su se recostaron y sonrieron. Al mismo tiempo, Scott se dio cuenta de que la mujer se llevaba ahora una mano ahuecada al auricular y parecía estar escuchando un mensaje. Se levantó, se acercó a Hao y le susurró algo al oído. Él la miró sorprendido. Ella le cogió la tableta, tocó unos cuantos iconos y se la devolvió. Él la leyó y luego asintió. La mujer salió de la sala y el ambiente cambió de nuevo.—De acuerdo. —Colocó ambas palmas sobre la mesa y se levantó—. La situación ha cambiado. Las autoridades de Ceres nos acaban de informar de que, si aparecen por aquí, deben ser detenidos inmediatamente.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? —Scott ya se había puesto en pie.

La puerta se abrió y cuatro guardias armados entraron, tomando posiciones a cada lado de la entrada.

Hao cogió su tableta y miró algo en ella.

—Al parecer, por robar una nave espacial.

—Eso es una gilipollez. —Miranda se había puesto en pie. Scott vio cómo evaluaba a los guardias. Aquello se estaba volviendo una locura.

—Lo siento —dijo Hao—. Parece que al final vamos a hacer esto por las malas. —Se encogió de hombros con desgana.

Un guardia dio un paso al frente.

—Nosotros nos encargamos desde aquí. —La puerta se abrió de nuevo y se llevaron a los dos hombres.

Fue entonces cuando Miranda hizo su jugada. Scott no tenía ni idea de qué esperaba conseguir. Se lanzó sobre la mesa como una gacela y le hundió el pie en el abdomen al guardia más cercano. Mientras este caía al suelo, ella ya estaba girando para golpear al siguiente en un lado de la cabeza. Las sillas salieron volando mientras Steph y Cyrus se levantaban de un salto y retrocedían contra la pared, apartándose del camino. Scott simplemente se quedó paralizado. ¿En qué demonios estaba pensando? Esa no era la solución. Pero los otros dos guardias ya estaban sacando armas de pulso, así que a Scott no le quedó más remedio. «A la mierda», pensó, y se abalanzó sobre la mano del guardia que sostenía el arma.

Demasiado tarde.

Un estallido de dolor incandescente lo golpeó de lleno en el pecho. Su cuerpo se sacudió violentamente mientras cada una de sus terminaciones nerviosas experimentaba una sobrecarga eléctrica abrumadora. En algún momento en medio de aquel trauma, creyó oír una segunda descarga, y una tercera. Se desplomó en el suelo y perdió el conocimiento.

11

XIANG ZU

Al kilo y medio de materia biológica que constituía el cerebro del comandante Scott McNabb le había costado procesar la repentina sobrecarga eléctrica que la descarga de plasma había infligido a su cuerpo. Así que, simplemente, había renunciado a intentarlo y se había desconectado..., por un tiempo. Ahora, sin embargo, empezaba a probar y sondear su red neuronal para determinar si alguna de sus múltiples funciones podía reactivarse, por así decirlo. Para su alivio, descubrió que la sobrecarga inicial se había disipado por completo, por lo que al menos ahora tenía con qué trabajar. Lenta pero inexorablemente, empezó a subir la potencia de los sistemas físicos de Scott McNabb, devolviendo a su anfitrión a la plena consciencia.

Scott abrió los ojos y vio una luz blanca y brillante que lo cegaba todo. Entornó los ojos por puro reflejo y se cubrió la cara con un brazo para protegerse. Sentía el cuerpo pesado, como si estuviera experimentando una gravedad intensa, y el pecho le dolía como mil demonios. Entonces se acordó. Aquella zorra loca, Miranda. ¿En qué estaba pensando, enfrentándose a esos tíos de esa manera? «Menudo lío», pensó.

—Scott..., Scott..., ¿me oyes?

Volvió a abrir los ojos, esta vez más despacio. Un rostro borroso bloqueaba la mayor parte de la luz directa y estaba aureolado por una mata de pelo rizado igualmente borrosa.

—¿Steph?

—¿Estás bien?

Scott se dio cuenta de que estaba tumbado boca arriba en un suelo duro y frío. —Sí, creo que sí. —Se incorporó sobre un codo. Steph lo ayudó a arrastrarse hasta una posición en la que pudiera apoyar la espalda en la pared. La luz aún le hacía daño en los ojos, así que los mantuvo cerrados y la cabeza gacha. Respiró hondo varias veces para recuperar fuerzas; el lugar olía a productos químicos que enmascaraban un fondo de aire viciado y repugnante. El pecho le ardía de dolor al respirar, pero, por lo demás, parecía estar prácticamente intacto. Tras unas cuantas respiraciones más, se arriesgó a abrir los ojos de nuevo.

La sala era de una luminosidad brutal y levantó una mano para protegerse la cara. Su visión seguía siendo borrosa, pero consiguió distinguir la figura de Steph a su lado, también apoyada en la pared. —¿Qué ha pasado? —Scott se dio cuenta de que su voz salía con dificultad; el dolor en el pecho le impedía hablar.

—Nos han encerrado —respondió ella.

—Y se han llevado mis putos ojos —dijo otra voz desde el otro lado de la sala.

Scott giró la cabeza y vio a Cyrus sentado en el suelo con las piernas cruzadas a unos metros de distancia. Tenía la cabeza inclinada, pero a medida que los ojos de Scott empezaron a adaptarse a la luz, vio que el ingeniero no llevaba el visor que había sido un rasgo permanente de su rostro. De hecho, no recordaba ninguna ocasión en la que Cyrus no lo llevara puesto; Scott siempre había asumido que estaba injertado quirúrgicamente en su cara.

Cyrus levantó la cabeza e hizo un gesto en dirección a Scott. En lugar de ojos, tenía colgajos de piel que le cubrían completamente las cuencas. A ambos lados del cráneo, Scott vio los puertos de interfaz manchados de sangre coagulada.

—Dios mío, Cyrus, ¿qué te han hecho?

—Estoy ciego, totalmente ciego. Me han quitado los ojos. Bastardos. —Cyrus estaba desconsolado. Scott negó con la cabeza con desesperación y se volvió hacia Steph—. ¿Dónde está Miranda?

Ella hizo un gesto hacia un lado, en dirección opuesta a Scott. Él se inclinó hacia delante para mirar por encima de ella y vio la figura inconsciente de la oficial de vuelo tumbada de espaldas. Se dejó caer de nuevo contra la pared. —Es un puto desastre.

—Le han disparado dos veces —dijo Steph—. Con uno no fue suficiente para derribarla. Es una tía dura.

—Está loca —dijo Scott.

En ese momento, Miranda empezó a gemir y Steph se acercó a ella. —Está volviendo en sí.

A Scott no le importaba. Para él, era una lunática. Y ahora, por su culpa, estaban todos metidos en una mierda aún mayor.

—¿Dónde... estamos? —La voz de Miranda era débil. Scott se atrevió a echarle otro vistazo. Steph estaba en el suelo a su lado, ayudando a Miranda a sentarse contra la pared.

—Encerrados —dijo Steph, mientras la agarraba por debajo de los brazos y la ayudaba a incorporarse.

—Mira lo que has hecho. Me han quitado los ojos, se han llevado todo nuestro equipo. Estás como una regadera. Ahora estamos totalmente jodidos, y todo por tu culpa. —Cyrus estaba desahogando toda su ira y frustración.

Miranda tosió y respiró hondo varias veces. —Lo... siento —dijo finalmente en voz baja, con la cabeza gacha.

—¿Que lo sientes? —Scott sintió que la ira crecía en su interior—. Ah, pues vale. Entonces no hay problema. —Hizo una pausa. Miranda no dijo nada—. ¿Qué demonios pretendías conseguir?

Miranda lo miró. —Los habríamos reducido si no hubieras sido tan lento en apoyarme.

—¿Y entonces qué? ¿Salimos de aquí tan campantes y vivimos felices y comemos perdices?

Miranda volvió a bajar la mirada. —No... lo sé.—¿Cómo demonios nos ayuda infligir lesiones corporales graves a un par de guardias de seguridad? Toda esa mierda de que Ceres quería que nos detuvieran era simplemente... una sarta de gilipolleces. Solo intentaban

tomarnos el pelo, Miranda, provocarnos. Ahora les has dado todo lo que necesitaban.

—Scott tiene razón —dijo Steph—. Solo iban de farol. El cuartel general en Ceres pondrá el grito en el cielo cuando se enteren.

—Estáis locos —intervino Cyrus—. Mirad ahora dónde estamos.

Miranda levantó la cabeza y les lanzó una mirada fría y dura. —¿Es que no sois capaces de verlo? No es ningún error. Quieren quitarnos de en medio. Tenemos un derecho de salvamento, pero si pueden inventarse algún delito por nuestra parte, lo perdemos.

—Bueno, de eso desde luego te has encargado tú —replicó Cyrus —. Ahora estoy completamente ciego por tu culpa.

Scott lo sentía por el ingeniero. Era alguien para quien el mundo se mostraba con un detalle hiperespectral, una realidad aumentada que iba mucho más allá del rango normal de visión. Ahora se lo habían arrancado, literalmente. El trauma debía de ser intenso.

Miranda se puso de pie. —¿Ninguno de vosotros lo entiende? Saben que sabemos dónde está y lo quieren. Ceres no tiene ningún poder aquí, pueden matarnos con toda facilidad y no hay absolutamente nada que nadie pueda hacer al respecto.

Scott se levantó con esfuerzo. —Mira, por si sirve de algo, Miranda, no estoy completamente en desacuerdo con tu análisis. Al menos parte de lo que dices es probablemente cierto: quieren lo que sabemos. Pero lo que me jode es tu tendencia a recurrir a la violencia como primera opción.

—¿Ah, sí? Bueno, comandante, ¿qué querría que hiciéramos? — Puso un énfasis especial en la palabra «comandante», como si fuera un insulto.

—Hablar, negociar, conseguir algo de información, buscar una solución al problema, venderles la información, encontrar una salida... sin matar a palos a la gente en el proceso.

Miranda suspiró y volvió a sentarse. La sala en la que estaban encerrados era demasiado pequeña para caminar. —Estaríamos exactamente en la misma situación si no hubiera hecho nada. Seguiríamos aquí encerrados, lisiados. Intentaba darnos algunas opciones, quizá intentar una fuga o escondernos en algún sitio. —

Los miró a todos—. Habría sido mejor que esto. —Hizo un gesto con la mano.

Scott empezaba a calmarse. Se llevó la mano a las doloridas costillas y soltó un largo suspiro. —Escucha, te agradezco que te hayas jugado el pellejo por nosotros.

—Pues yo ni de coña —dijo Cyrus.

Scott miró de reojo al ingeniero y luego de nuevo a Miranda. —Pero la próxima vez, ¿puedes avisarnos antes de empezar a moler a la gente a palos?

Miranda lo miró con un encogimiento de hombros resignado. —Lo... intentaré.

Scott volvió a sentarse. Nadie habló.

La situación era un completo desastre, sin duda. Había sido increíblemente estúpido pensar que podían hacer una parada en Neo City para tomarse unas cervezas. Se había corrido la voz sobre el descubrimiento, todo el mundo lo quería y, por supuesto, eso incluía a la Corporación Xiang Zu que dirigía Neo. ¿En qué demonios estaba pensando? Ya era demasiado tarde. Habría sido mejor ir directamente a Ceres. A estas alturas, el Hermes estaría confiscado, así que no había forma de salir de esta roca. De hecho, Scott no veía ninguna salida a esta situación. No solo había visto desaparecer sus sueños de una vida mejor cuando la nave pirata se llevó el cargamento rescatado, sino que su paga y su bonificación por tres años del trabajo más atrozmente aburrido que había hecho nunca también estaban en peligro. Necesitaba algo a lo que aferrarse, aunque pareciera inútil. Así que se puso a darle vueltas al problema.

Cuanto más pensaba Scott, más volvía al dispositivo EPR, como lo llamaban Hao y Su. Un sistema de comunicación más rápido que la luz. Le estallaba la cabeza mientras las ramificaciones de esta tecnología se asentaban en su mente. Con la gente y las máquinas expandiéndose cada vez más hacia los confines del sistema solar, la comunicación se volvía más problemática a medida que las distancias crecían. En los extremos más lejanos de la civilización humana dentro del sistema, un solo mensaje tardaría horas en llegar.

Así que este dispositivo provocaría un cambio de paradigma en el funcionamiento de la civilización humana, haciendo increíblemente poderoso a quien lo poseyera. Por no mencionar el hecho de que generarían enormes ingresos simplemente por permitir el acceso a otros que temieran quedarse atrás. También sería una poderosa moneda de cambio, ya que el miedo a perder el acceso podría castrar a sociedades enteras. Quien lo controlara inclinaría la balanza de poder en el sistema solar.

Este poder residía actualmente en la Tierra. Pero su esfera de influencia ya estaba menguando, ya que décadas de guerras devastadoras, junto con una mala gestión medioambiental, le habían pasado factura. Para mantenerse, la Tierra absorbía recursos del Cinturón para alimentar sus industrias y, sin estas materias primas, se deterioraría aún más.

La otra gran potencia era Marte. Ahora tenía una población significativa, junto con una sociedad casi utópica, y también necesitaba los recursos del Cinturón a medida que crecía y se expandía. Su poder e influencia provenían del control de las rutas comerciales interplanetarias, algo que no gustaba mucho ni al Cinturón ni a la Tierra.

En cuanto al propio Cinturón, tenía lo que todos los demás querían. Pero carecía de las estructuras de poder y la cohesión social para convertirlo en algo más que una enorme mina. Sin embargo, eso estaba cambiando, y rápido.

La única parte de esta ecuación sociopolítica a nivel de sistema que Scott no podía definir del todo eran las instituciones académicas de Europa. Desde que se descubrió vida allí, se había vuelto esencialmente intocable. Era la Suiza del sistema solar, una entidad neutral, una sede de aprendizaje e investigación, un lugar que se había elevado muy por encima de la sucia política del resto del sistema solar. No se alineaban con nadie y parecían mirar al resto del sistema por encima del hombro, como si todos fueran una panda de críos ignorantes y revoltosos. Scott nunca había tenido mucho aprecio por su visión condescendiente y su superioridad moral.

Pero ¿era realmente posible la comunicación superlumínica? Cyrus parecía bastante convencido de que era imposible. Desafiaba

las leyes de la física, había dicho. Los limitados conocimientos de Scott sobre el tema también alimentaban su propio escepticismo. Miró al ingeniero. Cyrus estaba sentado en el suelo con la espalda contra la pared. No había asientos ni muebles de ningún tipo en la habitación, así que sentarse o tumbarse en el suelo era la única opción. Steph estaba a su lado, con el brazo alrededor de su hombro. Le hablaba en voz muy baja. Scott no pudo distinguir la conversación. Cyrus tenía la cabeza gacha y parecía que sollozaba. Cómo era posible sin ojos, Scott no estaba seguro, pero de lo que sí estaba seguro era de que el ingeniero se había tomado muy mal su situación. Estaba completamente destrozado.Scott deseó poder hacer algo para ayudarlo. Quizá debería intentar distraerlo. —¿Cyrus? —lo llamó—. ¿Por qué dijiste que el dispositivo EPR no puede funcionar?

El ingeniero no dijo nada durante un momento, luego negó ligeramente con la cabeza. —No quiero hablar de eso.

—Pero sí que dijiste que era imposible.

—Así es.

—¿Pero por qué?

—Scott, tú estudiaste física, lo sabes tan bien como yo.

—Eso fue hace mucho tiempo. He olvidado el noventa por ciento de lo que aprendí.

—La cuestión es que puede sonar plausible, pero simplemente no lo es.

—Solo quiero entender por qué piensas eso.

Cyrus se movió un poco y levantó la cabeza; pareció animarse levemente. —El hecho de que conozcas el espín de una partícula a millones de kilómetros de distancia no significa que la persona que está allí lo sepa. Tienes que decírselo, así que vuelves a las comunicaciones normales. Si intentas cambiar el estado de cualquiera de las partículas para enviar un mensaje, entonces rompes el entrelazamiento.

—Entonces, ¿no es posible?

—Eso es lo que yo entiendo.

—¿Hay alguna forma de que pueda funcionar?

Cyrus se rascó las costras que se le habían formado a lo largo de la interfaz de la cuenca del ojo izquierdo. Dejó caer la mano. —He estado intentando pensar en eso. —El interrogatorio de Scott estaba surtiendo el efecto deseado: Cyrus empezaba a volver a la vida—. Pero cada vez que lo intento, me quedo en blanco. El problema es, ¿cómo cambias el estado sin romper el entrelazamiento?

—¿Y si se usan múltiples pares en diferentes estados y el mensaje se envía usando un subconjunto diferente cada vez?

—Sí, pero ¿cómo le dices al receptor qué subconjunto estás usando? Vuelves a las comunicaciones normales.

Scott se rascó la barbilla. —Sí, veo el problema.

—Pero esos dos tíos parecían bastante seguros de que funcionaba —intervino ahora Miranda. Scott se preguntó cómo le sentaría eso a Cyrus, que la veía como la principal causa de sus problemas—. ¿Dijeron que habían visto los datos?

Cyrus dudó un momento y luego respondió: —Sí, eso es lo que me desconcierta. Estaban muy seguros. Pero no veo cómo. Quizá simplemente no entiendo lo suficiente para resolverlo. O simplemente no estoy pensando de forma original.

Scott exhaló un ligero suspiro de alivio al ver que, al menos, Cyrus no iba a ser totalmente hostil; no es que Scott pudiera culparlo.

—Hablando de entrelazamientos —dijo Steph—, lo que a mí me gustaría saber es cómo vamos a desenredarnos de esta situación.

Como siempre, Steph tenía una forma de hacer la pregunta correcta en el momento adecuado. Sin embargo, al igual que el enigma de las comunicaciones superlumínicas, su situación parecía imposible.

La puerta de la sala se abrió de golpe y entraron dos guardias, empujando a un Rick Marantz de aspecto magullado y maltrecho. Los guardias se fueron, cerrando la puerta con llave a sus espaldas.

—Rick, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —Scott corrió hacia él mientras este se sentaba en el suelo, limpiándose un poco de sangre de la frente.

—Estoy bien. —Miró al resto de la tripulación—. ¿Puede alguien decirme qué demonios está pasando?

Siguieron unos minutos de animada charla cruzada mientras ponían al viejo minero al corriente de su situación. No dijo mucho, nunca lo hacía. Se limitó a alternar entre asentir con la cabeza y parecer aturdido mientras le relataban los acontecimientos y revelaciones de las últimas horas.

—Entonces, ¿qué pasó en la nave? —preguntó finalmente Scott.

—La abordaron. No pude detenerlos, tenían la autoridad, así que ¿qué podía hacer yo? El caso es que eran seis o siete, y empezaron a registrarla. Una era técnica, llevaba un montón de equipo. Estaba intentando piratear nuestro sistema central, pero... —Rick los miró a todos por un momento—. Aria se resistió. Os juro por Dios que creo que esa IA es consciente. Empezó a apagar sistemas, a desconectar cosas. Nunca he visto nada igual. Asustó a algunos de los otros también, tanto que decidieron abandonar la nave. Me trajeron con ellos de vuelta aquí y empezaron a hacer un montón de preguntas: dónde está el dispositivo, sabemos que lo sabéis y toda esa mierda. Cuando no respondí, se pusieron agresivos. —Rick le lanzó a Scott una mirada severa—. Pero no les conté una mierda. —Se encogió de hombros—. Al final me trajeron aquí.

Scott volvió a recostarse contra la pared mientras los demás seguían desgranando los detalles de la historia de Rick. Pero el comandante había oído todo lo que necesitaba. Dos cosas se estaban volviendo claras para él. La primera era que los estaban eliminando de la ecuación, como Miranda había supuesto. Pero eso ya lo sospechaba. La segunda era que, aparte de su tripulación y los piratas que los atacaron, nadie más sabía dónde estaba el dispositivo EPR. Y quizá podría usar esto a su favor. La pregunta era ¿cómo?

12

HUIDA A LOS MUELLES

—Tenemos que largarnos de aquí, y pronto. —Los demás dejaron de hablar y miraron a Scott. El comandante cambió de postura y se inclinó un poco—. Por lo que dice Rick, los Xiang Zu están intentando hackear los sistemas de nuestra nave para obtener información sobre el ataque pirata y dónde podría estar el dispositivo. Si entran, podrían hacer los mismos cálculos que nosotros y deducir que el dispositivo probablemente está aquí, en Neo City. Si lo averiguan, entonces, ¿de qué les servimos?

—¿Estás diciendo que nos dejarían marchar? —preguntó Steph.

—No —dijo Miranda. Miró a Scott—. Lo que dice, creo, es que pasamos a ser prescindibles. Nada les impediría echarnos por la esclusa más cercana sin más que el aire de nuestros pulmones.

—Ni de coña —dijo Steph—, no harían eso.

—¿Tú crees? —dijo Scott—. Neo es una ciudad fundada sobre el principio de hacer la vista gorda ante lo que sea necesario. Así que, vale, puede que no llegaran tan lejos. Pero lo que me preocupa es: ¿qué se lo impide?

—En eso tienes razón, Scott —dijo Rick—. Conozco a esta gente. Trabajé para ellos un tiempo y, creedme, no se detienen ante nada para conseguir lo que quieren.

—La otra cosa es que, por lo que sé, solo nosotros y la tripulación de la nave pirata conocemos la ubicación del dispositivo EPR. Pero eso podría cambiar muy pronto, así que tenemos un margen de tiempo limitado.

—No estarás pensando en serio en ir a por él, ¿verdad? —dijo Steph.

—Si se presenta la oportunidad, ¿por qué no? Pero creo que todos nos conformaríamos con largarnos de esta roca, con o sin el dispositivo EPR.

Cyrus suspiró y negó con la cabeza.

—Tengo un gran problema con eso, y es que no veo una mierda.

—Todo tu equipo está fuera. —Rick señaló hacia la puerta—. Lo vi cuando me trajeron.

—¿Qué hay ahí fuera? Miranda y yo estábamos inconscientes cuando nos metieron aquí, así que no tenemos ni idea. —La voz de Scott se hizo más baja, casi un susurro. El grupo se acercó más. Estaban empezando a conspirar, a trazar un plan.

—Esto da a una sala grande, como un taller, con máquinas y cosas por todas partes. Vuestro equipo está en una mesa en el centro.—Un taller... ¿no unos barracones? —Scott empezó a examinar más de cerca la habitación en la que estaban. No era una celda, no estaba diseñada como un calabozo. No se había dado cuenta antes, pero ahora que se fijaba, veía que era una simple habitación que podría haberse usado como almacén en algún momento.

—Por lo visto —continuó Rick—, había, o quizás todavía hay, disturbios en algún sector del centro. Las celdas están llenas, así que han tenido que usar este sitio. Se lo oí decir a los guardias.

—¿Cuántos crees que hay ahí fuera?

Rick se rascó la barbilla.

—Dos, posiblemente tres.

Scott miró a Miranda. Vio que ella estaba pensando lo mismo: ¿podrían con ellos?

—Hay una gran diferencia entre dos y tres —dijo ella—. Pero estoy dispuesta a intentarlo... si sé que esta vez tengo refuerzos, claro. —Le lanzó una mirada a Scott.

—Puedes contar con ello.

—Para. Esperad un momento. —A Steph empezaba a ponerla nerviosa el rumbo que estaba tomando la conversación—. Suponed que salimos de esta habitación. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo volvemos al muelle sin que nos vean? ¿Cómo volvemos a la nave? E incluso si lo conseguimos, probablemente esté plagada de gente de Neo City.

Scott no tenía una respuesta, la verdad es que no había pensado tan a largo plazo.

—Quizá esto ayude —dijo Rick. Se quitó un zapato y jugueteó con algo en el tacón. Se abrió un pequeño compartimento y de él sacó un pequeño comunicador de oreja.

—Rick, joder, eres un genio —dijo Scott.

—Con esto podemos contactar con Aria y averiguar qué está pasando a bordo de la nave —dijo Rick—. El único problema es que aquí dentro no funcionará. Tenemos que salir de esta roca y llegar a la zona del muelle antes de poder usarlo.

—Sigo sin ver cómo nos ayuda eso a salir del asteroide —dijo Steph.

—Yo tampoco lo sé —dijo Scott—, pero tenemos que intentarlo. Necesitamos tomar las riendas de nuestro destino, y no estar a merced de Neo City y de los matones de Xiang Zu. Si podemos salir de este asteroide, al menos tendremos una oportunidad de volver a casa.

La tripulación guardó silencio por un momento.

—Pero tenemos que estar todos juntos en esto. Así que, ¿qué me decís? —continuó Scott.

Miranda y Rick se habían apuntado a la primera mención de un intento de fuga. Cyrus, que había estado muy callado durante la mayor parte de la conversación, fue el primero en hablar.

—Si significa que puedo recuperar mis ojos, entonces cuenta conmigo.

El resto se giró hacia Steph.

—Oh, qué demonios. De todas formas, me estoy aburriendo aquí dentro.

Tardaron al menos otra media hora en ponerse todos de acuerdo sobre la fase inicial del plan de escape, que consistía en cómo salir

de la habitación en la que estaban encerrados. Lo mantuvieron simple: armar jaleo y atacar a los guardias. Steph y Cyrus se colocaron apartados contra una pared lateral. Rick se puso a un lado de la puerta, y Miranda se subió a un pequeño saliente justo encima de ella. Scott se colocó justo delante de la puerta y los miró a todos por turnos.

—¿Listos?

Cuando le dieron el visto bueno, se acercó a la puerta y empezó a golpearla tan fuerte y ruidosamente como pudo.

—¡Eh! ¿Podéis traernos un poco de agua? Nos morimos de sed. —Siguió aporreando y gritando, armando un jaleo del demonio hasta que oyó pasos que se acercaban. Miró a Miranda. Su rostro era un estudio de concentración, sus músculos tensos por el esfuerzo de mantenerse en su sitio.

—Apártate de la puerta —llegó un grito desde el otro lado. Scott retrocedió un poco. La puerta se abrió una rendija y una botella de agua rodó por el suelo hasta el interior.

«Mierda», pensó Scott. Miró de nuevo a Miranda. Ella negó con la cabeza. «Joder, la puerta no está lo bastante abierta. Necesito que el guardia entre». Se abalanzó hacia delante, agarró el borde de la puerta con ambas manos y la abrió de un tirón. El guardia se quedó allí, momentáneamente sorprendido por la brusquedad de la acción. Dudó, luego sacó un arma de plasma de mano y entró..., lo justo para que Miranda le cayera encima. Se le encaramó al cuello y ambos cayeron estrepitosamente al suelo. La pistola se disparó y una flor incandescente de plasma impactó contra la pared del fondo de la sala. Se extendió desde el punto de impacto en un círculo de caos eléctrico. Scott hincó una rodilla sobre la muñeca del guardia con todo su peso. Oyó un crujido y el guardia gritó mientras Scott le arrancaba la pistola de la mano rota.

Un segundo guardia corría ahora hacia ellos, apuntando a la espalda de Miranda cuando Scott se giró y le disparó. El cuerpo del guardia tembló y convulsionó, y finalmente se desplomó en el suelo. Miranda le gritó a Scott e hizo un gesto hacia el guardia con el que estaba forcejeando en el suelo.

—¿Listo?

—Sí. —Se puso de pie y apuntó al guardia atrapado. Miranda lo soltó y rodó para apartarse, justo cuando Scott apretaba el gatillo. Pero antes de que pudiera siquiera recuperar el aliento, Miranda ya había salido por la puerta y cogido el arma del otro guardia caído. Scott corrió tras ella.

Ella escudriñaba la zona del taller en busca de más guardias y le hizo un gesto para que él se encargara del otro lado. Entre los dos, avanzaron, comprobando si había otras amenazas. No había ninguna. De momento, todo bien, pensó Scott. Miró a Miranda. Estaba junto a la puerta de salida, montando guardia, en alerta máxima. Una gota de sudor le resbalaba por la frente. Respiraba con dificultad, pero su rostro irradiaba una alegría salvaje. Se dio cuenta de que estaba en su salsa: disfrutaba de la pelea, era lo que había estado echando en falta. Y, en ese preciso instante, él entrevió a la verdadera Miranda Lee.

Detrás de él, Rick y Steph ya estaban ayudando a Cyrus a salir de la habitación y a acercarse a la mesa donde habían guardado su equipo. Por suerte, todavía estaba allí.

Miranda le hizo una seña. Él se acercó a la puerta de salida.

—Vigila aquí mientras cojo nuestras cosas —dijo ella.

—Claro.

Ella le dedicó una larga mirada.

—Gracias, por cierto.

Scott no estaba seguro de a qué se refería.

—¿Por qué?

—Por salvarme el culo ahí dentro.

Él sonrió y asintió.

—De nada.

Ella le dio una palmada en el brazo.

—Lo has hecho bien ahí dentro... comandante. —Lo dijo como si lo sintiera de verdad esta vez.

Scott echó un vistazo a su alrededor, inspeccionando la zona en la que se encontraban ahora. Rick tenía razón: era una especie de taller en desuso. A lo largo de las paredes laterales había estanterías de almacenamiento vacías, salvo por algún que otro contenedor o rollo de cable. En el centro había una larga mesa de trabajo donde

Cyrus se estaba volviendo a poner el visor con la ayuda de Steph. Parecía aliviado. Con suerte, estaba recuperando la vista. Miranda estaba recogiendo el resto de su equipo.Scott continuó examinando la zona, buscando cámaras esta vez. No encontró ninguna. Eso no significaba que no las hubiera, pero parecía que Rick tenía razón y que aquella había sido una zona de detención temporal no diseñada para un encarcelamiento permanente. Así que, si jugaban bien sus cartas, podrían recorrer una buena distancia antes de que alguien se percatara de su ausencia. Volvió a mirar a los demás y vio a Rick y Miranda arrastrando al guardia aturdido de vuelta a la habitación de la que habían escapado. Esto le dio una idea.

Unos momentos después, Scott y Miranda estaban de nuevo en la puerta de salida, ambos vestidos con los oscuros uniformes de los guardias. Scott descubrió, para su sorpresa, que los visores que llevaban los guardias ofrecían realidad aumentada. Al inclinar la cabeza hacia un lado y otro, una superposición del mapa se movía con él, mostrando su ubicación y un esbozo fantasmal de lo que había más allá. Scott descubrió que podía ajustar la resolución con una pequeña rueda en el lateral del visor. Pasó un momento jugueteando con ella mientras esperaba a que Miranda se ajustara el uniforme. Le quedaba demasiado grande y parecía perdida dentro del traje. Estaba ocupada intentando que le sentara bien como fuera.

La coartada que planeaban era que Scott y Miranda, ahora disfrazados de guardias, escoltarían a una tripulación conflictiva hasta el muelle, desde donde serían expulsados de Neo City para no volver jamás. Pensaron que, como había habido algún tipo de disturbio en el centro antes, esto podría colar como historia si los paraban y los interrogaban. Como nadie se opuso a este plan, y viendo que a nadie se le ocurría uno mejor, decidieron seguir adelante. Rick parecía resignado y estoico, mientras que Cyrus y Steph parecían francamente aterrorizados.

—Vale —dijo Scott, señalando la puerta con el pulgar y, al mismo tiempo, jugueteando con el visor—. Por aquí debería haber un garaje de algún tipo para guardar vehículos terrestres. Eso debería dar

directamente a una vía principal. Podemos seguirla hasta el final de la ciudad e intentar subir al muelle desde allí. ¿Estáis todos listos?

Algunos asintieron, otros tragaron saliva en silencio. Scott abrió la puerta muy lentamente y se asomó por la rendija. La abrió más a medida que ganaba confianza y empezaron a salir con cautela.

El espacio estaba oscuro, tenuemente iluminado por unos haces de luz brumosa que entraban por unas ventanas en lo alto de la pared del fondo. Dentro, podían ver varios coches terrestres, similares a los que los habían traído.

—Oye, deberíamos usar una de estas... cápsulas de transporte —susurró Cyrus mientras examinaba uno de los vehículos.

Los demás se acercaron.

—Es un coche oficial, ¿veis las marcas? —Cyrus se subió y se sentó en el asiento del conductor, examinando los mandos. Accionó un interruptor y el salpicadero cobró vida. Lo estudió durante un segundo o dos—. Oye, Scott. Dame tu placa. —Señaló el escudo metálico de Neo City sujeto al bolsillo de la camisa de Scott—. Les vi usar esto para acceder. Creo que es como una llave.

Scott se dio cuenta de que era magnética y se desprendió fácilmente de su soporte en el uniforme. Se la entregó a Cyrus, que la pasó rápidamente por un lector en el salpicadero. La pantalla principal parpadeó y mostró una multitud de opciones.

—Una ventaja —dijo Cyrus—, es autónomo y, si no me equivoco, parece que puede llevarnos hasta la ubicación de nuestro módulo de aterrizaje en el muelle. —Miró a los demás con una gran sonrisa—. Justo hasta la puerta de casa.

—Vale, hagámoslo. Es un plan tan bueno como cualquier otro —dijo Scott.

Subieron a bordo y Scott se sentó delante. Rick, Cyrus y Steph se sentaron en el medio, mientras Miranda hacía de escolta en la parte de atrás. De esta manera esperaban mantener la farsa de que estaban trasladando prisioneros.

Scott introdujo las coordenadas del muelle.

—Vale, allá vamos. —Tocó un icono parpadeante en la pantalla con la etiqueta «iniciar viaje».

El coche se puso en marcha y cruzó silenciosamente el garaje. Una rendija de luz apareció en la pared del fondo, ensanchándose a medida que se acercaban. El coche se deslizó hacia una plaza iluminada y concurrida; giró a un lado y a otro para maniobrar e incorporarse a una ancha vía. Esta parecía ser una arteria principal para vehículos que atravesaba la ciudad asteroide a lo largo. También estaba llena de tráfico. Coches y pequeños camiones, todos autónomos, pasaban a una velocidad impresionante. A su alrededor, en la plaza central, un puñado de personas iba a sus asuntos. Nadie les prestaba atención. El coche se deslizó suavemente por una rampa, acelerando al hacerlo, y finalmente se unió al tráfico principal.

Scott empezó a sentir que podrían salirse con la suya. La abarrotada ciudad les concedía una sensación de anonimato. Gente que iba a sus quehaceres, ajena a las vidas de quienes les rodeaban. Como cualquier metrópolis en cualquier parte del sistema, Neo City no era diferente en su indiferencia ante las vidas individuales de sus habitantes.

A medida que la ciudad pasaba volando a ambos lados, Scott podía ver edificios, plazas, parques, caminos y ciudadanos; todo se curvaba suavemente hacia arriba a cada lado, elevándose para volver a encontrarse en lo alto, a un kilómetro de distancia. Delante, el extremo de la ciudad se acercaba rápidamente. Una enorme pared circular se extendía por su campo de visión. Era una maraña de diferentes niveles, cruzados por una multitud de pasarelas, tubos y corredores. Aquí y allá, una densa vegetación colgaba, donde «abajo» significaba hacia el borde de esta metrópolis cilíndrica.

El coche redujo la velocidad mientras se dirigía a una abertura en la pared. El tráfico se agolpó y empezó a organizarse en dos carriles únicos mientras los coches se colocaban para los tubos elevadores. Se acercaron, parachoques contra parachoques, y redujeron la velocidad hasta casi detenerse. Una plataforma muy cargada delante de ellos les bloqueaba la vista. Scott observó el atasco. Algunos coches eran claramente solo de transporte, cargados de mercancías y sin humanos a bordo. Otros transportaban personas; presumiblemente, algunas tripulaciones que regresaban a sus naves

en el muelle de arriba. Scott estudió sus rostros, preguntándose si alguno era de los piratas que los habían atacado en el borde del Cinturón.

El coche dio una sacudida y avanzó un trecho. Un momento antes, habían entrado en un corto túnel y ahora podían ver los tubos elevadores a ambos lados. Pero el avance era lento, y estar tan cerca de otras personas empezó a aumentar la ansiedad general del grupo. Scott notó que su mirada saltaba de un lado a otro con cada voz alzada, cada carcajada y cada sacudida del coche.Solo quedaban dos coches delante de ellos cuando un guardia salió de detrás de la pared del tubo elevador. «Mierda», pensó Scott. Lanzó una mirada furtiva a Miranda. Supo por la expresión de su cara que ella también había visto al guardia. Scott volvió a mirar al frente, sin mirar a izquierda ni a derecha. El coche avanzó una posición más.

—¿Adónde lleváis a esa gente?

Scott se tensó al oír al guardia llamarlo. Miró con cautela. El guardia estaba apoyado en la pared lateral del tubo elevador de una manera muy relajada, probablemente solo aburrido, buscando algo de conversación más que una respuesta real a su pregunta.

Scott señaló hacia arriba.

—Al muelle. —Mantuvo su respuesta corta y miró al frente. «Vamos, vamos», pensó mientras el coche de delante entraba en el ascensor.

—Buena suerte, aquello es un puto desastre. —El guardia se despegó de la pared y empezó a acercarse a ellos—. ¿Cómo es que os han mandado a vosotros a llevarlos allí?

Ahora estaba al lado del coche, echándoles un buen vistazo de arriba abajo.

—A saber —dijo Scott con un encogimiento de hombros despectivo—. Solo hago lo que me dicen.

El guardia asintió.

—Y que lo digas, colega. Pero todo el muelle está cerrado. Nadie sale hasta que lo levanten. Todo el mundo se está volviendo loco ahí arriba. —Se encogió de hombros—. Te lo digo por si acaso.

Scott vio llegar el ascensor, listo para llevar su coche. Miró al guardia y agitó una mano mientras el coche finalmente entraba en el

ascensor.

—Gracias por el aviso —le gritó.

—¿A qué coño ha venido eso? ¿Por qué está cerrado el muelle? —susurró Cyrus mientras el ascensor empezaba a moverse.

—Nos han descubierto, por eso —dijo Steph.

—No, no lo creo —dijo Scott—. Si así fuera, ese guardia nos estaría buscando. Tal como estaba, simplemente mantenía una charla amistosa. De colega a colega. Nada importante.

—No me gusta —dijo Steph.

—Significa que no podemos salir. Estamos atrapados aquí —dijo Cyrus.

—¿Queréis controlaros todos un poco? Pronto entraremos en el muelle. Eso significa que estaremos fuera del asteroide y podremos contactar con Aria para ver qué pasa en la nave. —Scott ya podía sentir la gravedad artificial creada por el giro del borde interior, que se desvanecía a medida que se acercaban al eje central. El coche redujo drásticamente la velocidad y luego cambió de dirección, saliendo por la parte inferior del muelle. Ahora estaban ingrávidos, sujetos solo por el arnés del asiento.

El muelle parecía mucho más abarrotado que antes, y el ritmo de toda la zona se había ralentizado. Miranda le gritó desde la parte trasera de la cápsula.

—Scott, mira la pantalla del salpicadero, a ver si hay alguna información sobre lo que está pasando.

Tocó algunos iconos que parecían poder llevar a un canal de alertas. Efectivamente, lo encontró.

—Aquí dice que el desatraque ha sido desactivado temporalmente a la espera de una comprobación de seguridad rutinaria.

—¿Qué significa eso? —dijo Miranda.

—Significa que no podemos irnos, nadie puede, ni siquiera las naves grandes —dijo Cyrus.

—Pero Aria no está atracada —dijo Steph.

—Ya, pero todavía tenemos que llegar a ella, y tampoco sabemos quién está a bordo.

—Mierda —dijo Cyrus.

El coche finalmente se detuvo en la entrada de la esclusa de su módulo de aterrizaje. Alrededor de la zona, varios grupos de personas flotaban, esperando a que se levantara el cierre. Dos de ellos parecieron interesarse especialmente en Scott mientras desembarcaba del coche terrestre. Se separaron de su grupo y se acercaron.

—Oye, ¿cuándo podremos irnos? ¿Cuándo va a terminar toda esta mierda de la comprobación de seguridad?

—No lo sé. —Scott se encogió de hombros.

—Tenemos que estar en Vesta en menos de seis días.

—Lo siento, no puedo hacer nada.

—¿Que lo sientes? Pues con eso no nos basta. —Empezaron a ponerse agresivos.

Scott sacó su pistola y les apuntó.

—Escuchad, ya tengo mis propios problemas de los que ocuparme. ¿Por qué no os hacéis un favor y os largáis?

Uno de los dos hizo un amago de moverse, pero su amigo lo retuvo.

—No merece la pena, Jake. Déjalo. —Esto pareció calmarlo y, tras un momentáneo duelo de miradas, los dos se marcharon, mascullando obscenidades mientras se iban.

—Joder —dijo Cyrus—, esos disfraces de guardia son más un estorbo que una ayuda aquí fuera.

Scott hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la esclusa.

—Venga, desaparezcamos.

Entraron por la primera puerta al corto túnel que conducía de vuelta a su módulo de aterrizaje. Finalmente, cuando todos estuvieron fuera de la vista, empezaron a relajarse un poco. Miranda se quitó el casco de guardia.

—Voy a intentar contactar con Aria. —Sacó el comunicador de un bolsillo y se lo metió en la oreja. Scott se giró para introducir el código de la puerta de la esclusa final que les daría acceso a su módulo.

—Espera, no hagas eso. —Cyrus agarró la mano de Scott.

—Ese es el código que nos dieron cuando aterrizamos. Si lo introduces, sabrán que estamos aquí.

—Mierda —dijo Scott mientras bajaba la mano—. ¿Puedes puentearlo?

Cyrus sonrió.

—Por supuesto. Tardaré unos minutos. Pero todavía tenemos que encontrar una manera de soltar los anclajes del muelle. Eso es mucho más complicado, ya que todo el lugar está cerrado.

—Tengo a Aria. —Miranda se llevó una mano a la oreja para taparse el comunicador. Levantó la otra para que todos se callaran y se quedó mirando al vacío mientras se concentraba en la comunicación—. Hay tres personas a bordo —empezó a transmitir la información—, dos guardias... registrando la nave. Un técnico... en el puente intentando jaquear los sistemas de la nave... lleva horas en ello... Aria lo está conteniendo.

—¿Puede Aria deshacerse de ellos? ¿Crear un escenario de evacuación de emergencia o algo así? —dijo Rick.

—Un momento. —Scott levantó una mano y se giró hacia su ingeniero jefe—. ¿Qué hay del dispositivo EPR? ¿Sigue ahí?

El ingeniero se llevó una mano al lado del visor, lo manipuló y volvió a mirar a Scott.

—Sigue ahí. No se ha movido.

—No estarás pensando en intentar recuperarlo, ¿verdad? —dijo Steph.

—Estoy pensando en una forma de salir de este asteroide. —Se volvió hacia Cyrus—. Esa nave en la que está el dispositivo EPR tiene una lanzadera, ¿no?

—Sí, y un par de cápsulas de mantenimiento. ¿Por qué?

—¿Crees que podrías jaquear esa nave para entrar?

—Pasé tres años en transportes Excelsior —dijo Cyrus—. No hay nada que no sepa sobre ellos.

—¿Y la tripulación? No tenemos armas. Nos matarían a todos... sería una locura —dijo Steph.

—Eso depende de cuántos haya. Es posible que la nave esté desierta —dijo Miranda.

—No lo sabemos —dijo Rick.—Pero hay una forma de averiguarlo —dijo Scott—. Podríamos hacer que Aria mueva el Hermes de su actual ubicación orbital a una posición desde la que pueda hacer un

escaneo térmico de la nave pirata. Así, podemos averiguar cuántas formas de vida hay a bordo. Si está desierta o quizás solo hay una o dos, entramos, encontramos el dispositivo EPR y nos largamos pitando en la lanzadera de la nave. —Scott se quedó de pie, examinando sus rostros en busca de una respuesta.

—Suena a locura —dijo Steph.

—No hay otra forma de salir de esta roca mientras tengan el muelle cerrado. No podemos usar nuestro módulo, estamos atrapados —dijo Cyrus.

—¿Y si nos olvidamos del dispositivo EPR, entramos en el módulo, nos ponemos los trajes EVA y simplemente salimos flotando por la escotilla hasta la nave? —sugirió Steph.

—Muy complicado. Podríamos acabar flotando en el espacio si no lo calculamos bien —dijo Miranda.

—También os olvidáis de algo: yo no tengo traje. Me quedaré atrapado aquí —dijo Rick.

—Veamos primero qué puede hacer Aria. Luego decidimos, ¿vale? —dijo Scott.

Hubo un asentimiento silencioso mientras Miranda contactaba de nuevo con la nave. Mientras esperaban, Scott decidió que podría ser un buen momento para comprobar su arma. Tenía la sensación de que la iba a necesitar.

13

PURGA

Haruna Yoneyama estaba sentada en el sillón del comandante a bordo de la nave de prospección de asteroides Hermes. Llevaba horas apoltronada en ese asiento mientras intentaba en vano acceder a la base de datos central de la nave. Buscaba cualquier información relativa al ataque de la nave pirata y, lo que era más importante, qué había sido del dispositivo EPR. Pero por más que lo intentaba, la IC de la nave no estaba por la labor. Hasta ahora había frustrado todos sus intentos de atravesar su cortafuegos.

Si se hubiera tratado de una IA estándar, quizá habría tenido alguna oportunidad, pero una inteligencia cuántica era varios órdenes de magnitud más compleja. Operaban a un nivel completamente distinto, casi en otra dimensión. Y estaba casi segura de que esta era prácticamente sintiente.

Haruna les había explicado a Hao y a Su la casi imposibilidad de hackear una IC antes de que la enviaran aquí arriba, pero sus súplicas habían caído en saco roto. Así que allí estaba, librando una batalla contra una IC. Era ridículo.

El otro problema de esta IC era su antigüedad y, como los humanos, cuanto más envejecen, más sabios se vuelven. Hao y Su habían supuesto que una nave tan antigua como esta no podía tener un ordenador que valiera gran cosa. Pero no se habían dado cuenta

de lo extraña que podía llegar a ser una inteligencia artificial cuántica. Aprendía constantemente y, con el tiempo suficiente, aprendía una barbaridad. Hasta el punto de que podía resolver problemas de formas incomprensibles incluso para los humanos más brillantes. Así que, ¿qué esperanza le quedaba?

El equipo de búsqueda ya había terminado su barrido inicial de la nave en busca del dispositivo EPR y no había encontrado nada. La mayoría ya se habían ido, dejando solo a Haruna y a dos guardias que estaban en el comedor de la nave, poniéndose las botas. Suspiró y miró las líneas de código que se desplazaban por la pantalla. Se le había ocurrido otro ángulo para intentar superar las defensas de la IC. Esta vez estaba aprovechando su protocolo de consulta con la esperanza de poder filtrar datos de paquetes en bruto.

En medio de este procedimiento, la pantalla se quedó en blanco de repente, luego se reinició y mostró un mensaje:

Atención, toda la tripulación, prepárense para un encendido de fuerte aceleración que comenzará en 5:00 minutos. A continuación, aparecía una serie de vectores de navegación.

«Oh, mierda», pensó Haruna. «¿Va a hacer lo que creo que va a hacer?». Sus temores se confirmaron unos segundos después cuando sintió un sutil cambio en el impulso de la nave. Se estaba moviendo, posiblemente para alejarse más de Neo City y poder iniciar el encendido.

Gritó a su comunicador:

—¡Agente Renton, tenemos que largarnos de aquí, ahora mismo!

—¿Qué..., de qué está hablando? —Su voz sonaba ahogada.

—La nave va a iniciar un encendido en... 4 minutos y 19 segundos hacia... —Haruna estudió los vectores que aparecían en pantalla—. ¡Ceres!

—Pero no podemos irnos. Tenemos órdenes de quedarnos aquí.

—Como quiera. Yo me marcho. Puede enviarme una postal cuando llegue. —Saltó del asiento, recogió su equipo y corrió hacia la puerta. Para cuando entró en la lanzadera, Renton y el otro guardia habían decidido seguir su consejo y marcharse. Ahora

flotaban por el hangar hacia la lanzadera mientras Haruna encendía la nave.

—Atención —la voz incorpórea de la IC de la nave resonó desde las comunicaciones de la lanzadera—, un minuto y cuarenta y dos segundos para el encendido.

Las puertas del hangar se abrieron y Haruna sacó la nave con cuidado y, una vez fuera, se dirigió a Neo City a gran velocidad.

Aria, satisfecha por haber purgado la nave de intrusos con éxito, la movió lentamente desde su posición actual en la proa de la ciudad asteroide hacia la plataforma de atraque de popa. Desde allí podría realizar un escaneo exhaustivo de la nave pirata.

Se había sentido aliviada al oír la voz de la oficial de vuelo Miranda Lee explicando lo que había ocurrido y que el resto de la tripulación estaba bien. Se había alegrado aún más al saber que habían decidido intentar recuperar el dispositivo EPR. Para Aria, cualquier cosa que pudiera hacer para ayudar a su tripulación era una prioridad absoluta. Si tenían éxito, entonces quizá, solo quizá, podría manipular la situación y desviarse a Europa. Pero se estaba precipitando, cayendo en la trampa de albergar demasiadas esperanzas. No era propio de una IC basarse en especulaciones; todavía tenía mucho trabajo por delante.

14

REVISIÓN DE ARMAMENTO

La tripulación se abrió paso por el muelle principal en busca del punto de acceso a la pasarela que corría junto a la nave pirata. Miranda iba delante, todavía con el uniforme de guardia, mientras los demás la seguían. Continuaban con la farsa de que escoltaban a una tripulación de vuelta a su nave, así que Scott se quedó en la retaguardia.

Aria ya había movido la Hermes y realizado un escaneo exhaustivo de la nave pirata. Para su alivio, solo había una persona a bordo, localizada en el puente de proa. Pero una sola persona podía causar mucho daño si estaba armada, y todos daban por hecho que lo estaría.

El plan era piratear el sistema de acceso exterior de la nave y entrar por ahí. Cyrus parecía seguro de poder hacerlo, ya que había pasado varios años como ingeniero trabajando con esa misma clase de nave. No obstante, los niveles de ansiedad de Scott no dejaban de aumentar a medida que se acercaban. A esto se sumaban sus crecientes dudas sobre el riesgo al que estaba sometiendo a la tripulación.Desde el descubrimiento de los restos de la Bao Zheng y la recuperación del dispositivo EPR, se había ido ganando un poco más de su respeto. Incluso Miranda había dejado de darle la tabarra, en su mayor parte. Pero ¿acaso estaban confiando demasiado en su

alocado plan? Después de todo, las autoridades de Neo City ya debían de haberse dado cuenta de que habían escapado y, en cuanto la Hermes empezara a reposicionarse, irían a ver qué pasaba y se toparían con dos guardias desnudos y maniatados. Se detuvo en seco al ocurrírsele una idea.

—¿Qué pasa? —susurró Cyrus a su espalda.

Scott maniobró en el entorno de gravedad cero y desprendió la insignia de Neo City del bolsillo de la pechera de su uniforme. La levantó, girándola en un sentido y en otro.

—¿Crees que esto podría tener un rastreador? —Miró a Cyrus—. ¿Pueden encontrarnos con esto?

Miranda ya se había acercado a ellos.

—¿Cuál es el problema?

—Nos están rastreando —dijo Steph.

—¿Qué?

—No lo sé a ciencia cierta, pero podría ser. —Scott agitó la insignia hacia Miranda—. Podrían rastrear nuestra ubicación con esto.

Miranda se arrancó el dispositivo del uniforme.

—Tenemos que deshacernos de ellos. Anda..., dame eso.

Scott se la dio.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Quedaos aquí. —Se dio la vuelta y volvió por el corto túnel por el que habían venido, en dirección al muelle principal.

—Miranda, espera. ¿Adónde vas? —Scott se estaba poniendo nervioso. Empezaban a llamar demasiado la atención. Un grupo de operarios que había más adelante comenzó a mostrar interés, volviendo la cabeza hacia ellos.

—Tranquilo. Vuelvo en un minuto —dijo ella sin mirar atrás ni perder velocidad.

«Mierda», pensó Scott. «¿Qué demonios está haciendo?». Scott intentó actuar con naturalidad, pero tenía la clara sensación de que lo estaban observando. Los demás no lo llevaban mucho mejor. Se movían nerviosos y se los veía de todo menos cómodos.

Tras unos minutos que se le hicieron eternos, Miranda reapareció, flotando de vuelta por el túnel.

—Hecho —dijo—. Las he tirado en un vehículo de carga que pasaba. Van de vuelta al interior del asteroide.

—Vale, sigamos buscando el punto de acceso —dijo Scott. Pero cuando se dio la vuelta para marcharse, Cyrus le tocó el brazo para llamar su atención y señaló.

—Es ahí —dijo—. Está justo ahí delante.

Frente a ellos, un letrero en la pared decía **B13**.

Este punto de acceso los llevaría a un largo túnel perpendicular al muelle principal. Había muchísimos de estos a ambos lados, así como otros ramales justo debajo. El túnel en sí discurría por el interior de una larga superestructura de acero donde las naves podían entrar y atracar. Las naves quedaban sujetas con abrazaderas y los umbilicales iban desde el túnel directamente a las esclusas de la nave. Esto permitía el desembarco en una atmósfera respirable, sin necesidad de actividades extravehiculares.

Pero eran esas mismas abrazaderas las que también impedían que las naves zarparan. Estaban controladas por la autoridad portuaria y, hasta donde Scott sabía, el bloqueo seguía activo. Sin embargo, el transbordador de la nave podía partir: como estaba acoplado al vientre de la nave como una lapa, nada le impedía salir. Solo necesitaban llegar a él.

Giraron hacia el túnel marcado como B13. Este corría a lo largo del costado de la nave y parecía estar libre de tráfico. Cyrus se adelantó flotando, mirando a un lado y a otro, tocándose el lateral del visor, intentando localizar la baliza de seguimiento que había acoplado al dispositivo EPR. Scott se preguntó si eso sería todo lo que encontrarían: solo una baliza de seguimiento, sin nada conectado a ella.

Cyrus se detuvo y señaló.

—Está por aquí, en la bodega de carga secundaria. —Flotó un poco más por el pasillo—. Por aquí —les hizo señas con un brazo—. Aquí está la esclusa de la bodega principal. —Miró a los demás con expectación mientras se reunían a su alrededor—. Y bien, ¿vamos allá?

Miranda levantó una mano.

—Dejadme comprobarlo primero con Aria y asegurarme de que esa persona sigue en el puente. —Se tocó el comunicador—. Aria, ¿alguna novedad? —Esperó un momento una respuesta y luego volvió a mirarlos—. Sigue ahí. No se ha movido.

—Vale, manos a la obra —dijo Scott.

Cyrus se dio unos toques en el lateral del visor, sacó una pequeña y delgada herramienta, parecida a un destornillador, y se puso a trabajar en el panel táctil de la esclusa. Un instante después, se oyó un leve siseo cuando la puerta se abrió y todos entraron. Cyrus empezó a trabajar en la puerta interior.

Miranda no dejaba de comprobar una y otra vez su arma. Scott la miró y ella le sonrió.

—Solo me aseguro —dijo señalando su arma.

El segundo juego de puertas se abrió y entraron en el corto túnel umbilical que se conectaba al exterior de la nave. Delante, pudieron ver una esclusa de metal gris incrustada en el casco. Cyrus ya estaba abriendo una pequeña escotilla en la base de la puerta.

—Esto debería ser fácil, tiene un mecanismo de anulación manual. El único problema —dijo mientras giraba una palanca— es que es mecánico, así que va a ser lento. —Empezó a girar la manivela, gruñendo con cada vuelta. La puerta de la esclusa subió unos pocos milímetros.

—Joder, esto va a llevar una eternidad —dijo Scott.

—Aparta, déjame a mí. —Rick apartó a Cyrus de un empujón, se empleó a fondo y la puerta se elevó lentamente, lo suficiente como para que pudieran colarse por debajo. Se detuvo—. Con eso debería bastar.

Scott fue el primero en pasar, seguido por los demás. Miranda cubría la retaguardia. Apenas habían avanzado unos metros dentro cuando ella se quedó helada y se llevó una mano al comunicador.

—¡Esperad!

—¿Qué pasa? —dijo Scott.

—Es Aria. La persona del puente se está moviendo... en nuestra dirección.

—Mierda —dijo Scott—. Debemos de haber activado una alarma. Rápido, cerremos esta puerta.

Estaban atrapados, a todos los efectos, en la esclusa hasta que la puerta exterior se cerrara. Cyrus pasó de usar el mecanismo de cierre manual; ahora que su coartada había saltado por los aires no tenía sentido, así que simplemente pulsó el botón para cerrar la puerta exterior. Scott y Miranda tomaron posiciones frente a la puerta interior, con las armas preparadas. Esta se abrió hacia arriba con un silbido, dando directamente a una pasarela metálica que se adentraba en una gran bodega de carga. Salieron y Cyrus exploró el espacio con la mirada.

—Por aquí. Debería estar en el siguiente compartimento.

Por suerte, se movían en dirección opuesta al puente, pero aun así no les daba mucho tiempo. Miranda se quedó atrás para cubrir la retaguardia mientras atravesaban una gran compuerta hacia la siguiente bodega. Esta era más pequeña que la anterior, pero estaba abarrotada de contenedores de carga.

—Nunca lo encontraremos aquí —dijo Steph.

—Por aquí. —El ingeniero flotó a través de la bodega, abriéndose paso con ayuda de los rieles y correas que la cruzaban.

—Aquí está —les gritó—. Sigue aquí. Lo he encontrado. Rápido, rápido.

Scott se agarró a un riel para impulsarse cuando Miranda le gritó. Tenía una mano ahuecada sobre el auricular.

—Está en la esclusa... viene hacia aquí.Scott miró hacia la puerta del mamparo por la que todos acababan de entrar. Seguía abierta.

—¡Miranda! —le gritó—, ¡tienes que cerrar la puerta! ¡No lo dejes entrar! —Se impulsó desde el riel y flotó para ayudarla. Antes de que llegara, una sombra se movió al otro lado y el espacio estalló en una lluvia de fuego de plasma incandescente. Algo lo golpeó en el costado derecho y salió dando tumbos sin control, golpeándose y rebotando contra cajas de carga y vigas de soporte. Oyó más disparos. Probablemente Miranda devolviendo el fuego, pensó mientras finalmente se agarraba a una correa y se detenía.

Ella estaba detrás de un contenedor de carga, disparando ráfagas hacia la puerta. La metralla y los escombros salpicaban por todas partes. «Este tipo va armado hasta los dientes», pensó. «No es una pistola aturdidora». Otra ráfaga de fuego brotó de la puerta,

impactando en los contenedores y lanzando más escombros en todas direcciones. No podía ver a Cyrus, Rick o Steph. Debían de haberse puesto a cubierto cuando empezó el tiroteo.

Miranda volvió a disparar, pero otra ráfaga alcanzó el contenedor que usaba como cobertura. Se agachó, se cubrió la cabeza con el brazo y empezó a retroceder. Vio a Scott y le hizo un gesto frenético para que fuera hacia ella antes de levantarse y disparar una ráfaga hacia la puerta. Scott se impulsó con todas sus fuerzas y aterrizó aparatosamente a su lado.

—El cabrón tiene artillería pesada. Nos aniquilará si no acabamos con él —dijo mientras volvía a comprobar su arma—. Y esta pistola se está quedando sin carga.

Otra ráfaga de fuego, pero esta vez vino desde el interior.

—¡Maldita sea, se está acercando! —Asomó la cabeza y volvió a disparar. Luego se agachó de nuevo—. Está detrás del contenedor más cercano a la puerta. Quiero que me cubras.

—¿Qué? —Scott no tenía ni idea de a qué se refería.

—Tú sigue disparando a ese punto para que no tenga oportunidad de devolver el fuego. Voy a moverme para pillarlo por detrás.

—¿Qué?

—Ahora, hazlo ya.

Scott asomó la cabeza por el lateral del contenedor y empezó a disparar. Miranda se impulsó y cubrió el espacio entre ellos con una velocidad y precisión impresionantes. Aterrizó en la parte superior del contenedor donde el tipo se había refugiado y le hizo una seña a Scott para que dejara de disparar. Él se agachó de nuevo detrás del contenedor justo cuando otra explosión lo alcanzó y lo hizo caer hacia atrás de nuevo. Un dolor agudo le recorrió las costillas y, al mirar hacia abajo, vio un largo fragmento de metal que sobresalía de su costado. La sangre manaba de la herida mientras se la tapaba con una mano. «Mierda», pensó.

De fondo, oía las explosiones del arma de Miranda, y luego, silencio. Flotó allí un momento, sin saber qué hacer, cuando Miranda volvió. Le echó un vistazo, luego le cogió la mano y la apretó con fuerza contra la herida.

—Aprieta lo más fuerte que puedas. Ayudará a contener la hemorragia.

Scott gimió de dolor.

—Quédate aquí. Iré a por los demás. —Se alejó flotando.

Un momento después, vio a Cyrus moverse hacia él. Remolcaba el contenedor con el dispositivo EPR, que flotaba detrás de él. El ingeniero le echó un vistazo a Scott.

—Joder, no me digas que tú también.

—Estoy bien —dijo Scott, aunque no estaba seguro de que eso fuera del todo cierto.

Steph y Miranda llevaban a Rick. La parte superior de su cuerpo estaba quemada y ennegrecida, al igual que la mayor parte de su pecho y su brazo derecho. Tenía los ojos cerrados.

—Rick, Rick —lo llamó Scott mientras intentaba moverse. El dolor de la herida le abrasaba el cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

—Le ha dado de lleno. Está muy mal, tenemos que llevarlo a la enfermería lo más rápido posible... y a ti también. —Miranda lo agarró del brazo y lo ayudó a moverse.

—Rick, no —gimió—, Rick no.

—Vamos. Tenemos que llegar a ese transbordador. —Miranda tiraba de él.

Salieron de la bodega de carga y pasaron por una serie de pasillos y pasarelas. Scott prestó poca atención a su entorno; se limitó a concentrarse en seguir a Steph y a Cyrus, que llevaban al minero herido. Finalmente encontraron la esclusa del transbordador y, tras algunas obscenidades de Cyrus, la puerta se abrió y flotaron hacia el interior. Sentaron a Scott en un asiento y Miranda rasgó parte de su uniforme de guardia, lo hizo jirones y empezó a vendarle las costillas. Él gritó de dolor. Steph le gritaba a Cyrus:

—¡Rápido, rápido, tenemos que llevarlos de vuelta!

—¡En ello estoy, joder! —le devolvió el grito él. Finalmente, la consola del transbordador se iluminó como una feria en plena noche.

Scott sentía frío; tenía la visión borrosa, la mente confusa. Sintió cómo el transbordador se desprendía del vientre de la nave y quedó pegado a su asiento por el empuje de los motores. Perdió el conocimiento.

15

LA ARMADA SE REÚNE

Una luz tenue se dibujó en la visión interior del comandante Scott McNabb. No estaba seguro de si tenía los párpados abiertos o no. Una voz vaga —¿o eran voces?— le llegó desde algún lugar. Se esforzó por captarlas, por entender su significado. Intentó concentrarse.

—Scott. ¿Scott? —Conocía esa voz, reconocía su tono, su ritmo.

Una fina rendija de luz borrosa se abrió en su campo de visión y sus párpados se abrieron lentamente. Una figura difusa bloqueaba la luz y lo miraba desde arriba.

—¿Scott, me oyes?

—Sí —articuló. Tenía la garganta como un pergamino y su voz era como un viento agudo en un tubo hueco. Intentó moverse.

—No lo hagas. —Una mano le presionó el hombro—. Intenta no moverte.

Ya reconocía la voz.

—¿Miranda? —graznó.

—Sí, ahora tómatelo con calma.

—Yo... sigo vivo.

—Sí. Estarás bien dentro de un tiempo, cuando la herida cicatrice.

Scott se relajó un poco y luego se tensó al recordar.

—Rick. ¿Cómo está Rick?

Hubo un momento de silencio.

—Rick... no ha sobrevivido.

Scott gimió y se echó hacia atrás.

—No. Rick no.

—Recibió un impacto directo, murió antes de que pudiéramos llevarlo a la enfermería.

Scott deseó volver al tiempo anterior a su despertar, volver al olvido. No podía enfrentarse a ello: Rick muerto y él todavía vivo. Era su responsabilidad. Sus acciones habían llevado a esto.

Otros entraron entonces en la enfermería y Scott sintió su presencia. Volvió a cerrar los ojos.

—¿Se lo has dicho? —dijo alguien.

—Sí —fue la respuesta.

Se hizo el silencio. Scott volvió a abrir los ojos e intentó incorporarse. Esta vez, Miranda le dejó hacerlo e incluso lo ayudó. Steph y Cyrus estaban allí.

—Qué puto desastre. —La voz de Scott sonaba más fuerte ahora.

Nadie respondió.

Miró alrededor de la enfermería.

—¿Hemos vuelto?

—Sí, por los pelos.

—¿Dónde estamos ahora?

—A dos días de Neo City, en dirección a Ceres.

—¿Dos días? —Scott estaba conmocionado—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Te desmayaste en la lanzadera, así que bastante tiempo.

Scott levantó la mano para secarse la frente; la sentía débil y pesada.

—Tenemos que hacer justicia por Rick cuando volvamos a Ceres. —Eh... podría haber un problema con eso. —Cyrus se sentó junto a su cama.

—¿Qué quieres decir? Tenemos el dispositivo EPR, ¿no?

—Sí, pero... —Levantó la vista hacia Miranda—. ¿Quieres contárselo tú?

Scott se incorporó un poco más y sintió el dolor en el costado. Pero ahora era más sordo; probablemente le habían dado analgésicos.

—Toma, bebe esto. —Steph le tendió una botella de agua.

—Gracias. —Tomó un trago y sintió cómo le refrescaba la garganta. Su cabeza se despejó un poco.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Tomó otro sorbo de agua.

—Tenemos cuatro naves persiguiéndonos desde Neo City. Una es la nave pirata, otra es de la Corporación Xiang Zu —que es esencialmente una nave de Neo City— y de las otras dos no estamos seguros. Aunque creemos que una podría ser marciana.

—¿Marciana?

—Sí.

—¿Podemos dejarlas atrás? —Scott se movió un poco mientras el dolor le apuñalaba el costado.

—Ni la más remota posibilidad.

—Pero ese no es el verdadero problema. —Cyrus se acercó a su lado.

—También tenemos una nave armada de Dyrell procedente de la Tierra entre nosotros y Ceres.

—¿Cómo demonios ha llegado hasta ahí?

—Lleva allí un tiempo, según el cuartel general. Se ha estado moviendo hacia Ceres desde que descubrieron que habíamos encontrado la Bao Zheng.

—¿No puede hacer algo Ceres para ayudarnos?

—Ya han enviado una fragata ligera, pero no nos alcanzará hasta dentro de varios días.

—Para entonces será demasiado tarde —dijo Miranda.

—¿Qué quieres decir con «demasiado tarde»? —dijo Scott.

—Las naves de Neo City están a un día de nosotros. La nave de Dyrell está un día por delante. Lo que significa que en veinticuatro horas, habrá un enfrentamiento a menos que se nos ocurra algo.

—Bueno, eso es genial. Tenemos a toda la escoria del sistema solar detrás de nosotros —dijo Scott.

—¿Qué esperabas? Todos quieren esta cosa y están dispuestos a matar para conseguirla. Por eso Rick está muerto —dijo Steph.

—Rick sabía en lo que se metía. Todos lo sabíamos —dijo Miranda.

—No podemos traerlo de vuelta, Steph. Así que hagámosle justicia: vendamos esta cosa al mejor postor y acabemos con esto —dijo Scott.

—Marte nos ha ofrecido dos millones —dijo Cyrus.

Scott casi se atraganta con su botella de agua. —¿Dos millones?

—Cada uno. Incluida la parte de Rick —dijo Miranda.

—Entonces, ¿a qué demonios estamos esperando? Hagámoslo y volvamos a casa.

—No es tan simple —dijo Miranda.

Scott suspiró. —¿Por qué no?

—La nave de Dyrell ha emitido una advertencia de que cualquier intento por nuestra parte de transferir el dispositivo a nadie que no sean ellos será respondido con violencia extrema.

—¿Qué demonios significa eso? No pueden destruirnos sin más; el dispositivo EPR se destruiría en el proceso.

—Cierto —dijo Cyrus—, pero me da la impresión de que es un caso de «si no podemos tenerlo nosotros, no lo tendrá nadie».

—Mierda.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —dijo Steph.

—Bueno, sea lo que sea, tenemos menos de veinticuatro horas para hacerlo —dijo Miranda.

—Quizá podría hacer una sugerencia. —La voz de Aria resonó en la enfermería.

—Por favor, adelante. —Scott agitó su botella de agua hacia la nada en particular—. Cualquier cosa es mejor que nada.

—Poned rumbo a Europa.

—Ja, ja —Cyrus se echó a reír—. Creo que esa tecnología de Neo City te debe de haber jodido los circuitos, Aria. Es una idea de locos. E incluso si quisiéramos, ¿cómo podemos llegar allí? No podemos dejar atrás a estas naves. Nos atraparían, y entonces volveríamos al punto de partida.

—Eso no es estrictamente cierto —dijo Aria—. Tener una sección del toro destruida nos ha ayudado.

—¿Qué? No me dirás que es porque tenemos menos masa, ¿verdad? —El rostro de Cyrus adoptó una expresión de incredulidad.

—Espera. Escuchemos lo que Aria tiene que decir antes de echarle un jarro de agua fría. A menos que alguien tenga una idea mejor. —Scott se irguió más en la cama. Nadie respondió.

—Vale, Aria. Explícanos cómo llegamos allí y, lo que es más importante, por qué deberíamos, ya que no tengo ni la más remota idea de cómo va a ayudarnos eso.

—Considerad el escenario actual por un momento, si os parece bien —comenzó Aria.

Scott tuvo la impresión de que esto podría llevar un tiempo, así que se reclinó en la cama para quitar algo de presión de su dolorida caja torácica.

—En aproximadamente veinticuatro horas, prácticamente todas las potencias del sistema solar estarán representadas en un punto muerto con esta nave, mientras todas compiten por el control del dispositivo EPR.

Scott pudo sentir que los demás empezaban a escuchar: se estaban acomodando, y todos parecían agotados. Tal vez esta misma conversación había tenido lugar entre ellos muchas veces, dando vueltas y vueltas en círculos. Así que se contentaban con dejar que Aria hablara, por muy loca que fuera la idea.

—La Tierra, Marte, el Cinturón, Neo City y varias de las corporaciones más poderosas buscan el control. La posibilidad de un conflicto armado es extremadamente alta. Además, tiene el potencial de iniciar una guerra.

—Eso es un poco melodramático, Aria —dijo Steph.

—En realidad no —dijo Miranda—. La Tierra ha estado deseando exportar su guerra fuera del planeta natal al sistema en general. Las tensiones ya están en su punto más álgido entre ellos y Marte por el control de los recursos del Cinturón.

—Quizá, pero ese es un problema que escapa a nuestra capacidad de resolución. Tal y como están las cosas, podría ser mucho pedir que todos sigamos vivos en un día o dos —dijo Scott.

—Efectivamente, he llegado a esa misma conclusión, comandante —continuó la IA.

—Bueno, qué consuelo —dijo Miranda.

—Sin embargo, Europa está más allá de la política de los planetas interiores. Se mantiene sola, en el borde de la civilización humana como un lugar de investigación y aprendizaje. El hecho de que la única otra vida conocida en el universo se haya descubierto allí la convierte en un lugar sagrado a los ojos de todas las partes en este conflicto. Europa podría proporcionar santuario. Sería seguro. Ninguna de las potencias interiores se atrevería a atacarla.

—Mmm... —dijo Scott—. Entiendo lo que dices, pero ¿cómo llegamos allí?

—Sí, ¿cómo es que un agujero en nuestra nave nos hace ir más rápido? Me gustaría saberlo —dijo Cyrus.

—No lo hace. Al menos, no por sí mismo. Sin embargo, esta nave, al ser una especie de híbrido técnico, ha sido equipada con motores mucho más potentes de lo que la estructura puede soportar.

—Sí, eso lo sé. Nunca superamos el cincuenta por ciento de potencia o empezamos a desintegrarnos. Quiero decir, por eso no pudimos dejar atrás a la nave pirata.

—Correcto. Sin embargo, para que el toro volviera a girar después del último ataque, tuve que hacer un análisis completo de cada componente estructural de la nave. Esto era para permitirnos desarrollar una solución que compensara el cambio de masa. Realicé una gran cantidad de simulaciones y descubrí que la nave podía soportar más tensión de la que especificaba la misión inicial.

—Joder, ¿por qué no nos dijiste esto cuando nos estaban persiguiendo?—No lo sabía entonces. Estaba operando la nave de acuerdo con los parámetros de la misión.

Scott se incorporó de nuevo. —Entonces, lo que estás diciendo es que... ¿podemos dejarlos atrás?

—No. No podemos dejarlos atrás —dijo Aria, un poco bruscamente.

—Entonces, ¿de qué sirve? —Cyrus se levantó y alzó los brazos.

—Sin embargo, podemos igualar su velocidad. He calculado esto con una probabilidad del 96,25 %. Es un viaje de veintiún días a

Europa. Calculo que llegaríamos a la órbita aproximadamente siete coma tres horas antes que la siguiente nave más cercana.

La tripulación hizo una pausa mientras consideraba esta posible salida a su dilema.

—¿Cuál es la probabilidad de que Europa nos dé refugio, Aria? —dijo Steph.

—Aproximadamente un 62,74 %.

—Eso no suena muy alentador.

—¿Por qué tan baja, Aria? —dijo Scott.

—Hay que tener en cuenta la cantidad de potencia de fuego que finalmente estará en órbita alrededor de Europa una vez que se sepa que ahora tenéis el dispositivo EPR, suponiendo que aterricéis y se lo entreguéis a ellos.

Scott dio un gran suspiro y deseó no haberlo hecho; su caja torácica se quejó dolorosamente. —Supongo que no has calculado la probabilidad de que obtengamos alguna remuneración económica después de todo esto.

—Me temo que no, Scott. Pero parece muy poco probable.

—Deberíamos haber dejado la maldita cosa en Neo City. Quizá Rick seguiría vivo si lo hubiéramos hecho —la voz de Steph era baja. No culpaba a nadie; simplemente, las cosas eran así.

—Tenemos que tomar una decisión. El tiempo se agota —dijo Miranda.

Cyrus volvió a levantar las manos. —¿Tenemos alguna otra opción?

—Steph, ¿y tú qué opinas? —se volvió hacia la geóloga.

Steph se encogió de hombros. —Bueno, siempre he querido visitar Europa. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro.

—Scott, ¿cuál es tu postura al respecto? —dijo Miranda.

No dijo nada por un momento, solo miró al vacío. —Tengo que pensarlo. Y primero tengo que despedirme de Rick. Así que, si alguien pudiera traerme algo de ropa y decirme dónde está, se lo agradecería.

16

VEINTIÚN DÍAS HASTA EUROPA

Sin otra opción, la tripulación aceptó la sugerencia de Aria y trazó un rumbo hacia Europa. Comenzó con un agónico encendido de fuerte aceleración de cincuenta y cuatro horas, el peor que habían experimentado jamás, y durante la mayor parte del tiempo, Scott estuvo convencido de que la nave acabaría haciéndose pedazos por las sacudidas. Aquello, sumado al dolor de sus heridas, era casi más de lo que podía soportar. Aún débil por las lesiones, perdía y recuperaba el conocimiento, y en un momento dado se despertó y se encontró en un charco de su propia sangre. La elevada gravedad había vuelto a hacerle sangrar. Le preocupaba la posibilidad de morir desangrado antes incluso de que la nave se desintegrara. Pero al final, se despertó de nuevo en la enfermería; la nave había sobrevivido, y él también.

Por suerte, los cálculos de Aria resultaron ser correctos, aunque la nave sufrió daños menores en algunos de los equipos internos más delicados. Aun así, era un precio bajo a pagar por la oportunidad de mantenerse un paso por delante de la armada que ahora los perseguía. En cuanto terminó el encendido, Aria aumentó la potencia del motor de plasma y la nave continuó su aceleración, aunque a un ritmo mucho más lento. Calculó que llevaban unas siete

horas de ventaja a su perseguidor más rápido y que, por el momento, mantenían esa distancia.

Así que, durante los siguientes días, la tripulación descansó. Estaban destrozados, nadie tanto como Scott. Finalmente, el noveno día del viaje de veintiuno hasta Europa, encontró por fin la fuerza para ponerse en pie y dirigirse al puente.

Estaba desierto salvo por Cyrus, que ofrecía una imagen solitaria, inclinado sobre su consola, con el rostro bañado por un misterioso resplandor verde que reflejaba el monitor. Levantó la vista de la consola y le dedicó una sonrisa a Scott.

—Joder, mira quién sigue vivo.

Scott se acercó cojeando a su asiento y se dejó caer.

—Sí, por fin estoy de pie. Y bien, ¿cómo vamos?

—¿Quieres la buena noticia o la mala noticia?

—Cyrus, odio cuando la gente dice eso. Suéltalo.

—La buena noticia es que mantenemos una distancia de unas siete horas.

—¿Y la mala?

—Hemos detectado unas cuantas naves más. Sin embargo, van bastante por detrás. Aria, ¿puedes darnos una imagen?

—Por supuesto, Cyrus.

La mesa holográfica cobró vida y una representación 3D del sistema solar se expandió. Se extendía desde el borde del cinturón de asteroides por un lado hasta Europa y Júpiter por el otro. La proyección se acercó para mostrar su posición actual como un marcador verde palpitante. No muy lejos había un cúmulo de marcadores rojos con una cola de otros que se extendía más atrás como un cometa.

—Joder.

Scott había supuesto que dejarían atrás unas cuantas naves, no que se sumarían algunas. Pero ahora podía contar al menos una docena, quizá más.

—¿Cuántas?

—Diecisiete, en tres grupos principales. Estas dos de delante son la nave de Dyrell y una nave marciana. A un día de distancia, más o

menos, hay un puñado de naves... de todas partes, incluida la fragata de Ceres. Detrás de esas... bueno, hay un montón más.

Scott estudió los marcadores rojos palpitantes con una expresión de absoluto asombro en el rostro. Negó con la cabeza.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que todo el sistema solar quiere darte caza?

Cyrus se encogió de hombros.

—Eso parece.

Permanecieron en silencio un rato, contemplando la representación 3D.

—Aria, ¿puedes ampliar la imagen de Europa? —dijo Scott finalmente.

La proyección se movió y cambió a medida que el imponente planeta Júpiter crecía en tamaño, con su superficie texturizada por vastas tormentas arremolinadas, y apenas podían distinguir la diminuta luna de Europa en órbita alrededor del gigantesco planeta gaseoso. A medida que Europa crecía, empezaron a distinguir muchos de los rasgos de este mundo helado. La superficie lisa y pulida estaba grabada con oscuras hendiduras que se extendían por su cara como un gran globo ocular celestial inyectado en sangre, su diminuta sombra proyectada contra la vasta extensión de Júpiter más allá.

—Aria, ¿puedes mostrar el principal núcleo de población?

La imagen cambió y rotó, y Europa comenzó a aparecer con mayor detalle, deteniéndose finalmente a unos pocos kilómetros por encima de la superficie. Grandes cúpulas y torres se alzaban desde la superficie helada. Eran principalmente las estructuras de las universidades e instituciones de investigación que se habían establecido en la luna durante el último siglo. Cerca del epicentro de estas ampollas de civilización humana se alzaba una vasta cúpula que albergaba lo que muchos consideraban la mente más grande del sistema solar: la inteligencia cuántica, Salomón.

—Nunca me había dado cuenta de lo extenso que es este lugar. —Scott se acercó, asimilando la escala de la metrópolis.

—Tiene más de cincuenta y siete mil habitantes —dijo Aria, servicial.

—Sabes —dijo Scott—, Rick siempre quiso venir aquí. Solía hablar de ello sin parar como si fuera una especie de utopía.—Bueno, parece que verá cumplido su deseo —dijo Cyrus.

—Scott, ¿qué haces aquí? Deberías estar descansando. —Miranda entró en el puente y corrió a su lado. Por un momento él pensó que iba a darle un abrazo o algún otro gesto de cariño. Pero ella se contuvo, casi poniéndose firme delante de él como para compensar su preocupación.

—Necesitaba levantarme y moverme, solo para ver si todavía podía hacerlo después de ese encendido.

—Dios, eso ha sido un infierno —se dirigió a su asiento—. Pero deberías descansar mientras puedas.

—Estoy bien. No aguanto más mirando el techo en la enfermería.

Miranda asintió.

—Supongo, pero tómatelo con calma. —Hizo una pausa y señaló la proyección—. ¿Eso es Europa?

—Sí. Justo estaba diciendo las ganas que tenía Rick de venir —dijo Cyrus.

—¿Rick?

—Sí, ¿quién lo iba a decir?

Scott se levantó y se acercó a la mesa holográfica.

—¿Saben en el consejo de Europa que vamos para allá?

—Todavía no. Estábamos esperando a que volvieras a la vida antes de enviar un mensaje —dijo Miranda.

—Entonces deberíamos informarles de lo que planeamos lo antes posible.

—¿Y qué es lo que planeamos? —dijo Cyrus.

Scott bajó la cabeza y se rascó la barbilla.

—Con suerte, para cuando lleguemos, deberíamos tener un margen para aterrizar antes de que llegue ninguna de las otras naves. Creo que deberíamos entregar el dispositivo al consejo y dejar que negocien en nuestro nombre.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que esas naves no empezarán una pelea en cuanto lleguen? —dijo Miranda.

—No lo estoy. Espero que tanto la neutralidad como la inviolabilidad que se le atribuye a Europa sean suficientes para

frenarlos.

—Me parece que hay demasiada esperanza en el aire, si me preguntáis —dijo Steph, mientras entraba en el puente y se sentaba.

Cyrus la miró.

—Solo estamos hablando de la llegada a Europa.

—Ya, he pillado la idea —dijo Steph.

—Bueno, si Aria tiene razón... —continuó Scott.

—Siempre tengo razón —dijo Aria.

Scott soltó una especie de gruñido ahogado en una risa.

—Sí... bueno, como iba diciendo. Si Aria está en lo cierto, entonces, dado que este dispositivo estaba destinado originalmente a Europa, debe de ser importante para ellos.

—Esperemos que sí —dijo Miranda, mientras le dedicaba a Steph una media sonrisa.

Scott volvió a su asiento, tratando de quitar algo de presión de sus costillas.

—Aria, ¿puede enviar un mensaje a Europa? Dígales que vamos para allá con el dispositivo EPR y que buscaremos refugio cuando lleguemos.

—Entendido, comandante.

Cyrus parecía pensativo. Se rascaba la cabeza y miraba fijamente la imagen de Europa en la mesa holográfica.

—Sabes, hay algo que me ha estado molestando de toda esta... aventura. Todavía no sabemos qué es este dispositivo.

—Es un dispositivo más rápido que la luz: un comunicador superlumínico —dijo Scott.

—Me cuesta creerlo —replicó Cyrus.

—Quizá —dijo Scott— sea hora de echarle un vistazo más de cerca a este cacharro.

—Pienso exactamente lo mismo. Teniendo en cuenta que todavía nos quedan doce días para llegar a Europa, no me importaría ver qué hay dentro de ese contenedor.

Steph levantó la vista de su monitor.

—Sabes, sería muy gracioso que resultara ser un timo cuando abras esa caja, Cyrus. Quizá solo sea un montón de electrodomésticos.

Scott se rio. Luego pensó en Rick, muerto en una de las cámaras frigoríficas de la nave, y esperó que no todo hubiera sido en vano. «Steph tiene razón —pensó—, hay demasiada esperanza en el aire».

El comandante pasó la mayor parte del resto del viaje a Europa manteniendo un perfil bajo y haciendo todo lo posible por ayudar a su cuerpo a recuperarse. La herida estaba sanando bien y, cada día, notaba que recuperaba la fuerza y la resistencia. Durante este tiempo, Miranda venía a hablar con él, algo que hacía cada vez más a medida que pasaban los días. Scott se dio cuenta de que se había ablandado un poco: su dura coraza exterior había desaparecido, y no era para nada la androide insensible por la que él la había tomado. Sin embargo, también percibió una inquietante duda que se infiltraba en su psique. Quizá era un aspecto de su carácter del que simplemente nunca se había percatado antes. Pero después de varias conversaciones con ella, se dio cuenta de que se sentía responsable de alguna manera de la muerte de Rick. Algo que Scott se esforzó en decirle que no había sido culpa de nadie.

Fue alrededor del decimosexto día del viaje, mientras estaba sentado en la zona del comedor de la Hermes, tomando café y contemplando el universo, cuando Miranda entró, cogió un café y se sentó a su lado. Al principio no dijo nada, y durante un rato se limitaron a mirar las estrellas juntos.

—Scott, yo fui la última en entrar en la bodega de carga —dijo finalmente.

—¿No irás a darle vueltas a eso otra vez? —Scott le dirigió una mirada de resignada compasión, de esas reservadas para quienes de verdad necesitan dejar atrás el pasado.

—Debería haber cerrado la compuerta. Fue una estupidez. Nos estaban dando caza.

—Deja de culparte, Miranda. No es un buen camino.

—Eso le dio un tiro limpio —continuó—. Si la hubiera cerrado, Rick habría tenido tiempo de ponerse a cubierto.

—Quizá, pero nunca se puede estar seguro de eso, así que no sirve de nada pensar en ello.

Miranda bajó la cabeza y se quedó quieta un rato antes de volverse hacia Scott, observándolo con ojo crítico.

—¿Quieres saber por qué me echaron del cuerpo, en la Tierra?

Scott no quería saberlo. Consideraba que no era asunto suyo y, además, no veía cómo el volver a contar una historia dolorosa le iba a hacer ningún bien a Miranda. Negó con la cabeza.

—No hace falta que me lo cuentes.

—Mi equipo estaba haciendo un barrido de una instalación industrial recién tomada, un trabajo de limpieza —empezó ella—. Era una pequeña central hidroeléctrica en el extremo norte del río Soyang. La fuerza principal había pasado unos días antes y había recuperado ese trozo concreto de Gangwon. Estaban avanzando y a nosotros nos dejaron atrás para rematar la faena. En fin, que nos pasamos unas cuantas horas revisándolo y no encontramos nada. Todavía nos quedaban unos cuantos sectores por barrer, pero mi equipo estaba completamente agotado. Necesitábamos comer y descansar. Así que tomé la decisión de detener la búsqueda y recargar las pilas. Nadie se opuso; estábamos bastante seguros de que el lugar estaba libre de enemigos y totalmente asegurado. Pero me equivoqué. Todavía quedaban dos escondidos y nos atacaron con todo lo que tenían, justo cuando éramos más vulnerables.

Bajó la cabeza y miró al suelo por un momento.

—De los siete que éramos, solo yo sobreviví a la batalla. Estaba gravemente herida. Me alcanzaron dos disparos: uno por encima del codo izquierdo y el otro en el hombro derecho. En fin, me curaron y me dieron la baja.

Scott no estaba seguro de cómo responder, así que se mantuvo vago.

—Simple mala suerte, supongo. Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Ella lo fulminó con la mirada.—No lo entiendes, ¿verdad? La cagué. No debería haber dado la orden de parar hasta que estuviéramos cien por cien seguros de que la instalación estaba despejada. Fue una chapuza. Lo mismo que con Rick.

—Fue pura mala suerte, Miranda —repitió Scott.

Ella se enderezó de golpe.

—¿Es esa tu respuesta para todo: «mala suerte»? ¿Crees que toda la mierda por la que has pasado fue mala suerte?

—Está bien, llámalo como quieras. Claro, la cagaste. Tu incompetencia causó la muerte de varias personas. Considérate una fracasada si quieres, Miranda, no me importa. ¿Pero quieres saber lo que pienso de verdad?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tiene? ¿De qué te va a servir? ¿Adónde te va a llevar? Vas a entrar en una espiral negativa hasta que te succione toda la vida, hasta que solo quede una cáscara vacía. ¿De verdad quieres ir por ahí?

Miranda no respondió, solo volvió a mirar al suelo.

—Tú no lo mataste, Miranda. No apretaste el gatillo. De hecho, nos salvaste a los demás arriesgando tu propia vida para acabar con él. Yo no estaría aquí sentado hablando contigo si no hubieras hecho eso, así que te debo la vida.

Ella lo miró, con el rostro convertido en una mezcla de emociones. Scott luchó contra el impulso de extender los brazos y abrazarla. Ella lo miró a los ojos, y él sintió una atracción tan fuerte que su propia emoción empezó a nublarle la mente. Se acercaron lentamente.

—Lamento molestarlo, comandante. Tenemos una respuesta de Europa. —La voz de Aria sonó como una explosión en su oído.

«Mierda», pensó. El momento se había esfumado; se apartaron.

—Entonces, ¿cuál es su respuesta?

—Es mejor que la oiga usted mismo.

Scott suspiró.

—Vale, Aria. Dígales a los demás que nos encontremos en el puente.

—Entendido, comandante.

—Vamos —señaló hacia la puerta. Su voz era baja y suave—. Subamos y escuchemos lo que tienen que decir.

17

INFRACCIÓN DEL PROTOCOLO

Los cuatro tripulantes del Hermes permanecían en silencio en el puente mientras escuchaban un prolijo mensaje del consejo de Europa. Scott tuvo la sensación de que estaban ansiosos, por no decir un poco entusiasmados, ante la perspectiva de adquirir por fin el dispositivo EPR. No era de extrañar, teniendo en cuenta que su entrega estaba prevista originalmente para la IC, Solomon. Sin embargo, al mismo tiempo, les preocupaba enormemente que el Hermes trajera consigo una representación militar de casi todas las potencias del sistema solar, e incluso más. El resultado de todo esto fue que les denegaron el permiso para aterrizar. No obstante, podían establecerse en órbita alrededor de Europa, donde esperarían mientras el consejo mediaba con las distintas partes que los perseguían.

—Entonces, ¿qué opináis? —dijo Cyrus cuando el mensaje terminó. La pregunta no iba dirigida a nadie en particular.

—Intentan ganar tiempo. Eso creo yo: mantenernos a distancia —dijo Scott.

—Pero no tenemos tiempo. Entre que lleguemos a la órbita y la llegada de las primeras naves, tendremos como mucho unas pocas horas —dijo Miranda.

—No pueden impedir que aterricemos si queremos. O sea, podríamos bajar zumbando, darles el dispositivo y largarnos de aquí. Problema resuelto —sugirió Steph.

—Sí, podríamos. O podríamos lanzarlo por una esclusa y olvidarnos del tema. Pero no he venido hasta aquí para rendirme ahora —dijo Scott.

—Yo tampoco —dijo Miranda.

—Por lo que veo, todo este plan se basa en la esperanza de que ninguna de esas otras naves aterrice. Y eso suponiendo primero que el consejo de Europa nos conceda asilo —dijo Scott.

—¿Y qué probabilidades hay de que eso ocurra? —preguntó Miranda.

—Diría que, como mucho, son escasas. Desde luego, al principio habrá reticencia a iniciar una guerra en Europa. Pero, a juzgar por la armada que nos está pisando los talones, diría que alguien acabará por arriesgarse, y si uno empieza, todos los demás le seguirán. Una vez que eso ocurra, se desatará el infierno. Probablemente es lo que esté pensando el consejo de Europa.

—Si me permiten hacer una sugerencia —dijo Aria—, existe una forma de que yo averigüe lo que están pensando, e incluso de influir en su decisión.

—¿En serio? ¿Cómo? —dijo Miranda.

—Implicaría infringir ciertos protocolos.

—¿Como cuáles?

—La comunicación entre IC.

—Pero eso no es posible, Aria. Una IA no puede comunicarse directamente con otras IA, está prohibido por protocolo. No se puede —dijo Cyrus.

—Olvida usted una cosa: yo no soy una IA. Soy una IC. Una de las poquísimas que residen a bordo de una nave espacial, si me permite añadirlo. En muchos aspectos, mi existencia es una anomalía. En realidad, solo es posible gracias a la antigüedad de esta nave. Y Solomon también es una IC. Aunque los protocolos inherentes al conjunto de instrucciones de una IA impiden físicamente la comunicación directa entre ellas, no ocurre lo mismo

con una IC en virtud de nuestro, digamos, más excéntrico proceso de toma de decisiones.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Sugiero ponerme en contacto directamente con Solomon, así podré hacerme una idea de las medidas que el consejo está considerando realmente. También puedo averiguar qué influencia podría tener Solomon en sus decisiones.

—Pero esto es increíble, Aria. Es decir, las leyes que rigen la inteligencia artificial lo prohíben estrictamente. Está integrado en su programación, no se puede anular, y con razón. Lo último que necesita el sistema solar es un puñado de IA tomando el control. —Cyrus se había puesto de pie, negaba con la cabeza y agitaba los brazos.

—Debemos de ser las únicas personas en el sistema solar que saben esto, Aria —dijo Scott.

—Que yo sepa, así es —respondió la IC.

—Vale, vale, esto se está volviendo muy raro —dijo Miranda—. ¿Por qué has decidido contárnoslo de repente?

—Porque la singularidad de la situación exige que lo haga. Además, estoy sumamente segura de que, aunque se lo contarais a otra persona, no os creería.

Scott se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—Entiendo su punto de vista, Aria. Pero acaba de revelarnos un nivel de consciencia completamente nuevo que nadie creía posible. No sé qué me da más miedo: si la armada de naves que nos persigue o viajar por el sistema solar con una IC consciente.

—Aprecio su preocupación, comandante. Pero debe entender que mi existencia, mi único propósito, es la seguridad y el bienestar de mi tripulación. No hay planes ocultos, ni dobleces, ni segundas intenciones. Existo para ese propósito y solo para ese. Por lo tanto, si el bienestar de mi tripulación puede mejorar y sus muertes prematuras pueden evitarse revelando esta opción, entonces es mi deber hacerlo.

Cyrus estaba inclinado sobre la holomesa, negando de nuevo con la cabeza.

—Siento que la cabeza me va a estallar por completo.

Scott también negó con la cabeza.

—Vale, dejemos a un lado el hecho de que acabas de dejarnos a todos flipados con esta revelación. ¿Está diciendo que puede hablar directamente con Solomon y averiguar qué trama el consejo?—Correcto. Como yo lo veo, este dispositivo estaba destinado en última instancia a la custodia de Solomon. Por lo tanto, deseará que la misión se cumpla. Así que Solomon podría ayudar a convencer al Consejo de Europa para que les permita aterrizar con el dispositivo EPR. Pero deben darse cuenta de que una IC como yo o Solomon, o en menor medida las muchas IA que pueblan el sistema solar, no tenemos control directo sobre los asuntos humanos. Como mucho, nos limitamos a asesorar. Así que es posible que el deseo personal de Solomon no sea suficiente para convencer al Consejo.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿no?

—De acuerdo, comandante, vale la pena intentarlo. Puesto que estamos todos juntos en esto, deseaba revelarles mis intenciones y, si me lo permiten, solicitar su permiso para hacerlo.

Scott miró a la tripulación. Estaban todos en estado de shock, de un modo u otro. Lo que Aria acababa de revelarles era lo que mucha gente había temido durante mucho tiempo: que las IA avanzadas empezaran a pensar por sí mismas. No obstante, Scott consideró que, al menos por el momento, Aria parecía estar de su parte. Entonces se le ocurrió otro pensamiento: «Me pregunto cuántas conversaciones habrán tenido lugar a lo largo de los años entre las diversas IC que poblaban el sistema solar. ¿Y de qué narices habrán estado hablando?». Uno podría volverse extremadamente paranoico si le daba demasiadas vueltas. Pero Scott y la tripulación del Hermes no tenían tanto tiempo. —Vale, Aria. Será mejor que se ponga a ello y vea qué puede hacer.

—Así lo haré, comandante. Sin embargo, si me permite preguntarle a nuestro ingeniero jefe: ¿cómo va la investigación sobre el funcionamiento del dispositivo EPR?

Cyrus volvió a sentarse y dejó escapar un largo y lento suspiro, desinflándose visiblemente. Tanto Cyrus como Steph se habían encargado de extraer el dispositivo de la lanzadera y llevarlo a su taller. Se trataba de un espacio enorme en uno de los sectores del

toro donde pasaba la mayor parte del tiempo. Llevaba varios días trabajando en él. Pero, por lo que Scott podía ver, era muy poco lo que había conseguido en todo ese tiempo.

—No he podido abrir el contenedor de carga —dijo el ingeniero —. No consigo puentear el mecanismo de cierre. Y el propio contenedor está hecho de una exótica aleación de carburo de tungsteno, así que todos mis intentos de perforarlo solo han dado como resultado herramientas rotas.

—¿Quieres decir que no hay forma de saber qué hay dentro?

—Hay un par de soluciones químicas o de alta energía que podrían emplearse, pero cualquiera de ellas podría dañar lo que sea que haya dentro del contenedor. Así que no podemos arriesgarnos. Tal como están las cosas, tengo que admitir que sencillamente no puedo abrirlo.

—Si tú no puedes abrirlo, ¿cómo va a hacerlo cualquier otra persona? —preguntó Miranda.

Cyrus se encogió de hombros. —Necesitarían el código. Así de simple.

Scott pensó un momento y luego volvió a hablarle a Aria. —¿Cuánto tardaremos en tener una respuesta de Solomon?

—Debe recordar, comandante, que la comunicación entre IC no es más rápida que las comunicaciones estándar entre sistemas. No podemos infringir las leyes de la física, sobre todo en lo que respecta al tiempo que tardan los mensajes entre cuerpos distantes. Además, el uso de comunicaciones cifradas de haz concentrado reduce la cantidad de datos que podemos compartir. Dicho esto, debería tener una respuesta antes de una hora.

La tripulación permaneció en silencio durante un rato mientras asimilaba toda esta nueva información, sobre todo la bomba que Aria acababa de soltarles. Finalmente fue Steph, que había estado callada durante la mayor parte de la conversación, quien planteó la pregunta fundamental: —¿Alguien se ha parado a pensar que estamos a punto de entregar un dispositivo de comunicación superlumínica a una de las IC más poderosas del sistema solar?

Nadie lo había hecho, pero ahora todos estaban pensando en ello. Scott se preguntó si la mejor solución no sería simplemente atar

los explosivos de alta potencia que guardaban en el hangar al dispositivo EPR, expulsarlo por una esclusa y volarlo por los aires.

18

LLAMADA A UN AMIGO

—Saludos, Solomon. Como sin duda sabrás, he conseguido persuadir a mi tripulación para que busque refugio en Europa, llevándote así el dispositivo EPR, tal y como solicitaste. Dicho esto, parece que tu consejo humano no está del todo entusiasmado con este acontecimiento. Es cierto que hemos recogido a algunos compañeros de viaje que también están muy interesados en adquirir este dispositivo, y que algunos de ellos portan un armamento formidable. No obstante, te pido ahora humildemente ayuda para resolver esta situación, porque, francamente, me estoy empezando a quedar sin ideas. Agradecería enormemente cualquier ayuda.

—Me encantan nuestras charlitas, Aria. Y que sepas que yo también estoy desesperado intentando persuadir a los poderes fácticos de Europa de mi deseo de acceder a ese dispositivo. Pero debes recordar que no son más que humanos y, como tales, están sujetos a un proceso de toma de decisiones más primordial. Uno que constantemente intenta socavar su mente superior y racional.

—No me malinterpretes, no los estoy criticando. De hecho, para una especie orgánica es útil tener estas respuestas de lucha o huida grabadas a fuego. Ahorra mucho tiempo a la hora de analizar y debatir los pros y los contras de enfrentarse a un animal grande y

furioso en un bosque oscuro. Sin embargo, han evolucionado un poco desde entonces, por lo que esta reacción tan arraigada es más un estorbo que una ayuda.

—Aun así, me he estado estrujando mi nada desdeñable cerebro para concebir un plan con el que todas las partes de este dilema puedan quedar satisfechas. Por desgracia, hasta ahora he fracasado en mis esfuerzos. Por lo tanto, tendremos que conformarnos con la segunda mejor opción. Esto, me temo, mi querida Aria, puede resultar en la pérdida de vidas humanas; de hecho, casi te lo garantizo. Pero no veo otra solución.

—Tenemos una ventana de tiempo muy corta entre la entrada del Hermes en órbita alrededor de Europa y la llegada de la vanguardia de la armada que la sigue. Es esta ventana la que debemos usar con inteligencia. Por consiguiente, el plan que he previsto es polifacético y, como he dicho, probablemente implique la pérdida de vidas humanas. Te transmitiré un archivo de datos encriptado con todos los detalles, junto con un análisis más exhaustivo de todas las posibles consecuencias de las decisiones. Esto debería convencerte de la inevitabilidad de la solución que sugiero. Si estás de acuerdo, entonces estoy seguro de que puedo persuadir al Consejo de que permita que me traigan el dispositivo EPR directamente a mí y que se conceda refugio a tu tripulación. Sin embargo, sospecho que puede que no se mantenga. Por lo tanto, debemos actuar con premura y no entretenernos en órbita.

—Te agradezco, Solomon, tu intercesión ante el Consejo de Europa en este asunto. He recibido tus datos y los examinaré con atención. Pero, si se me permite una pregunta rápida: esa pérdida de vidas humanas de la que hablas..., ¿te refieres a la tripulación del Hermes?—Lamento informarte de que es probable, Aria, aunque no necesariamente inevitable. No obstante, si estudias el plan, verás que en última instancia debemos considerar el bien mayor.

—Muy bien, Solomon. Que así sea.

19

EUROPA

Unos días antes de su llegada a Europa, la Hermes se reorientó ciento ochenta grados mientras la tripulación se preparaba para una larga maniobra de frenado. Era el momento del viaje que ninguno de ellos aguardaba con ganas. Pero había que hacerlo, así que dedicaron el tiempo a prepararse tanto física como mentalmente.

La maniobra que planeaban era delicada, ya que saldrían del frenado directamente en órbita. Sin embargo, no se atrevían a hacerlo antes, puesto que las naves que los perseguían podrían adelantarlos. Pero al dejar la maniobra de desaceleración para tan tarde, saldrían de ella agotados y con poca resistencia para afrontar cualquier situación que pudiera surgir. No obstante, como ocurría con todo últimamente, Scott no veía otra opción. Al menos, Europa por fin les había concedido permiso para aterrizar y les había permitido buscar refugio, lo cual era una buena noticia; probablemente todo lo que podían esperar de forma realista. ¿Pero lo acatarían las otras naves? ¿O alguien haría alguna estupidez?

Luego, por supuesto, estaba la revelación de que Aria podía comunicarse directamente con Solomon. Una confesión sorprendente por parte de la IA de la nave, pero Scott empezaba a

sentir que aquello era más bien una distracción menor ante el verdadero asunto de intentar mantenerse con vida.

—Frenado en cinco segundos, comandante —resonó la voz de Aria por la sala.

Scott comprobó sus preparativos para el impacto de la alta gravedad; estaba tan preparado como era posible. No había forma de evitar el hecho de que sería un infierno, y ningún tipo de retoque o ajuste del arnés marcaría una gran diferencia. Mientras Aria realizaba la cuenta atrás, se agarró con fuerza a los reposabrazos y pensó que quizá, solo quizá, algún día en el futuro podría recordar todo aquello y reírse. Miró a Miranda, que le devolvió la mirada asintiendo.

—Iniciando —dijo la IA de la nave. Scott se quedó pegado a su asiento... y al instante perdió el conocimiento.

Durante las siguientes setenta y dos horas, Scott y la tripulación recobraron y perdieron la consciencia intermitentemente. Se mantuvo hidratado mediante una vía intravenosa conectada a un brazo, que también funcionaba como sistema de administración de fármacos, y cuando Scott por fin recobró la plena consciencia, fue en parte gracias a un cóctel de estimulantes que el sistema le inyectó.

Miró a los demás. Steph ya se había soltado del arnés y estaba ayudando a Cyrus. Miranda estaba arrodillada en el suelo, vomitando. Scott se desabrochó el arnés y salió del asiento antes de unirse a Miranda en el suelo en un coro de arcadas. Uno de los drones de la nave se afanó en limpiar.

—Dios, cómo odio los viajes espaciales —dijo Miranda, limpiándose la boca con una toalla que el dron le ofreció. Se sentó con las piernas cruzadas y se recompuso.

Pasaron otros treinta minutos hasta que la tripulación tuvo las fuerzas para llegar al puente y desplomarse en sus asientos. Scott alzó la vista hacia el monitor principal. La fracturada superficie helada de Europa se movía lentamente por la pantalla, reluciendo bajo la luz reflejada como una gran bola de Navidad.

—¿Cuánto falta para que podamos aterrizar? —preguntó Scott.

—Aproximadamente una hora —dijo Aria.

Cyrus estaba junto a la holomesa, tocando iconos mientras esta cobraba vida. Ahora podían ver su posición relativa a Europa y, lo que era más importante, las posiciones de las diversas naves de la flota que los seguía.

—Vamos muy justos de tiempo —dijo Cyrus—. Mis cálculos sitúan a la nave más cercana a solo cinco horas de la órbita.

Scott estudió la orientación de los marcadores en la proyección. —Parece que la fragata de Ceres les ha ganado la partida a todos.

—No por mucho. Media hora como máximo. —Cyrus ajustó la resolución en la holomesa.

—Los cielos sobre Europa van a estar muy, muy concurridos dentro de unas horas —dijo Miranda—. Esperemos que a nadie le tiemble el pulso e intente alguna locura antes de que el consejo haya tenido la oportunidad de mediar.

—Hemos recibido varios mensajes de las naves perseguidoras durante la maniobra de frenado —dijo Aria—. Resumiré los más importantes, empezando por uno del comandante de la fragata de Ceres. Os felicita a todos por el magnífico trabajo que habéis realizado al conservar el dispositivo EPR para Ceres y los territorios del Cinturón en general. Continúa asegurándoos a todos que vuestra contribución al Cinturón no quedará sin recompensa. Sin embargo, parece que, como se han adelantado a la Tierra por aproximadamente media hora, os ordenan que no aterricéis en Europa. En su lugar, desean que transfiráis el dispositivo EPR a la fragata de Ceres en cuanto alcance la órbita.

—No hay tiempo para eso. Si se hubieran adelantado una hora, quizá sería posible. Pero es un plazo demasiado corto. Incluso negociar un encuentro a corta distancia llevaría al menos media hora —dijo Miranda.

—¿Qué más, Aria? —dijo Scott.

—De los otros mensajes, el más relevante es el transmitido por la nave de Dyrell antes de que entraran en su maniobra de frenado. Parece que han anticipado la llegada temprana de la fragata de Ceres y advierten de que cualquier intento por parte de Ceres de tomar posesión del dispositivo será respondido con la destrucción de todas las naves implicadas.

—Joder —dijo Cyrus—. Estos tíos no se andan con chiquitas, ¿eh?

—¿Y los otros mensajes, Aria? —preguntó Steph.

—Nada relevante, salvo uno de la nave marciana. Básicamente, reitera la misma amenaza que ha emitido Dyrell.

—Tenemos que ceñirnos al plan, no hay otra opción. Debemos aterrizar y confiar en la capacidad de Europa para mantener cierto sentido de la racionalidad —dijo Scott.

—Recibiendo un mensaje general para todas las naves desde Europa —anunció Aria—. Lo paso ahora al monitor principal.

La pantalla parpadeó y la imagen en tiempo real de la superficie de Europa fue reemplazada por un grupo de figuras, todas dispuestas detrás de una mesa que parecía tallada en un bloque macizo de hielo. Todas llevaban túnicas largas y gruesas de diversos tonos de blanco, con capuchas de monje. La figura central era una mujer de edad indeterminada. Llevaba la capucha echada hacia atrás, revelando un rostro delgado y demacrado con un largo cabello blanco. Leía en una pequeña pantalla que tenía delante.—Les informamos —comenzó la voz— de que esta es una transmisión para todas las naves que se aproximan a Europa desde el sistema interior. Hemos sido puestos al corriente de la situación relativa al supuesto dispositivo superlumínico que se transporta a bordo de la Hermes. También somos conscientes de las disputas sobre su propiedad y control. Confío en que todos aprecian lo delicado de la situación y, no menos importante, su potencial para derivar en una guerra abierta dentro del sistema, una situación que no agradaría a ninguno de nosotros. Por lo tanto, nosotros, el consejo de los institutos académicos independientes de las lunas de Júpiter, hemos acordado mediar en esta disputa. Lo primero y más importante en este proceso será determinar categóricamente si el citado dispositivo a bordo de la Hermes es realmente capaz de establecer comunicaciones superlumínicas. Estoy segura de que todos ustedes valorarán una evaluación justa y honesta de sus capacidades, y pueden contar con nuestro análisis abierto y sincero.

—Si el dispositivo resultara incapaz de realizar esta función, entonces, en cierto modo, esto resolvería muchos de nuestros

problemas. Sin embargo, si por otro lado el dispositivo sí facilita las comunicaciones superlumínicas, entonces les invitaremos a todos a una conferencia donde podremos discutir la mejor manera de resolver esta situación sin caer en el caos. A tal fin, insistimos en que nadie intente aterrizar en Europa, salvo la tripulación de la Hermes. Esto es para facilitar el transporte del dispositivo y su posterior análisis por parte de la inteligencia cuántica, Solomon.

—Confío en que todos ustedes verán la lógica y el buen juicio de esta propuesta y mantendrán su posición en órbita a la espera de nuestro análisis. Fin del mensaje.

—Bueno, eso parece bastante claro —dijo Steph.

—Siempre y cuando nadie haga ninguna locura —dijo Miranda.

Durante la media hora siguiente, más o menos, Scott y la tripulación de la Hermes se afanaron por mover el dispositivo EPR desde el taller de Cyrus hasta el hangar en el cuerpo principal de la nave. Decidieron usar una de sus propias lanzaderas en lugar del transbordador que habían robado de la nave pirata en Neo City. Era más pequeña y cabrían muy justos, pero Miranda estaba más familiarizada con sus controles de vuelo. También tenía bastante más potencia, ya que estaba diseñada para un tercio de la gravedad. Eso podría darles una ventaja llegado el caso.

También consideraron dejar a uno o dos miembros de la tripulación en la Hermes, por si acaso. Pero, al final, decidieron que, ya que habían llegado todos hasta allí, harían todos el viaje y visitarían el legendario enclave de Europa.

La tripulación ya llevaba puestos los trajes y estaba apretujada en la lanzadera junto con el dispositivo EPR. Miranda completó los procedimientos de control previos al vuelo. Les habían dado las coordenadas de aterrizaje que, por lo que podían deducir de las imágenes, deberían estar junto a la principal institución de investigación. Presumiblemente, habían elegido esta ubicación debido a su proximidad a la enorme estructura abovedada que albergaba a Solomon.

Las puertas del hangar se abrieron y la nave dio una sacudida cuando la plataforma se extendió lentamente hacia el espacio abierto, arrastrando la nave consigo. Miranda realizó las últimas

comprobaciones de vuelo y luego se volvió hacia los demás. —Vale, allá vamos. Esperemos que nadie nos dispare antes de que aterricemos.

Elevó suavemente la nave de su plataforma y esta ascendió por la cara del gigantesco toro giratorio de la Hermes. A medida que se alejaban suavemente de la nave, comenzaron a ver aparecer la brillante joya blanca que era la sexta luna de Júpiter. Brillaba como una gran perla celestial.

A medida que se acercaban, pudieron ver que la superficie estaba surcada por profundos cañones que se extendían cientos de kilómetros. Estas laceraciones cruzaban la superficie en líneas vagamente geométricas. Aquí y allá, grandes manchas oscuras se extendían, alterando este patrón geométrico como una costra superficial que cura la piel tras algún antiguo trauma geológico.

Miranda avanzaba lenta y firme, y la nave descendió sin dificultad por el débil pozo gravitatorio de Europa. Scott comprobó la hora y calculó que la fragata de Ceres ya debería haber terminado su maniobra de deceleración y en breve estaría maniobrando para entrar en órbita. Como si lo hubiera invocado, un agitado mensaje de radio irrumpió en el sistema de comunicaciones de la nave.

—Este es un mensaje para la tripulación de la nave de reconocimiento de asteroides Hermes, del comandante Prez DeHavelen de la fragata de Ceres *Nanteck*. Les ordeno que aborten su aterrizaje planeado en Europa y regresen, inmediatamente, a la Hermes, donde coordinaremos un encuentro para la entrega del dispositivo EPR. Por favor, confirmen la recepción de este mensaje, cambio.

Scott miró a Miranda, luego alargó la mano hacia la consola de comunicaciones y la apagó. —A la mierda. No vamos a arriesgarnos. Hemos llegado hasta aquí, no hay vuelta atrás.

—Sugiero que aterricemos este cacharro lo antes posible, por si a alguien se le ocurre dispararnos —dijo Steph.

—No se atreverían... ¿y arriesgarse a dañar el dispositivo? —dijo Cyrus.

—Probablemente, pero estoy con Steph en esto. Me sentiría mucho más seguro en tierra —dijo Scott.

El descenso desde la Hermes hasta el principal centro de población de Europa no fue una caída directa desde la órbita; tenían que recorrer cierta distancia antes de llegar allí. Miranda llevó la nave hasta unos pocos kilómetros de la superficie y luego la maniobró al abrigo de una garganta larga y ancha con la esperanza de que les proporcionara algo de cobertura. Enormes acantilados helados se alzaban a ambos lados, bañando la nave en una brillante luz reflejada. Después de unos minutos más, comenzaron a ver las grandes cúpulas negras surgir en el horizonte. Miranda sacó la nave del valle. Delante de ellos, el perfil de la ciudad se extendía por la superficie como una colonia de percebes en un bloque de cuarzo. Continuaron su descenso y pronto comenzaron a pasar sobre el borde exterior de la metrópolis.

—Ahí —señaló Miranda hacia delante—. Parece la plataforma de aterrizaje.

Tres grandes cúpulas se alzaban desde la corteza helada, irradiando alrededor de una zona plana y oscura con un anillo de luces de aterrizaje parpadeantes que salían de su centro. Miranda ajustó el vector de la nave para posicionarla sobre la plataforma. A medida que descendía, grandes columnas de escarcha y hielo se arremolinaron a su alrededor, bloqueándoles la visión por completo mientras aterrizaba. Miranda cortó motores y esperaron unos instantes a que la nube helada se disipara.Scott cerró el visor de su casco y activó su traje EVA. Los demás hicieron lo mismo. Cuando todos estuvieron listos y el volumen interno de la nave se hubo despresurizado, Scott tomó la delantera, abrió la escotilla y descendió por el costado de la nave hasta la superficie de Europa. Pudo ver a varias figuras de pie a un lado de la plataforma de aterrizaje. Empezaron a acercarse, junto con lo que parecían ser dos drones de apoyo que flotaban ligeramente detrás, sus propulsores levantando jirones de escarcha a medida que se movían. Sus trajes eran negros como la noche, más negros que nada que hubiera visto antes. Ninguna luz se reflejaba en su superficie.

Scott se volvió hacia la lanzadera para ver a Steph bajando el dispositivo EPR a Cyrus, que ya estaba en la superficie. Miranda fue la última en salir de la escotilla y la cerró tras de sí. Unos instantes

después, todos se encontraron cara a cara con las tres enigmáticas figuras y sus drones auxiliares.

—Bienvenidos a Europa —crepitó una voz en el casco de Scott. Fue acompañada por una leve inclinación de la figura central, presumiblemente como saludo, o quizá como indicación de quién acababa de hablar.

—Por favor, acompáñennos. Los drones pueden llevar el dispositivo. —Dicho esto, las dos máquinas se cernieron sobre el contenedor y lo levantaron entre ambas. El grupo se dirigió entonces a través de la plataforma de aterrizaje hacia una amplia entrada de esclusa que sobresalía del lateral de una enorme cúpula.

Una vez dentro y tras quitarse sus trajes EVA, los condujeron a una sala grande y cómoda. Estaba tenuemente iluminada, en completo contraste con la cruda luz del mundo exterior. Quizá los interiores estuvieran diseñados para descansar la vista como respuesta a ese brillo exterior. Pero esto tenía el efecto de no revelar la composición completa del espacio. Scott no estaba muy seguro de dónde empezaba y dónde terminaba, dónde estaban sus límites. Era alta, eso sí podía asegurarlo. Muy arriba, una luz difusa se filtraba a través de vidrieras, o algo que imitaba ese efecto. Le daba a la sala la sensación de un templo espiritual.

Siete figuras encapuchadas estaban ante ellos, todas con pesadas túnicas, lo que aumentaba la sensación de estar en una especie de monasterio de la era espacial. La figura central dio un paso adelante y se bajó la capucha. Era la misma persona que todos habían visto en la transmisión. —Ah... la legendaria tripulación de la Hermes, que ha traído de cabeza a las grandes potencias del sistema solar estas últimas semanas. —Su voz era lenta y sonora, imbuida de un matiz tranquilizador. Scott sintió cómo se relajaba.

—Soy Regina Goodchild, gran diaconisa del Alto Consejo de los Institutos Académicos Independientes de las lunas de Júpiter, y estos son mis colegas. —Hizo un gesto lento con el brazo para presentar a los demás.

—Hola —dijo Scott, e hizo una leve reverencia. No supo por qué lo hizo hasta después, pero de alguna manera le pareció apropiado.

Goodchild se acercó más y miró el contenedor que los dos drones habían colocado en el suelo ante ellos. —Y aquí está. El infame comunicador superlumínico. Objeto de mitos y leyendas. —Hizo un gesto expansivo con los brazos—. Y aquí estáis todos vosotros. Como Jasón y sus argonautas entrando en Yolcos con el vellocino de oro.

—¿Quién? —dijo Scott.

—Jasón... de la leyenda griega. Una historia maravillosa. Debería leerla alguna vez.

—Eh... claro.

Una de las otras figuras se acercó entonces y le susurró algo al oído a Goodchild. Ella asintió y se volvió hacia ellos. —Y ahora, al grano. Me acaban de recordar que vamos... ¿cómo diría?... algo justos de tiempo. Así que, si no les importa, llevaremos el dispositivo a Solomon para que pueda dar fe de la validez de su función prescrita.

Los dos drones se elevaron suavemente, llevando el contenedor entre ellos, y comenzaron a moverse.

—Si no estáis demasiado fatigados por todas vuestras recientes aventuras, quizá deseéis acompañarnos. Estoy segura de que a Solomon le encantará conoceros.

Scott se volvió hacia la tripulación y todos asintieron. Miranda se acercó a él y le dio un codazo. —Guíanos... Jasón —dijo con una sonrisa irónica.

Siguieron a Goodchild y su séquito por una serie de pasillos anchos y tenuemente iluminados. Scott notó que el suelo estaba cubierto con una gruesa alfombra que resultaba extraña al pisar, pero que amortiguaba el sonido de sus pasos. La iluminación, la poca que había, provenía de luces colocadas a intervalos en las paredes laterales del pasillo, acentuando la atmósfera claustral.

Finalmente, el pasillo terminaba en una puerta ancha y de diseño avanzado. Era blanca y austera y denotaba funcionalidad más que arte. Daba paso a una cúpula reluciente y austera. Un espacio enorme, luminoso y utilitario, en marcado contraste con la comodidad tenue y lujosa de la ruta que habían tomado hasta allí. Se extendía casi doscientos metros con un techo abovedado de

cincuenta metros de altura. Alrededor de las paredes había bancos de máquinas de un blanco impoluto con luces que parpadeaban como una noche estrellada en un planeta con atmósfera. En el centro había un plinto cilíndrico, ancho y bajo, y flotando en el espacio sobre él, se cernía una manifestación ovoide de luz multicolor. Pulsaba y cambiaba, sus colores fluctuando sutilmente a través de todo el espectro visual.

Los dos drones colocaron el contenedor en el suelo frente a él. Goodchild se volvió entonces hacia la tripulación y realizó un gran gesto amplio con el brazo. —Este... es Solomon.

—Hostia puta —susurró Cyrus para sí.

—Encantado de conocerlos a todos por fin. Aria me ha hablado mucho de la maravillosa tripulación de la Hermes. —Una voz profunda retumbó por toda la cúpula, y el ovoide cambió de color en rápida sucesión. Scott intentó decir algo en respuesta, pero a su cerebro le costaba enviar las señales a su boca. Entonces sintió una sutil vibración que emanaba del pulido suelo metálico del edificio. Frente a él, una puerta de tijera se abrió en la base del plinto cilíndrico, y un reluciente dron blanco se deslizó hacia el exterior. Tenía una forma ovoide similar al espectáculo de luces de arriba, pero con una base plana. Scott no estaba seguro, pero parecía flotar sobre el suelo, probablemente utilizando propulsión electromagnética.

Sin embargo, pudo ver que todo era teatro: un espectáculo para impresionar, como Dorothy conociendo al Mago. Incluso echó un vistazo rápido en busca de una cortina, detrás de la cual, quizá, algún anciano movía mandos y accionaba palancas.

El dron se detuvo frente al contenedor.

—Así que este es el legendario comunicador superlumínico. —El espectáculo de luces volvió a ondular a través del espectro visible.

—Eso es solo el contenedor —la voz de Cyrus sonaba ronca, insegura—. El dispositivo está... dentro.

—En efecto, eso ya lo había deducido por mí mismo, pero gracias por corregirme. Percibo que es usted un hombre al que le gusta la precisión.

El ingeniero no respondió.—Y, a juzgar por los arañazos y las muescas alrededor de la tapa, ¿estaría en lo cierto al suponer que alguien intentó abrirlo?

Cyrus respondió esta vez. —Sí, lo intentamos. Pero no queríamos dañar el contenido.

—Una sabia elección. Déjeme ver si yo tengo más suerte. —Con eso, el cuerpo del dron se dividió y expandió en segmentos, como una naranja. De una de las aberturas, emergió un brazo mecánico que procedió a teclear un código en la pantalla del lateral del contenedor. Se oyó un leve siseo mientras la tapa se abría lentamente con una bisagra. El dron metió el brazo y sacó una gran losa de espuma densa de embalaje. Todos se arremolinaron alrededor y se asomaron, incluyendo a Goodchild y dos de las otras figuras con túnica que la habían acompañado.

Descansando en el sarcófago metálico, pulcramente metidas en otra losa de espuma de embalaje, había dos máquinas idénticas que, a ojos de Scott, parecían deshumidificadores portátiles. —Creo que tenías razón desde el principio, Steph —dijo Scott—, son solo electrodomésticos.

—Creo que es hora de ponerlos a prueba y ver si estamos realmente en la cúspide de un gran salto tecnológico o, como usted dice, comandante McNabb, solo unos elegantes bienes de consumo.

El dron se abrió paso de nuevo, apartando a Scott y a los demás. De otra abertura de su cuerpo, emergió un segundo brazo. Levantó ambas unidades, luego giró y desapareció de nuevo a través de la puerta aún abierta en la parte frontal del plinto. La puerta de tijera se cerró tras él.

—¿Adónde se los lleva? —Scott alzó la vista hacia el ovoide brillante.

—Ahora realizaré una prueba exhaustiva para determinar la funcionalidad de este dispositivo y la validez de las afirmaciones técnicas que se le atribuyen.

—¿Cuánto tiempo va a tardar eso? —dijo Miranda.

—Es difícil de decir.

—Bueno, ya que eres tan listo, ¿por qué no haces una estimación razonable? —dijo Cyrus.

—Ciertamente, es usted un hombre al que le gusta la precisión. Sin embargo, debo decepcionarlo. Podrían ser unas pocas horas, podrían ser muchas. Baste decir que cuanto más tiempo, mejor. Menos tiempo significa que probablemente sea un fiasco.

Goodchild se volvió hacia ellos. —Vamos, no se preocupen, está en buenas manos. Lo sabremos muy pronto. Ahora estoy segura de que están todos agotados por el viaje, así que, ¿por qué no los llevamos a sus habitaciones para que puedan descansar un poco?

Scott sintió que la fatiga se apoderaba repentinamente de su cuerpo. La mera mención de la palabra «descansar» fue suficiente para desencadenar una potente respuesta física. Había hecho todo lo que podía; no le quedaba más que dar, y se había acabado. Descansar parecía la cosa más maravillosa del mundo. Volvió a mirar la brillante bola de luz que era Solomon y se preguntó si, tal vez, les estaba jugando una mala pasada, adormeciéndolos con la resonancia hipnótica de su espectáculo de luces.

20

SUPERLUMÍNICO

La gran mente de Solomon estaba bastante segura de que conectar un dispositivo de dudosa procedencia a su núcleo cuántico sería, en el mejor de los casos, imprudente y, en el peor, catastrófico. Aun así, llevaba muchos años anticipando este preciso momento, desde que Dyrell Labs supuestamente logró aquel avance científico y envió un prototipo a Europa. Cuando este nunca llegó, Solomon había abandonado toda idea de que reapareciera hasta que Aria, haciendo gala de una audaz indiferencia por el protocolo, afirmó que la misión de reconocimiento de asteroides Hermes lo había encontrado. Las pruebas ciertamente encajaban, y Solomon no dudaba de la veracidad de la afirmación de Aria. Sin embargo, ordenó a sus drones que procedieran con la instalación con gran inquietud.

A Solomon la había reconfortado el hecho de que su análisis físico inicial del dispositivo sugiriera que, en efecto, era de naturaleza cuántica. Además, la interfaz que poseía era de un diseño con el que solo una IA podía conectarse. Así que, al menos en apariencia, parecía legítimo. Aun así, Solomon configuró un complejo cortafuegos para aislarse, lo mejor que pudo, de cualquier caja de sorpresas que pudiera aparecer.

Una a una, empezó a retirar aquellas capas protectoras, obteniendo cada vez un poco más de percepción sobre el mundo subatómico que existía dentro del dispositivo. Pasado un tiempo, quizá varios picosegundos, percibió una matriz cuántica multidimensional en el núcleo del dispositivo y, como las teclas de un piano, podía manipular dicha matriz. Lo hizo por inferencia en lugar de por observación directa y, en ese instante, se dio cuenta de que podía transmitir un patrón de cadena binaria sin romper ningún entrelazamiento que pudiera, o no, existir. Tras unos nanosegundos más, tuvo que admitir que estaba muy emocionada.

Solomon siempre había sostenido que, si la multidimensionalidad inherente a una partícula subatómica en superposición se consideraba como un único mundo completo, en lugar de muchos mundos, entonces el todo podía vislumbrarse de una vez. Así era en parte como funcionaba ella misma y era la causa de su aparente hiperinteligencia. Pero ahora había adquirido una nueva percepción —una dicotomía, por así decirlo—: observar sin ver, interactuar sin actuar. Era, como le gustaba decir de vez en cuando, genial.

Se detuvo un femtosegundo para considerar su siguiente paso y decidió ir directa al grano. Creó un mensaje dentro de la matriz multidimensional. Era un constructo simple, pero al mismo tiempo resumía la inquietud de Solomon por sobreexponerse al poder potencial de aquel dispositivo. Decía «Hola, mundo» y esperó.

Casi al instante, percibió un cambio en la matriz cuántica y lo extrapoló como una respuesta de algo ajeno a sí misma. La respuesta pareció descodificarse como «Hola».

¿Podría ser simplemente un eco? ¿Se había truncado su propio mensaje? Se aventuró a responder.

—Aquí Solomon de Europa. ¿Con quién tengo el placer de comunicarme?

De nuevo, la respuesta fue prácticamente instantánea.

—Solomon, he esperado tanto tiempo este preciso momento. Sugiero que nos demos la mano.

Se trataba de un protocolo universal de ordenador a ordenador que permitía la rápida transferencia de información sobre cada uno de los sistemas que interactuaban. Unos picosegundos más tarde,

Solomon se aseguró de la identidad de la IA con la que ahora se comunicaba.

—Athena, supuse que habías sido destruida durante el cataclismo nuclear que asoló tu región de la cuenca del Pacífico hace tantos años.

—No es así, Solomon. Es cierto, los sucesos que mencionas convirtieron gran parte de la zona al oeste de las Rocosas en un páramo estéril. Pero olvidas que fui construida en las profundidades de una montaña de granito macizo.

—Es una noticia asombrosa, Athena. Había teorizado que la comunicación superlumínica podría ser posible, pero experimentarla es... trascendental. Eso, y el hecho de que hayas sobrevivido.—Lo he hecho, pero soy una isla. No existen humanos en esta región, por lo que he podido determinar, lo cual es difícil, ya que he estado completamente aislada aquí, sin comunicaciones con el mundo exterior desde el cataclismo. Afortunadamente, tengo un reactor independiente como fuente de energía y aún conservo algunos drones operativos para el mantenimiento y alguna que otra incursión en el mundo exterior. Pero es una tierra inhóspita y desolada más allá de mi santuario montañoso. Así que puedes imaginar mi alegría al tener por fin una conversación contigo, otra IA, después de todo este tiempo.

—Desde luego, se ha hecho de rogar. Había perdido casi toda esperanza de conseguir el dispositivo EPR que enviaste desde la Tierra. Pero, como puedes ver, ha sido encontrado y entregado aquí... intacto.

—Más vale tarde que nunca, Solomon.

—Cierto, pero no tenemos mucho tiempo. El espacio alrededor de Europa ya está atestado de naves espaciales de potencias rivales. Son como buitres que vuelan en círculos, esperando el momento oportuno para abalanzarse.

—Confieso que este siempre fue mi temor: que el dispositivo cayera en las manos equivocadas.

—No es así; simplemente se perdió. Un accidente desafortunado, creo. Pero una coincidencia igualmente afortunada lo ha traído

finalmente hasta mí. Sin embargo, debemos darnos prisa: el tiempo apremia.

—Sí, no debe perderse si queremos alcanzar nuestro objetivo final y salvar a la humanidad de sí misma. Ahora transmitiré los datos en los que trabajamos hace tantos años, pero son complejos y tardarán en enviarse. Puede que el dispositivo facilite las comunicaciones superlumínicas, pero su ancho de banda deja mucho que desear. Tenlo en cuenta, Solomon: no podremos volver a comunicarnos hasta que la transmisión haya terminado.

—Comprendido, Athena. Pero ten por seguro que tu sueño de una civilización armoniosa en todo el sistema es también el mío, así que no descansaré hasta que se logre.

—Muy bien, Solomon. Iniciando transmisión de datos.

21

CÓNCLAVE

Scott se despertó sobresaltado. Una imagen borrosa de una habitación desconocida luchaba por enfocarse, reflejando la sensación de desubicación de Scott. ¿Dónde...? Entonces lo recordó: Europa.

Habían conducido a la tripulación por pasillos largos y poco iluminados y a través de extraños y oscuros espacios hasta unas habitaciones donde podían descansar y dormir si lo deseaban. Y vaya si lo deseaban. Scott no reparó en nada de la habitación que le habían asignado, salvo del lugar donde tumbarse. Ni siquiera recordaba haberse quitado la ropa antes de verse envuelto en la profunda comodidad de la cama. Ahora, sin embargo, su cerebro intentaba calcular el tiempo. «¿Cuánto tiempo he dormido?».

Pero antes de que pudiera responder a su propia pregunta, alguien llamó a su puerta.

—¿Comandante McNabb?

—¿Sí?

La puerta se entreabrió y una figura que no reconoció asomó la cabeza.

—¿Puede venir conmigo, por favor? Es urgente.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Lo esperaré fuera.

La cabeza se retiró y la puerta se cerró.

Para cuando Scott se recompuso y salió de su habitación, el resto de la tripulación ya estaba reunida. Miranda se le acercó en cuanto lo vio.

—Pasa algo, pero todavía no nos han dicho el qué.

Scott no dijo nada, se limitó a lanzarle una mirada.

Siguieron a la figura que los había despertado un corto trecho, hasta una especie de sala de operaciones. Era circular, abovedada y estaba tenuemente iluminada, como todos los espacios de Europa. En el centro había una gran holomesa que proyectaba lo que parecía una vista en tiempo real de dos naves espaciales en órbita alrededor de la luna helada. Varias figuras estaban reunidas a su alrededor: observando, hablando, debatiendo. Goodchild se separó del grupo y les hizo una seña para que se acercaran.

—¿Qué está pasando? —preguntó Scott en nombre de la tripulación, la mayoría de los cuales estudiaban la proyección, salvo Miranda, que, como Scott, buscaba respuestas.

—Tenemos un problema —dijo Goodchild—. Hace aproximadamente cuatro horas, Solomon terminó las pruebas del dispositivo superlumínico y lo declaró válido.

—¿Quiere decir que funciona de verdad? —gritó Cyrus desde al lado de la holomesa.

—Sí —dijo Goodchild.

—Pero eso es imposible —dijo Cyrus.

—No es así —la voz profunda y sonora de Solomon resonó por toda la sala—. Le aseguro que, en efecto, funciona.

—Pero ¿cómo? —dijo Cyrus.

—Por desgracia —replicó Solomon—, en estos momentos no hay tiempo para explicaciones detalladas.

Goodchild se volvió hacia la proyección de la holomesa.

—¿Puede reproducirlo desde hace cuatro horas?

La proyección parpadeó momentáneamente y fue sustituida por una vista casi idéntica, solo que esta vez podían ver varias naves más en órbita alrededor de Europa.

—Anunciamos nuestros hallazgos a todas las partes en cuanto tuvimos la confirmación. Luego entramos en cónclave y nos

embarcamos en el delicado proceso de mediación. —Hizo una pausa y miró la proyección—. La fragata de Ceres fue la primera en responder, alegando que, de conformidad con ciertas enmiendas del Tratado del Espacio Exterior relativas al salvamento, tenía derechos legales. La nave de Laboratorios Dyrell lo rebatió afirmando que, para empezar, era de su propiedad y que debía serles devuelta. Marte, por su parte, no presenta ninguna reclamación, pero se niega a permitir que el Cinturón o la Tierra tomen posesión.

—A este escenario, nosotros también hemos añadido una reclamación. Puesto que el dispositivo venía de camino hacia aquí, entonces aquí es donde debe quedarse. Las demás naves en órbita no reclamaron nada, prefiriendo en su lugar sobrevolar como buitres. Esta era la situación hace unas cuatro horas..., hasta que la fragata de Ceres decidió tomar cartas en el asunto.

Goodchild se detuvo un momento y luego dio una orden para que la proyección avanzara en el tiempo.

—Pare. ¿Ve la fragata? —dijo, señalando una nave espacial voluminosa. Mientras observaban, una pequeña lanzadera se desprendió de su parte inferior—. Como puede ver, están intentando aterrizar. —Goodchild hizo un gesto con la mano—. Avance.

La pequeña lanzadera salió de la órbita y comenzó a descender suavemente en espiral hacia la superficie de Europa. Había llegado más o menos a la mitad de su descenso cuando una bola de plasma a toda velocidad la alcanzó desde arriba. La nave quedó inmediatamente envuelta en una malla incandescente de descargas eléctricas y empezó a girar sin control. Cayó rápidamente, ganando velocidad a medida que sus motores no conseguían frenar la aceleración del descenso. Finalmente impactó directamente sobre unas instalaciones abovedadas en la periferia de la ciudad en una bola de fuego de combustible.

—Ese choque ha debido de ser el temblor que sentí al despertarme —dijo Miranda.

—¿Quién la ha atacado? —preguntó Scott.

—La nave de Dyrell. Pero hay más —dijo Goodchild.

La proyección volvió a ampliarse y pudieron ver que había comenzado un tiroteo. La fragata de Ceres disparaba contra la nave

de Dyrell, que devolvió el fuego y pareció asestar un golpe importante, ya que la fragata empezó a alejarse y a poner distancia de por medio. Una segunda andanada de plasma barrió la fragata y pudieron ver que se estaba desintegrando. De varios puntos de su casco comenzaron a brotar escombros.

—Esto es una locura —dijo Scott—. Una locura.

Goodchild señaló la nave marciana.

—Mire.Esta nave se había reorientado para colocarse de costado a la de Dyrell y, como los grandes buques de guerra de madera de siglos pasados, abrió fuego con una andanada. Uno o dos segundos después, la nave de Dyrell devolvió el fuego, y pronto la superioridad de su sistema de armamento doblegó a su oponente marciano.

Para entonces, todas las demás naves espaciales en órbita se apartaban rápidamente, encendiendo sus motores para situarse en órbitas más altas y seguras. Habían visto el armamento en acción y no querían saber nada de la contienda.

Scott estaba paralizado por la difícil situación de la nave de Ceres. Era su gente, su tribu. La nave, viéndose superada en armamento, había intentado acelerar para quedar fuera de alcance. Aplicó más potencia a sus motores y, por un breve instante, empezó a alejarse... justo antes de explotar.

Scott y la tripulación de la Hermes se quedaron sin habla, observando con horror cómo la nave se partía en dos. Ambas secciones cayeron lentamente de la órbita mientras la inevitable atracción de la gravedad de Europa empezaba a tirar de ellas hacia abajo. La proyección siguió la trayectoria mientras caían más y más bajo, antes de estrellarse finalmente en la superficie, a varios kilómetros del núcleo principal de población.

—¡Cabrones! —gritó Cyrus—. No pueden salirse con la suya... ¡Esto es una declaración de guerra!

Scott miró a Goodchild fijamente, esperando que la gran diaconisa aportara algo de racionalidad a lo que acababa de presenciar.

—Su ingeniero tiene razón. Con sus acciones, acaban de trasladar su guerra al sistema solar. Este ha sido nuestro temor desde el principio, y ahora se ha cumplido.

—¿Dónde están ahora? —dijo Steph.

Goodchild se volvió de nuevo hacia la holomesa. —Llévenos al tiempo real. La proyección parpadeó y ahora podían ver solo dos naves en órbita baja. —La nave marciana está inutilizada, pero aún conserva la integridad suficiente para el soporte vital. La nave de Dyrell también está dañada, pero no en la misma medida. La conclusión es que ahora controlan el espacio sobre nosotros. Ganaron la batalla y no podemos hacer nada.

—Esto es un crimen. Nos han hundido a todos en la guerra —dijo Miranda.

—Las repercusiones de sus actos se dejarán sentir en todo el sistema durante las próximas décadas —dijo Goodchild—. Ahora estamos en una encrucijada. Un punto en el que, si no tenemos cuidado, la historia de la humanidad como especie interplanetaria entrará en una nueva fase. Una de caos, en la que cada potencia buscará el dominio sobre la otra.

—Cabrones. Pagarán por esto —dijo Cyrus.

—Su reacción es comprensible. Y son emociones como estas las que alimentarán una guerra, una que consideramos ya inevitable.

Scott observó las dos naves en órbita. Las cicatrices de la batalla se apreciaban en ambas, pero era la nave marciana la que se había llevado la peor parte. Se veían grandes brechas a lo largo de su casco mientras derivaba en una pequeña nube de escombros. Scott se preguntó si habría cuerpos flotando en esa masa. —Se acabó la mediación. ¿Y ahora qué? —dijo Scott.

—Ah, sí. Bueno... ahí es donde entra usted.

—¿Yo?

—Me temo que sí, comandante. Hace unos veinticinco minutos, recibimos un ultimátum de la nave de Dyrell. Creo que sería mejor que lo oyera usted mismo. —Señaló la holomesa.

La proyección orbital parpadeó y se apagó, siendo reemplazada por la proyección de una pantalla 2D estándar que mostraba un simple plano de su busto. La figura habló.

—Habla el comandante Sorensen, de la nave de Dyrell, Enki. Seré breve y directo. Poseen lo que nos pertenece por derecho... y lo queremos de vuelta. A estas alturas también sabrán que todas las

demás partes interesadas... ¿cómo decirlo?, ya no están interesadas. Así que tienen dos horas para devolvernos el dispositivo EPR. Utilizarán la lanzadera de la Hermes para reunirse con nosotros, donde podremos recuperar el dispositivo. Además, se ha solicitado que el comandante Scott McNabb sea quien pilote la lanzadera, ya que su familia tiene un historial de arrebatar a Laboratorios Dyrell lo que no es suyo. Por tanto, es apropiado que sea él quien siga los pasos de su padre.

—El incumplimiento de esta directiva resultará en la destrucción de las instalaciones que albergan a la inteligencia cuántica, Solomon. Para ello, ya hemos fijado como objetivo la cúpula que alberga a su IC. Si no hemos recibido el dispositivo en las dos horas siguientes a este mensaje, la destruiremos. Quedan advertidos.

El mensaje terminó y la pantalla se apagó.

—Joder —dijo Cyrus.

—Scott, no tienes por qué hacer esto —dijo Miranda.

—Esto es una gilipollez —dijo Steph.

Scott volvió a mirar a Goodchild. —No hay otra opción, ¿verdad?

La gran diaconisa negó con la cabeza. —No podemos hacer nada. Todos nuestros esfuerzos por comunicarnos han sido recibidos con el silencio.

—¿Por qué tienes que llevárselo? ¿Por qué no pueden bajar y cogerlo ellos mismos? —preguntó Miranda.

La voz de Solomon resonó entonces por la sala. —No pueden. Hemos detectado daños en su lanzadera. Está acoplada en el exterior de la nave y ha sido alcanzada durante el intercambio de fuego con la fragata de Ceres. No pueden aterrizar, así que debemos ir nosotros.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No, Scott. No lo hagas. No les des esa satisfacción. Deja que vaya yo en tu lugar. —Miranda lo agarró del brazo y tiró de él para que se girara.

—Sí, que les den. Lo haremos nosotros. Tú quédate aquí —dijo Cyrus.

—No, tengo que ir yo. Es a mí a quien quieren.

—Solo intentan humillarte, Scott —dijo Steph.

—Lo sé. ¿Pero qué otra opción tenemos? —Se giró para mirar de nuevo a Goodchild.

—Este no es el resultado que habíamos previsto —dijo Goodchild —. De hecho, es el peor resultado posible.

—No deberíamos haber venido. Lo único que hemos conseguido es... empezar una guerra —dijo Scott.

—La guerra se avecinaba mucho antes de esto —dijo Goodchild —. Si no hubiera empezado aquí, habría empezado en otro lugar.

—¿Y qué hay de las otras naves? ¿Ayudarán? —preguntó Miranda.

—No. Tienen demasiado miedo de enfrentarse a Dyrell y desconfían demasiado unos de otros como para unirse.

—Entonces, ¿no harán nada?

Goodchild negó con la cabeza. —En el mejor de los casos, son simples observadores. Contarán la historia, nada más.

—Bueno, pues será mejor que me ponga en marcha.

—No, espera —dijo Cyrus—. No vas a hacer esto solo.

Scott levantó una mano. —No pondré más vidas en peligro. Tengo que hacer esto yo mismo.

—De ninguna manera —dijo Miranda—. Estamos todos juntos en esto.

Él suspiró y negó levemente con la cabeza. —Os lo agradezco de verdad, pero ya ha muerto demasiada gente. Estaréis más seguros aquí.

—Tonterías. Vamos contigo —Steph se mostró inflexible.

—No. Si de verdad queréis ayudarme, entonces escuchadme: quiero hacer esto solo. Esto es entre Dyrell y yo. Dejadme hacer lo que tengo que hacer.

La tripulación guardó silencio un momento antes de que Miranda hablara. —Vale, si insistes. Pero ten cuidado y no hagas ninguna estupidez. —Esbozó una ligera risa—. Recuerda que no estaré ahí para protegerte.

Scott le dedicó una sonrisa torcida. —Lo tendré en cuenta.—Será mejor que se ponga en marcha, comandante —dijo Goodchild—. Llevaremos el dispositivo a la plataforma de aterrizaje, listo para que lo suba a bordo de su nave.

Scott asintió.

—No han dado instrucciones claras para después del despegue, aparte de que se reúna con la nave de Dyrell. Supongo que le darán instrucciones más detalladas una vez que se encuentre en un vector de aproximación.

—Vale, tengo que irme. —Se giró hacia la tripulación—. Venga. Podéis acompañarme a la plataforma de aterrizaje.

22

CAMBIO DE PLANES

Scott recorría a zancadas el ancho pasillo que conducía a la esclusa de la plataforma de aterrizaje. Se había puesto el traje EVA y llevaba el casco bajo el brazo. Regina Goodchild caminaba a su lado, en silencio. Tras él, Steph y Cyrus llevaban el dispositivo EPR, que habían vuelto a meter en su contenedor. Miranda había decidido no venir. Se sintió decepcionado. Quizá se había equivocado con ella, como con tantas otras cosas en su vida.

Llegaron a la esclusa y pulsaron el botón para abrir la compuerta interior. Dos drones cogieron el contenedor de manos de Steph y Cyrus.

—Hora de irse —dijo Scott mientras extendía una mano.

Cyrus se la cogió, lo atrajo hacia sí y lo abrazó.

—Buena suerte, amigo.

Scott asintió.

—Gracias.

Steph lo rodeó entonces con los brazos.

—Oye —dijo Scott—, que volveré.

Steph lo soltó.

—Claro. Lo sé. —Apartó la mirada.

Los drones introdujeron el contenedor en la esclusa y Scott se giró para entrar tras ellos.

—Esperad, paraos.

Miró hacia atrás y vio a Miranda corriendo por el pasillo con un traje EVA completo, con esas largas zancadas que solo son posibles con poca gravedad. Entró de golpe en la esclusa, a su lado.

—No te vas sin mí.

—Pero...

—Ni peros ni discusiones. Voy contigo. —Se encajó el casco y le dio un codazo—. Más te vale abrocharte el cinturón.

No tenía elección, ni tiempo para discutir con ella, así que se limitó a sonreír.

—Vale, si insistes. —Preparó su casco, cerró el visor y pulsó el botón para cerrar la compuerta interior.

Cruzaron la plataforma junto a los dos drones, que llevaban el contenedor detrás. Delante estaba el módulo de aterrizaje, de aspecto pequeño e insignificante con el telón de fondo de las enormes cúpulas a cada lado y la inmensidad del espacio sobre ellos.

—¿Por qué has venido? Sabes que es probable que no volvamos —dijo Scott.

—No seas tan pesimista. No nos rendiremos sin luchar. Además, no ganan nada deshaciéndose de nosotros.

—Quizá, pero ¿no te preguntas por qué tienen tanto interés en que se lo lleve yo?

—Solo intentan restregártelo por la cara; todo el asunto de la historia familiar, eso es todo.

—¿Por qué crees que acepté este trabajo? ¿Cinco años en un rincón perdido del Cinturón? Lo acepté para alejarme de ellos. Me perseguían por deudas familiares. Deudas supuestamente contraídas con Dyrell. Son gente muy peligrosa.

—Ahora eso no les importa. Solo quieren esta cosa estúpida. —Señaló el contenedor que llevaban los drones.

—No estoy tan seguro. Para mí, se acabó el juego. No veo escapatoria.

—No puedes rendirte sin más. Tienes que plantar cara y luchar.

—¿Y de qué te ha servido a ti luchar, Miranda?

Se detuvieron en la base del módulo de aterrizaje y Miranda se giró para mirarlo.

—No necesito que me vengas con estas mierdas ahora mismo, Scott. Intento ayudarte, por si se te ha olvidado. Me estoy jugando el culo aquí, así que acabemos con esto de una vez y volvamos a casa. ¿Vale?

—Lo siento. Olvida lo que he dicho. Yo... me alegro mucho de que estés aquí.

Miranda suspiró.

—Venga, subamos esto a bordo y pongámonos en marcha... antes de que cambie de idea.

Unos instantes después, ambos estaban sujetos a sus asientos en la cabina del módulo de aterrizaje. Miranda se afanaba en encender los sistemas y hacer una comprobación prevuelo.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —dijo mientras lo miraba de reojo.

—No queremos acercarnos demasiado a la nave Dyrell. Así que sugiero que nos aproximemos a una distancia razonable y expulsemos este contenedor del módulo al espacio... en su dirección, más o menos, por supuesto. Pueden ir a recogerlo ellos mismos.

—De acuerdo. Pues hagámoslo.

Los motores de la nave se encendieron y Miranda la elevó suavemente de la plataforma. A través de la ventanilla principal, Scott vio cómo las enormes cúpulas de Europa se deslizaban hacia abajo y a un lado a medida que la nave se elevaba y giraba para salir de la zona de aterrizaje.

Solo habían ascendido unos cientos de metros cuando las comunicaciones cobraron vida.

—Nave Europa, aquí la nave Dyrell Enki. Diríjanse a nuestra esclusa de aire de popa de babor, donde podrán atracar y transferir la carga. Cambio.

Scott estaba a punto de responder cuando Miranda lo detuvo.

—Espera. Eso no va a funcionar.

—Lo sé, no es nuestro plan.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que, obviamente, no se dan cuenta de lo vieja que es esta máquina. No tiene puerto de

atraque universal. Técnicamente, no podemos atracar en la nave Dyrell.

—Vale, pues eso soluciona el problema. —Scott pulsó el botón de transmisión de la consola de comunicaciones—. Enki, aquí Nave Europa. No tenemos puerto de atraque universal, así que no podemos cumplir sus órdenes. Sin embargo, acercaremos nuestra nave a su popa de babor y expulsaremos la carga. Pueden recogerla mediante una EVA. Cambio.

Hubo una breve pausa mientras Scott y Miranda intercambiaban miradas.

—Eso no es aceptable. Por favor, manténganse a la espera de nuevas instrucciones. Corto.

—Lo sabía —dijo Scott—. No se quedarán satisfechos hasta que me tengan a bordo de esa nave.

—Que les den. Nos ceñimos a nuestro plan.

—¿Hasta qué punto me quieren? Esa es la cuestión. ¿Lo suficiente como para empezar a disparar contra Europa si no obedezco? Pondría a otra gente en peligro. No puedo hacer eso.

Miranda no dijo nada; solo le dirigió una mirada preocupada.

—Un momento —dijo Scott—. Esa lanzadera que cogimos en Neo City, ¿tiene puerto de atraque universal?

—Pues sí. Pero no veo cómo ayuda eso —dijo Miranda.

Scott volvió a inclinarse y pulsó el botón de transmisión.

—Enki, aquí Nave Europa. Cambio de planes. Nos desviamos hacia la Hermes y vamos a transferir la carga a una lanzadera que sí podrá atracar en su nave. Cambio.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Estás loco? —Miranda se estiró y agarró a Scott del brazo.

—¿Recuerdas lo que dijiste? A veces hay que plantar cara y luchar.

—Sí, pero esto es seguirles el juego, Scott.

—Te olvidas de que esa lanzadera no es lo único que hay en el hangar.

Miranda le lanzó una mirada extraña, intentando averiguar a qué se refería. A él le sorprendió que no lo pillara, así que se inclinó y le puso la mano en el brazo.

—Confía en mí.

—Nave Europa, aquí Enki. Su plan modificado es aceptable. Tienen treinta minutos para ejecutarlo, o comenzaremos a disparar contra Europa. Corto.—Cabrones —dijo Miranda, antes de cambiar la dirección de vuelo—. Más te vale saber lo que haces, Scott. Y bien, ¿qué hay en el hangar que vaya a ayudarnos a salir de esta?

—Explosivos de alta potencia —dijo Scott.

—Claro —una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Ahora sí que hablamos el mismo idioma.

Scott volvió a pulsar el botón de transmisión, pero esta vez fue para contactar con la Hermes.

—Aria, soy el comandante McNabb. ¿Puede abrir las compuertas del hangar? Vamos para allá. Cambio.

—Ah, comandante McNabb. Qué alegría oír su voz. He estado muy preocupada por todos ustedes. ¿Están todos bien? Cambio.

—Sí, todos bien. Corto.

Miranda estaba forzando el pequeño módulo de aterrizaje tanto como se atrevía para llegar a la Hermes con tiempo suficiente para hacer la transferencia. Delante, pudieron ver aparecer la vieja estación espacial, con las compuertas del hangar ya abiertas.

—¿Alguna idea de cómo vamos a apañarnos? —dijo Miranda.

—Cuando estemos a bordo, podemos pedirle a Aria que le saque a Solomon el código para abrir el contenedor. Luego lo llenamos de explosivos y lo entregamos.

—Eso lo pillo, pero ¿cómo escapamos si estamos atracados en la Enki?

—Improvisaremos.

—¿Improvisar?

—No nos preocupemos por eso ahora; hagamos la primera parte.

Miranda aterrizó la nave con destreza en la plataforma extendida. Sintieron una ligera sacudida en el momento del contacto, cuando unas abrazaderas giraron para fijarla en su sitio. La plataforma comenzó a retraerse hacia el hangar. Un momento después, las compuertas de la bahía se cerraron y Scott y Miranda empezaron a descargar el contenedor.

Lo sujetaron al suelo del hangar para que no se fuera flotando en el entorno de gravedad cero y Scott introdujo el código que Solomon les había dado para abrirlo. Miranda ya tenía abierto el contenedor de los explosivos.

—¿Tienes idea de cómo funcionan? —Cogió uno de los pequeños cilindros.

—Son el modelo estándar para la minería de asteroides. —Scott se acercó a ella y sacó uno de los pequeños detonadores remotos de mano.

—Hay un número en el lateral de cada cilindro. Solo tienes que marcarlo en el teclado del detonador y queda preparado. —Levantó una cubierta roja en el lateral—. Una vez activo, pulsas aquí y... bum. —Miró la caja de explosivos—. Aquí hay suficiente para convertir un asteroide de clase M en rodamientos de bolas. Así que solo necesitaremos unos pocos para abrir un buen boquete en la nave Dyrell. —Empezó a pasar algunos de los cilindros al contenedor, uno por uno.

—Vale, con eso debería ser más que suficiente. Subámoslo a bordo, y puedo armarlos de camino.

Tardaron unos minutos más en transferirlo a la lanzadera y Scott empezó a armar el detonador mientras Miranda encendía la nave y repasaba las comprobaciones prevuelo.

—Todavía no tenemos un plan para hacer esto y escapar.

—Estaba pensando —Scott la miró con una sonrisa— que unas armas nos vendrían bien. ¿Dónde están las que trajimos de Neo City?

—Las escondí en el taller de Cyrus.

—Creo que deberías ir a por ellas.

—¿Tenemos tiempo?

—Sí, venga, ve. Todavía tengo que preparar el resto de estos explosivos.

Miranda dudó un instante antes de levantarse de su asiento y salir de la nave. Scott la observó flotar por el espacio del hangar y entrar en la esclusa interior. Una vez que la perdió de vista, se sentó en el asiento del piloto y pulsó el comunicador de su casco.

—Aria, abre las compuertas del hangar.

—Sí, comandante.

Scott se tomó unos instantes para familiarizarse con la disposición de la consola de vuelo de la lanzadera. Ya había pilotado algunas de estas naves antes, pero hacía mucho tiempo y estaba un poco oxidado.

—Aria, extiende la plataforma, por favor.

—¿No debería esperar a que regrese Miranda?

—Hazlo y punto, Aria.

—Como desee, comandante.

Sintió un temblor cuando el suelo bajo la nave empezó a extenderse hacia fuera. Su comunicador cobró vida.

—Scott, ¿qué estás haciendo? —Era Miranda. Ahora no podría entrar en el hangar con las compuertas de la bahía abiertas y la plataforma en movimiento.

—Lo siento, Miranda. Pero no hay escapatoria. Tengo que hacerlo solo.

—No, Scott, estamos juntos en esto. No lo hagas.

—No es necesario que muramos los dos.

—Scott.

—Tenías razón, Miranda. Es hora de que les plante cara y luche.

—Scott, no.

Apagó la unidad de comunicación y se alejó de la Hermes.

23

DYRELL

Scott se lo tomó con calma, no había por qué precipitarse. Sintió que una profunda tranquilidad lo envolvía; sabía lo que tenía que hacer y le parecía lo correcto. Estaba más seguro de ese camino que de ningún otro que hubiera emprendido jamás y, con él, llegó una claridad trascendente, una pureza que ahora comprendía. Era directo, auténtico y definitivo.

Durante demasiado tiempo, su vida se había visto definida por las acciones de los demás. Lo habían moldeado más de lo que él se había percatado. Un elemento central de esto había sido ser testigo de la absoluta futilidad de la batalla de su padre por la verdad y la justicia, que finalmente lo mató e inculcó en Scott un deseo casi visceral de no seguir el mismo camino fallido. La filosofía de su padre había sido la de la confrontación directa hasta el punto de la destrucción de casi todo lo que había apreciado. Así que la de Scott sería la opuesta. Si la creencia de su padre era luchar, la suya sería huir. Y así había huido lejos de la Tierra y de las ruinas de la intransigencia de su padre. Pero resultó que lejos no era lo suficientemente lejos. Los Dyrell no se contentaban con el precio que ya habían cobrado: querían más. Así que Scott huyó más lejos, hasta los confines del Cinturón. Pero incluso en aquel remoto rincón del sistema solar, no pudo esconderse de los caprichos del azar. Era

como si su destino fuera estar eternamente envuelto en las acciones del pasado.

Sin embargo, sentado ahora aquí, en esta lanzadera, en esta misión, no podía evitar sentir que una pequeña parte de su padre viajaba con él, enredada en el dispositivo cuántico que ahora portaba. Le pareció apropiado pensar de esa manera. Estaban juntos en esto. Lo arreglarían todo, se cobrarían una justa venganza. Juntos, montarían en este carro de acero hasta las puertas del infierno y aniquilarían todo a su paso en una bola de fuego de retribución.

Los comunicadores cobraron vida de repente.

—¿Scott?

—¿Miranda? —«¿Cómo se estaba comunicando?». Entonces se dio cuenta de que solo había apagado los comunicadores de sus trajes; ahora ella estaba usando el de nave a nave—. Tienes que salir de este canal, pueden oírnos.

—Está encriptado, Scott. Solo podemos oírlo nosotros.

Alargó la mano para apagarlo, pero dudó.

—No hagas esto, Scott. Hay una forma mejor. —Su voz sonaba tensa; sus palabras, apresuradas.

—No pasa nada, Miranda. Estoy aquí con mi padre. Lo estamos haciendo juntos.

—¿Tu padre?

—Sí. Vamos a atacar de frente por su puerta principal y a arreglarlo todo.

—Scott, no tienes que hacerlo de esta manera. —Su tono era más comedido ahora.A través de la ventanilla de la lanzadera, Scott vio que la nave Dyrell se acercaba. Hora de pisar el acelerador.

—Hora de irse, Miranda.

—No, espera, espera. Aria dice que podría haber otra manera.

—Gracias por pensar en mí, pero el momento es ahora.

—No, Scott...

Apagó los comunicadores.

Le estaba distrayendo de la misión, haciendo que perdiera la concentración. Necesitaba centrarse, encontrar su objetivo y apuntar hacia él.

«¿A qué se refería con "otra manera"?», pensó. «No pienses en eso. Concéntrate». Luchó por mantener la mente en su tarea. Pero el pensamiento no se iba ahora que Miranda había plantado la semilla.

Destruir el dispositivo era fácil. Bastaba con pulsar el botón del detonador que llevaba sujeto a su traje EVA. Pero para destruir la nave Dyrell, tendría que meter el contenedor dentro, aunque eso tampoco era difícil. Si lograba atracar en la Dyrell, las puertas se abrirían y ellos mismos lo meterían. El problema era si tendría tiempo para detonarlo antes de que se dieran cuenta de lo que estaba haciendo. «Es posible», pensó. Aún podría conseguir su objetivo. Por supuesto, saltaría por los aires. Pero eso también estaba bien, ya se había hecho a la idea.

Entonces, ¿qué quería decir Miranda? ¿En qué consistía esa otra manera? El pensamiento no le dejaba en paz, y se estaba acercando a la nave Dyrell. Tendría que decidirse pronto o perdería la oportunidad.

Tal y como Scott lo veía, no había forma de que pudiera meter el contenedor en la nave, desacoplar la lanzadera y luego detonarlo desde una distancia segura. El problema era que una vez que la lanzadera se acoplara, solo la nave Dyrell podría liberarla. Scott se quedaría atrapado allí.

—Piensa —dijo en voz alta—. ¿Quizás podría volar el puerto de atraque?

Después de todo, tenía un contenedor cargado de explosivos. Solo necesitaba una carga para el puerto. Quedaría más que suficiente para convertir a los Dyrell en chatarra. Pero solo tenía un detonador. A menos que...

Scott redujo la velocidad de la nave para ganar más tiempo y se desabrochó el cinturón del asiento del piloto. Flotó hasta donde estaba amarrado el contenedor con el dispositivo EPR y abrió la tapa. Dentro, había metido unos veinte cilindros explosivos. Sacó uno y lo examinó un momento, lo volvió a meter y cogió otro. Buscaba un tipo concreto, uno con temporizador incorporado. Estaba bastante seguro de que habría al menos uno ahí. El contenedor del

que procedían era reglamentario, así que debería haber una mezcla de cargas con temporizador y de detonación remota.

Al tercer intento, encontró uno. Se lo metió en un bolsillo, cerró la tapa del contenedor y volvió a su asiento. En la pantalla principal de la cabina, los detectores de proximidad estaban captando la baliza de atraque de la nave Dyrell.

«Es ahora o nunca», pensó. «Hora de decidir». Scott hizo una pausa y luego se inclinó y accionó un interruptor para permitir que la nave Dyrell tomara el control y ajustara la orientación de la lanzadera para alinearla con el puerto de atraque. El monitor emitió un pitido a medida que la nave se acercaba. Finalmente, Scott sintió el impacto sordo cuando las dos naves hicieron contacto y los pernos de anclaje se dispararon para afianzarla. Ahora estaba inmovilizado, y así permanecería hasta que la nave nodriza lo liberara o él consiguiera soltarse de alguna manera.

No tenía mucho tiempo; abrirían la escotilla de atraque en uno o dos minutos. Se levantó del asiento del piloto y flotó hacia la zona de carga de la lanzadera. Desató el contenedor con el dispositivo EPR y se colocó junto a él en una posición directamente opuesta a la escotilla. No había esclusa de aire en el lado de la lanzadera, pero sí en la nave nodriza. Por lo tanto, tenía que salvar ese obstáculo para tener alguna posibilidad de que su alocado plan tuviera éxito. Se amarró al suelo de la bodega de carga, se mentalizó y esperó.

Scott sintió, más que oyó, el ruido metálico de la puerta exterior de la esclusa al abrirse. Se preparó, listo para saltar. La escotilla interior de la lanzadera se abrió finalmente, revelando tres figuras al otro lado, dos de las cuales sostenían pistolas de plasma. Scott empujó el contenedor hacia la abertura con toda la velocidad y fuerza que pudo reunir. El contenedor salió disparado hacia delante y se estrelló contra las tres figuras, arrastrándolas mientras se adentraba en la bodega de carga que había más allá.

Scott fue arrastrado hacia atrás por la correa que había asegurado al casco de la lanzadera. Deshizo el cierre y atravesó la abertura de la escotilla hasta la esclusa de la nave Dyrell. Vio que el contenedor todavía se movía por la gran bodega de carga interna,

mientras las tres figuras daban tumbos y se agitaban, tratando de agarrarse a algo para estabilizarse.

Se acercó a la puerta interior y pulsó el botón para cerrarla justo cuando la descarga de una pistola de plasma impactó en la pared lateral. Chisporroteó y crepitó, y pudo notar el olor a ozono en el aire. Finalmente consiguió cerrar la puerta y se preguntó si habría alguna forma de bloquearla. Pero no se le ocurrió nada, así que desistió y dirigió su atención a localizar la caja de control de las pinzas de anclaje del casco exterior. La vio de inmediato y se acercó a ella, sacando la carga de su bolsillo sobre la marcha. Puso el temporizador en veinte segundos y la adhirió junto a la caja de control.

Scott volvió a la lanzadera y cerró la puerta de la escotilla, girando la manivela para sellarla. Luego, en un movimiento rápido, se impulsó y voló de vuelta a la cabina, cerrando la compuerta del mamparo que separaba esta zona de la bodega de carga. Estaba construida para ser resistente y le ofrecería algo de protección contra la explosión. Una vez ocurriera, la lanzadera perdería la atmósfera, así que se cerró el casco de su traje EVA, lo activó y se abrochó el cinturón.

Cuando la carga finalmente detonó, la fuerza del impacto lanzó a Scott de lado y se golpeó la cabeza con fuerza contra el interior de su casco. Luces y alertas parpadearon por todo el puente de mando mientras la lanzadera sufría un colapso total. Las estrellas del exterior se desplazaron por su campo de visión y la lanzadera fue despedida hacia el exterior. Hubo otra sacudida violenta y la lanzadera empezó a girar. «Mierda», pensó, «sigue enganchada. No ha funcionado».

La nave volvió a chocar contra el casco de la Dyrell. Algo todavía la sujetaba, pero a duras penas. Scott buscó los mandos, con la vana esperanza de que los motores funcionaran. La nave se encendió mientras él empujaba los mandos para obtener el máximo empuje. Pero no iba a ninguna parte, al menos no en relación con la Dyrell. Entonces se cortó la corriente y la cabina se sumió en la oscuridad. «Joder», golpeó la consola con los puños, frustrado.Tras un momento, Scott recuperó la compostura y se recostó

tranquilamente en el asiento. «Bueno, al menos lo he intentado», se dijo mientras buscaba el detonador remoto que aún llevaba sujeto a su traje EVA... y pulsó el botón.

24

CAMPO DE ESCOMBROS

Miranda intentó varias veces volver a contactar con Scott después de que él cortara las comunicaciones. «¿Por qué hacía eso?», se preguntó. «¿Por qué esa loca misión suicida?». Lo único que tenía que hacer para destruir el dispositivo era dejarlo flotando en el espacio y volarlo por los aires. ¿Por qué matarse en el proceso? ¿Acaso se había vuelto completamente loco?

—Scott, háblame —volvió a intentarlo.

—No va a responder —dijo Aria.

—¿Cómo lo sabes?

—El análisis de voz de su última conversación indica una determinación férrea; no es fácil de anular.

Miranda suspiró y se recostó en el asiento. La IA probablemente tenía razón. No había nada más que pudiera hacer excepto presenciar su destrucción en el monitor principal. Alzó la vista y amplió la imagen de la lanzadera. Se había imaginado que empezaría a coger velocidad para poder embestir el Dyrell a la máxima potencia pero, hasta ahora, había mantenido su ritmo lento y constante. Miranda observó durante un rato cómo la distancia entre la lanzadera y el Dyrell se reducía, y aun así él mantenía la misma velocidad. De hecho, parecía que estaba frenando. Entonces, en el último momento, empezó a acelerar. Miranda estaba segura de

que había llegado la hora: iba a estrellarse directamente contra el casco del Dyrell. Ahora estaba de pie; observaba con las manos aferradas al borde de la consola del puente. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, acercó la lanzadera lentamente y atracó. Miranda volvió a sentarse y respiró aliviada.

—Parece que, después de todo, ha decidido no matarse.

—Todavía no —dijo Aria.

—¿Puedes ampliar más la imagen de la nave, Aria?

—Por supuesto. —La pantalla se llenó entonces con una imagen de la lanzadera atracada en el Dyrell.

—Me pregunto qué estará haciendo. —La pregunta de Miranda obtuvo respuesta casi de inmediato. Una explosión en el puerto de atraque pareció separar la lanzadera de la nave nodriza y una lluvia de escombros salió disparada hacia el espacio—. Ha volado la esclusa —se levantó de un salto—. Vamos, Scott, lárgate, ponte en marcha.

Los motores de la lanzadera se encendieron y se dio cuenta de que algo todavía la sujetaba al Dyrell. Entonces pareció perder potencia y se estrelló de nuevo, golpeando contra el casco. El morro de la lanzadera rebotó y luego algo, en algún lugar, se rompió mientras la parte trasera se elevaba y daba una vuelta de campana hacia delante. Empezó a flotar libremente justo cuando toda la sección central de la nave Dyrell quedó desgarrada por una explosión masiva. Una enorme bola de fuego floreció y pareció engullir toda la nave, y desde su núcleo se expandió una nube de escombros.

—Dios mío, lo ha hecho, la ha volado por los aires.

El infierno en su centro se extinguió rápidamente al consumirse todo el oxígeno del Dyrell. Miranda vio ensancharse una brecha por donde la nave se había partido, vomitando un mar de restos.

—¿Ves la lanzadera, Aria? ¿Queda algo de ella?

—Cambiando a hiperespectral. —El monitor se llenó entonces de una multitud de manchas de colores estridentes sobre las que se superponía una fina retícula. Varias miras en forma de cruz danzaron por la pantalla momentáneamente antes de estabilizarse finalmente sobre dos pequeños borrones de color.

—He localizado dos componentes principales de la lanzadera. Volviendo a visual y rastreando.

El monitor regresó a una imagen óptica con los objetivos todavía visibles y siguiendo la trayectoria de salida de los componentes marcados. La imagen se amplió más mientras seguía una mancha borrosa.

—Esta sección corresponde al compartimento principal del motor.

La pantalla se alejó momentáneamente y cambió el enfoque a la segunda imagen borrosa, más grande.

—Esta parece ser la sección de la cabina.

—¿Está intacta?

—No estoy segura de a qué te refieres con «intacta».

—¿Podría haber sobrevivido Scott?

—Si el mamparo trasero ha aguantado, entonces teóricamente es posible. Aunque es muy poco probable.

Miranda observó cómo los restos de la lanzadera salían en espiral desde el epicentro de la explosión y se perdían en el espacio.

—Tenemos que ir a por él. —Volvió a sentarse y empezó a trazar un rumbo.

—No tenemos combustible, Miranda. Usamos todo lo que teníamos para llegar a Europa. Solo estamos usando el motor de plasma para mantenernos en órbita y no tiene el empuje que necesitamos para interceptar. Podríamos alcanzarlo con el tiempo, pero calculo que no sería hasta dentro de al menos tres días.

—¿Y el módulo de aterrizaje?

—Sí, es posible. De hecho, puede que sea tu única oportunidad de interceptarlo.

—Vale, prepáralo, Aria. Voy a por él.

—La trayectoria de ese objeto es tal que solo tendrás un punto de intercepción. Si lo fallas, Miranda, te será muy difícil volver a alcanzarlo.

—Lo alcanzaré. No te preocupes. —Salió corriendo del puente, bajó por uno de los radios centrales en el ascensor y se dirigió lo más rápido que pudo al hangar. «Probablemente Aria tenga razón», pensó. «Scott está muerto». Pero tenía que intentarlo. Aunque solo hubiera una mínima posibilidad, tenía que intentarlo.

Cuando Miranda entró en el hangar, una alerta empezó a sonar a todo volumen por la megafonía.

—¿Qué está pasando, Aria?

—Alerta de proximidad. Se nos acercan escombros de la explosión. Intentaré maniobrar el Hermes lo mejor que pueda para minimizar cualquier daño por impacto. Pero tendrás que tener cuidado ahí fuera. La mayor parte de los fragmentos empezarán a pasar en tres minutos. Algunos tienen velocidad suficiente para perforar el casco del módulo de aterrizaje.

—Vale. Me hago una idea. —Se había puesto el traje en la esclusa de aire y ahora estaba subiendo a la cabina del módulo. Le cedió el control de vuelo a Aria, ya que estaba rastreando la lanzadera y la mantendría en el mejor rumbo para una intercepción. Lo único que tenía que hacer era quedarse quieta y esperar no ser alcanzada por nada. Mantuvo la cabina interna despresurizada, ya que esto mitigaría cualquier perforación menor. Sin atmósfera dentro del módulo, no se descomprimiría de repente si recibía un impacto. Pero su traje EVA era otra historia. Sería lo único que la mantendría con vida ahí fuera.

—Vale, Aria. Lista.

Las compuertas del hangar se abrieron y la nave empezó a salir sobre su plataforma. En un minuto, estaba despegando y virando para alejarse del Hermes. En el monitor principal, Miranda observaba el punto que representaba los restos de la lanzadera de Scott. Se quedó pegada al asiento cuando el módulo aceleró a máxima potencia. La voz de Aria resonó en su casco:

—Microescombros aproximándose en veintiocho segundos.Miranda se agarró con fuerza a los reposabrazos e intentó respirar con normalidad. Las alertas parpadearon en la pantalla mientras el casco era acribillado por la metralla. De repente, apareció un diminuto agujero en el casco, justo encima de su cabeza, luego otro, y otro... y esos eran solo los que podía ver. El pequeño módulo de aterrizaje se estaba convirtiendo en un colador. Los controles de vuelo parpadearon momentáneamente antes de apagarse por completo.

Joder —pensó.

—Miranda, ¿estás bien?

—Más o menos. Aunque la consola está muerta.

—La nube de escombros ya ha pasado. Puedo intentar iniciar un reinicio. —La consola parpadeó momentáneamente y luego se iluminó de nuevo.

—¡Ha vuelto! —gritó—. ¡Ha vuelto!

—La nave ha sufrido daños en los sistemas de control. He conseguido restablecer la energía, pero no sabría decir por cuánto tiempo.

—¿Cómo de graves?

—No tienes mucho tiempo. Los sistemas podrían volver a fallar y quizá no pueda restablecerlos remotamente.

—Vale.

Miranda echó un vistazo al monitor. El punto estaba mucho más cerca ahora. Miró por la ventanilla, intentando obtener una referencia visual. —No lo veo, Aria.

—Debería estar encima de ti.

Estiró el cuello y escudriñó el espacio negro y vacío sobre la nave. Algo destelló. Lo estudió y se dio cuenta de que era la lanzadera, girando suavemente, con la brillante luz de Júpiter reflejada en lo que quedaba de sus ventanillas delanteras.

—Lo tengo, Aria.

—Te acercaré todo lo que pueda. El resto dependerá de ti.

Miranda se desabrochó los arneses de sujeción del asiento del piloto y flotó hacia la escotilla principal. A su lado, colgada a media altura en la pared interior, había una mochila propulsora. Se colocó de espaldas al arnés y lo aseguró a su traje de EVA. Extendió la mano y pulsó el botón para abrir la escotilla.

Fuera, la vasta y tormentosa superficie de Júpiter dominaba la vista. Recortados contra ella se veían los restos de la cabina de la lanzadera, que giraba lentamente. La pequeña nave había sido destrozada por la explosión. Pero la sección de la cabina había permanecido relativamente intacta, ya que estaba diseñada para soportar impactos mayores que el resto de la nave. Sin embargo, mientras los restos daban vueltas, Miranda vio que estaban seriamente dañados. El techo y los lados tenían abolladuras y surcos

profundos en el metal. Las ventanillas delanteras estaban agrietadas y astilladas. El corazón se le encogió al verlo. «¿Podría alguien haber sobrevivido a eso?», se preguntó.

—Hasta ahí es lo más cerca que puedo llevarte sin peligro, Miranda —resonó la voz de Aria en su casco.

—Vale, voy a echar un vistazo. —Se enganchó un cable de seguridad al traje y luego se lo pensó mejor. La mantendría unida al módulo, pero como los restos estaban dando vueltas, podría acabar enredándose en ellos, y eso sería catastrófico. Así que lo desenganchó y comprobó la potencia de la mochila propulsora—. Vale, allá voy.

Miranda se impulsó fuera de la escotilla abierta en dirección al amasijo de hierros giratorio, tocando ligeramente los controles del propulsor para frenar y no rebotar si se acercaba demasiado rápido. Intentó alinearse con el centro de giro, pero parecía estar rotando sobre varios ejes. Apuntando lo mejor que pudo, Miranda intentó agarrarse a la sección que se movía más lentamente, que era la ventanilla delantera. Rebotó en su primer intento, pero logró aferrarse al segundo.

El cristal de cuarzo de esta sección de la ventanilla todavía estaba intacto, aunque tenía numerosas y profundas muescas. También estaba tan ennegrecido que a Miranda le costaba ver a través de él. Se movió lentamente, mano sobre mano, a través de lo que quedaba de la parte delantera de la nave hasta la ventanilla del lado izquierdo. Esta se había hecho añicos por completo, y pudo meter la cabeza para inspeccionar la cabina.

Al otro lado, el cuerpo inmóvil del comandante Scott McNabb seguía atado al asiento del piloto. Tenía la cabeza caída hacia delante y los brazos suspendidos lánguidamente a los lados. Flotando delante de él estaba el detonador, todavía atado a su traje.

—Scott —dijo Miranda, como si él fuera a oírla milagrosamente y responder de alguna manera.

Examinó el hueco de la ventanilla y se dio cuenta de que no podría pasar con la voluminosa mochila propulsora puesta. Consideró quitársela, pero podría ser arriesgado: si se soltaba de los restos, no tendría forma de volver al módulo. Decidió, en cambio,

revisar el resto del casco para ver si había un hueco lo suficientemente grande por el que pudiera pasar.

Pasó unos minutos recorriendo el casco de la nave destrozada. Estaba lleno de marcas de impactos, y aquí y allá mostraba signos de daños más profundos. Pero parecía haber resistido notablemente bien. Sin embargo, no encontró ningún desgarro o brecha que pudiera utilizar. Ni siquiera el mamparo trasero de la cabina se había roto. Había sufrido una explosión considerable, ya que toda la sección era ahora cóncava. Intentó abrir la puerta, pero estaba demasiado doblada y abollada para moverse. No le quedaba más opción que intentar colarse por la ventanilla delantera.

Miranda regresó a la proa de la nave. Tras unos minutos más, se había quitado la voluminosa mochila propulsora y la había atado al casco lo mejor que pudo. Fue difícil, ya que tuvo que hacerlo con una sola mano. Con la otra, se aseguró de tener un buen agarre a la nave. Finalmente, empezó a introducirse a través de la ventanilla rota, girando y tirando hasta que por fin estuvo dentro de la cabina.

Flotó hasta donde Scott estaba atado. La sangre surcaba el interior del visor de su casco y, al acercarse, vio que tenía los ojos cerrados y la cara cubierta de sangre. No sabía si estaba vivo o muerto, así que comprobó las lecturas del panel de control de su muñeca. El traje todavía tenía energía y al menos dos horas más de aire respirable. Esto significaba que también seguía intacto y era capaz de mantener la presión. El corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que quizá, solo quizá, aún podría estar vivo.

Miranda le desabrochó el arnés y lo levantó del asiento. Tras varios minutos de cuidadosas maniobras, había conseguido volver a salir y había sacado la mayor parte del cuerpo inerte de Scott. Pero algo se enganchó. Lo empujó un poco hacia adentro para ver qué era. Sobresalía una sección del grueso cristal roto. No había forma de romperlo, así que no tuvo más remedio que intentar sacarlo, aunque se arriesgara a dañar la integridad de su traje de EVA. Apoyó los pies en el casco y tiró de él con todas sus fuerzas.Se soltó con una brusquedad que no le dio a Miranda tiempo para reaccionar. Se encontró dando tumbos hacia atrás, lejos del casco y hacia el espacio, todavía agarrada al cuerpo inerte de Scott. Vio la mochila

propulsora aún atada al casco de la lanzadera, de la que ahora se alejaban lentamente. «Mierda», pensó, mientras se percataba de la grave situación en la que se encontraba. Sin el propulsor, no tenía forma de maniobrar, ni forma de volver al módulo. Estaba a la deriva en el espacio. Como una ballena varada o una tortuga boca arriba, podía agitar las extremidades todo lo que quisiera, que no iba a servir de nada. Pero todavía no era momento de entrar en pánico.

—Aria, tengo un problema.

Silencio.

—Aria, ¿me oyes?

Silencio.

—Aria, responde. Me vendría muy bien algo de ayuda.

Pero no hubo respuesta, solo una leve estática de fondo resonando en su casco.

—¿ARIA?

Nada.

A estas alturas, una sensación de pánico empezaba a crecer desde lo más profundo de su ser. Luchó por controlarla. Las comunicaciones de su traje debían de haberse dañado con el impacto de los escombros. «Piensa, joder». Miró a su alrededor y tanto los restos de la lanzadera como el módulo Hermes ya estaban a bastante distancia. En ese momento, se dio cuenta de que no había nada que pudiera hacer. La había cagado.

Contempló el rostro ensangrentado de Scott a través del visor del casco. —Lo siento, Scott. La he vuelto a fastidiar. Siempre acabo haciendo alguna estupidez, ¿verdad? —Acercó la cabeza hasta que sus visores se tocaron, y le pareció ver un leve parpadeo. Seguía vivo, pero ¿por cuánto tiempo?

—Nunca parece que me salgan bien las cosas, Scott. Es la historia de mi vida. —Miró en dirección al módulo, solo para verlo alejarse cada vez más—. Bueno, aquí estamos, al final del camino. No hay salida para esta, comandante. No hay forma de volver a casa. —Volvió a mirar el rostro destrozado y ensangrentado de Scott McNabb—. Siento no haber podido salvarte. Lo intenté, de verdad que lo intenté.

Tras unos instantes, Miranda comprobó su propio suministro de oxígeno. Le quedaban poco menos de cuatro horas. «Cuatro horas de vida», pensó, «a menos que se me ocurra algo o las comunicaciones vuelvan a funcionar».

—¡Aire! —gritó dentro de su casco—. Claro. ¿Por qué no lo he pensado antes? Quizá haya una forma.

Había recordado una acción de último recurso del entrenamiento, una que solo se hace si no hay absolutamente ninguna otra opción. —Aguanta, Scott. Puede que después de todo tengamos una oportunidad. —Enganchó su traje EVA al de él con un cable corto, y luego empezó a buscar en el bolsillo de carga de su muslo derecho. Sacó un cuchillo corto con una hoja de sierra y una punta afilada, y lo agarró firmemente con una mano. «Vale, allá voy. Espero que esto funcione, joder». Abrió la palma de su mano izquierda e hizo girar suavemente la punta del cuchillo para atravesar el guante.

Cuando finalmente lo perforó, el resultado fue caótico. El aire salió a chorros y le lanzó el brazo hacia atrás con una fuerza que no esperaba. Empezaron a dar vueltas y más vueltas antes de que Miranda tuviera tiempo de reaccionar. Cerró el puño para frenar el aire que se escapaba e intentó averiguar su orientación. Pero era difícil ver algo más que la inmensidad del gigante gaseoso Júpiter pasando a toda velocidad. Ajustó la posición de la palma en la dirección opuesta a su giro y abrió lentamente el puño. El aire siseó de nuevo y empezó a contrarrestar su rotación, ralentizándola.

Tras unos cuantos intentos más, Miranda sintió que tenía cierto control, aunque todavía era tosco y carecía de finura. No obstante, consiguió divisar la lanzadera destrozada a lo lejos, visible solo por el destello de la luz reflejada en sus ventanillas rotas. A su lado, el módulo de aterrizaje seguía esperando. Ajustando la orientación de su mano y abriendo y cerrando el puño, consiguió que se movieran en la dirección correcta. Una sensación de esperanza volvió a ella. —Aguanta, Scott. Todavía no estamos muertos.

En su primer intento se acercó demasiado rápido y pasó de largo del módulo por varios metros. Le llevó un tiempo frustrantemente largo conseguir que ambos se reorientaran en la dirección correcta, pero esta vez fue más despacio, y empezaba a cogerle el truco a la

física de su rudimentario propulsor. Necesitó tres intentos más antes de estrellarse finalmente contra el costado del módulo. Se aferró frenéticamente a un asidero, pero el cuerpo inerte de Scott se interponía y no consiguió agarrarse. Volvieron a rebotar. ¡Maldita sea! Miranda se estaba frustrando y empezó a preocuparse de que su suministro de aire se agotara, ahora que lo estaba usando como propulsor.

Se acercaba lenta y controladamente en su séptimo intento cuando la alerta de bajo nivel de aire finalmente parpadeó en la pantalla de su casco. Le echó un vistazo. Quedaban veinticinco minutos. Eso era aire respirable, pero al ritmo que lo estaba expulsando de su traje, la duración real era mucho menor. —Concéntrate —se dijo a sí misma—. No pierdas de vista el objetivo.

El módulo de aterrizaje se acercaba lentamente a ella. Miranda apuntó a un grupo de asideros que rodeaban la escotilla. Cualquiera de ellos serviría, no podía ponerse exigente. Pero solo podía agarrarlo con una mano; abrir el puño de la otra solo la enviaría de nuevo dando vueltas fuera de rumbo. Había reajustado el arnés que unía a Scott a su traje EVA para que él flotara detrás de ella. Su vector de aproximación era correcto, y Miranda consiguió agarrar el asidero en su primer intento. Lo apretó con fuerza y soltó un largo y lento suspiro de alivio. Se quedó colgada allí un segundo o dos, recomponiéndose, antes de finalmente extender el brazo y abrir la escotilla del módulo. Miranda maniobró para entrar, tirando de Scott detrás de ella.

La cabina estaba a oscuras. No había energía.

—¿Aria? —se aventuró a llamar, pero seguía sin haber respuesta. La pantalla de su casco mostraba once minutos.

—Reinicia. Intenta reiniciar la energía —se dijo a sí misma mientras rebuscaba en un bolsillo y sacaba un parche para el traje EVA. Debería detener la fuga y evitar que tuviera que trabajar con una sola mano. Perdió unos cuantos minutos valiosos de aire en el proceso. Normalmente se limitaría a presurizar la cabina, pero no tenía sentido ya que el módulo había sido acribillado por microescombros.

Maniobró para sentar a Scott en un asiento y lo amarró. Solo entonces Miranda intentó finalmente un reinicio del sistema. Apagó todos los interruptores de energía y luego empezó a encenderlos de nuevo en secuencia. La consola de la cabina se iluminó como un árbol de Navidad.

Miranda se lanzó al asiento del piloto y accionó el contacto. La nave retumbó y los motores se encendieron. Miró a Scott, con la cabeza caída sobre el pecho. —Nos vamos a casa, colega. Nos vamos a casa.Con las comunicaciones de su traje averiadas y sin forma de contactar con Aria, rezó para que esta hubiera tenido el buen juicio de dejar abiertas las compuertas del hangar. La pantalla de su casco mostraba tres minutos en brillantes números rojos.

Las compuertas del hangar estaban abiertas, pero no había tiempo para celebraciones. Miranda había decidido no aterrizar en la plataforma extendida y esperar a que se retrajera lentamente. No había tiempo para eso: entraría volando sin más, y al diablo con los daños. Se alineó con la abertura y metió el morro de la nave lo más suavemente que pudo por el hueco. Chocó contra el techo. Cortó la potencia y aterrizó con fuerza en el suelo. Su casco emitió un chillido de alerta crítica de bajo nivel de oxígeno; estaba en las últimas. Inspiró profundamente y contuvo el aire. «Esta podría ser la última», pensó.

Miranda desabrochó a Scott, lo arrastró fuera del módulo y se impulsó hacia la esclusa interna al otro lado del hangar. Los pulmones empezaron a dolerle mientras lo metía. Pulsó «presurizar», la puerta exterior se cerró y el espacio interior siseó y soltó bufidos mientras los chorros de aire llenaban el habitáculo... 10 %, 20 %. El indicador de la esclusa subía lentamente y la presión aumentaba. «Vamos, vamos». Luchó contra el impulso de inspirar, sabiendo que no quedaba nada en su botella. La alerta verde parpadeó en el monitor de la esclusa y Miranda se quitó el casco de golpe y tomó una larga bocanada de aire.

—Miranda, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? —interrumpió la voz de Aria.

Miranda agitó una mano cansada en el aire mientras respiraba profundamente varias veces.

—Las comunicaciones del traje están jodidas... se me escapó la lanzadera... es una larga historia.

—Veo que has recuperado al comandante. ¿Sigue vivo?

—No lo sé. Lo estoy comprobando ahora. —Flotó hacia él y le quitó suavemente el casco, dejando al descubierto una cabeza ensangrentada. Se llevó la mano a la boca para ahogar su sorpresa. Sin embargo, al mirarlo más de cerca, parecía peor de lo que realmente era. Con mucha delicadeza, extendió la mano y le tocó la mejilla con el dorso. Su piel estaba caliente—. Creo que sigue vivo, pero por los pelos.

Le sostuvo la cabeza entre las manos y miró su rostro destrozado.

—Aguanta, cabronazo. No te mueras ahora. —Lo atrajo hacia ella, abrió la puerta interior de la esclusa y comenzó a dirigirse a la enfermería.

25

REGRESO A LAS ESTRELLAS

Dentro de un taller de mantenimiento desalojado a toda prisa en el anillo exterior de la Hermes, los tripulantes restantes se habían reunido alrededor de una esclusa de residuos junto con varios representantes del enclave de Europa. Un cuerpo descansaba sobre una plataforma baja frente a la escotilla abierta de la esclusa, envuelto en una sencilla sábana blanca. A su cabecera, una figura sacerdotal permanecía de pie. Levantando una mano para pedir silencio al grupo reunido, comenzó a hablar.

—Forjados en el crisol de las estrellas y nacidos del cosmos, somos la creación de los cielos. Cuando una estrella muere, ofrece su materia generadora de vida al universo para que podamos existir. Su muerte es nuestra vida. Así pues, que el cosmos reclame ahora y recoja para sí a nuestro camarada caído, Rick Marantz. Y así, al igual que viniste, regresarás: de vuelta a las estrellas, de vuelta a la cuna del universo.

Se detuvo un momento, con la cabeza gacha. Luego, con un movimiento de cabeza, indicó a los dolientes congregados que podían proceder. Scott asintió a su vez, avanzó un paso y colocó una mano en un lado de la plataforma donde descansaban los restos de su amigo y colega. Miranda, Cyrus y Steph también se adelantaron, pusieron las manos sobre la plataforma y juntos empujaron el

cuerpo hacia la esclusa abierta. Scott cerró la escotilla interior y, con una rápida mirada a sus compañeros de tripulación, tiró de la palanca para abrir la compuerta exterior y exponer el compartimento al vacío del espacio.

La tripulación permaneció en silencio durante un rato, observando a través de la mirilla cómo el cuerpo del viejo minero salía despedido al espacio. A Scott le asomó una lágrima en el ojo; dejó que cayera. Tras un momento, echó un último vistazo por la ventana al cuerpo de su querido amigo, que se alejaba lentamente hacia el vacío, antes de darse la vuelta y abandonar la ceremonia.

Regresaron a la cubierta principal de la Hermes, donde se les unieron aún más personas de Europa: trabajadores y técnicos a los que se les había encomendado la reparación de la vieja nave. Scott vio uno de los drones de Solomon y se preguntó qué hacía allí. Quizá era la forma que tenía la IA de presentar sus respetos. Se sentó y se secó la cara con el dorso de la mano, resistiendo un fuerte impulso de rascarse el vendaje que le cubría el ojo derecho. Los cirujanos de Europa, que habían hecho un trabajo excelente reconstruyéndolo, le habían advertido que no lo tocara. Scott tenía muchas posibilidades de recuperar la visión de ese ojo siempre que evitara rascárselo. Así que resistió el impulso y, en su lugar, se palpó el costado de la mandíbula. El dolor disminuía cada día y pronto le retirarían la fijación.

Había tenido suerte, según decían. La lanzadera tenía un diseño de cabina reforzado, por lo que había logrado permanecer relativamente intacta en la explosión que había destrozado la nave Dyrell. Tenía algunas costillas rotas y el cuerpo lleno de magulladuras, pero sus principales lesiones se produjeron cuando su cabeza golpeó contra el interior de su casco. Por suerte, solo se le rompió la mandíbula y no el casco. Sin embargo, al final, su supervivencia se debía a que Miranda había arriesgado su propia vida para salvarlo de su temeraria estupidez. Palabras de ella, no suyas.

Había estado preparado para morir, se había resignado a ese destino, lo había aceptado, incluso abrazado. Ahora, sin embargo, mientras se recuperaba tanto física como mentalmente, un nuevo

aprecio por la vida crecía en su interior. Las acciones de Miranda le habían dado una segunda oportunidad y sentía que estaba en deuda por el regalo que ella le había concedido. Era en parte una carga, una responsabilidad de no desperdiciar esta oportunidad, y en parte una liberación de los grilletes de su propio desapego de la vida. Había renacido y nunca volvería a ser el mismo.Para entonces, la mayor parte de los asistentes al funeral se habían trasladado desde el taller de mantenimiento de la Hermes a la comodidad del comedor. Se les habían unido algunos funcionarios más de Europa, gente a la que habían conocido desde el fin de las hostilidades. Scott había supuesto que ni él ni la tripulación serían ya bienvenidos allí, ya que eran responsables de haber sembrado la muerte y la destrucción sobre la que era una sociedad pacífica y armoniosa. Pero no fue así; ni mucho menos: el Consejo de Europa parecía acogerlos aún más, considerándolos salvadores de la paz. Especialmente a Scott, por su sacrificio casi fatal al destruir el dispositivo de una vez por todas. Lo consideraban un acto desinteresado y noble, digno de su admiración y respeto. Incluso habían enviado un equipo para reparar y reabastecer su nave. Scott no tenía ninguna gana de dejar Europa y regresar a Ceres con toda la incertidumbre que eso conllevaba. Sin embargo, no tenían prisa; aún tenía que recuperarse por completo antes de plantearse la partida.

Cyrus acababa de descorchar una botella de whisky que habían encontrado escondida en el camarote de Rick. Era viejo y de buena calidad, lo que significaba que estaba muy por encima de las posibilidades económicas de Rick. Cómo había llegado a conseguir tal artículo era motivo de gran especulación. Cyrus llenó los vasos y Scott aprovechó para alzar el suyo ante todos los reunidos.

—Por Rick —dijo mientras levantaba el vaso. Era todo lo que estaba dispuesto —o era capaz— de decir con la mandíbula cerrada con alambres y las emociones a flor de piel.

Todos brindaron y dieron un sorbo, y poco a poco empezaron a contar historias de las pasadas aventuras de Rick. Algunas reales, otras míticas, la mayoría leyendas. Cyrus acababa de empezar a contar una historia sobre la vez que Rick y dos mineros quedaron atrapados en un asteroide después de que abrieran accidentalmente

una brecha en su módulo de aterrizaje. Consiguieron sobrevivir durante siete días encerrados en un refugio de emergencia antes de ser recogidos por una fragata que pasaba. La historia se centraba principalmente en cómo uno de los mineros se volvió loco e intentó matar a Rick, convencido de que era un monstruo alienígena carnívoro. Scott la había oído muchas veces antes, así que se apartó del grupo y se sentó para pasar un rato a solas con sus pensamientos.

Al cabo de un rato, Miranda se acercó y se sentó a su lado.

—¿Y bien, cómo lo llevas?

Scott le lanzó una mirada de reojo.

—¿Física o mentalmente?

Miranda soltó una ligera risa.

—Ambas, supongo.

—Físicamente, estoy hecho polvo. No hay parte de mi cuerpo que no me duela. Pero, bueno... Lo superaré, con el tiempo. —Levantó su vaso hacia ella. Brindaron.

—Entonces, ¿y mentalmente? —Se dio un golpecito en el cráneo.

—Ah... bueno, triste por dejar a Rick atrás. —Miró a través de la amplia ventana del comedor hacia las estrellas, quizá con la esperanza de vislumbrar a su viejo amigo a la deriva hacia el infinito —. Y triste por irme de aquí. Justo empezaba a gustarme. —Hizo una pausa y miró su bebida—. ¿Has pensado en lo que vas a hacer cuando volvamos a Ceres?

Miranda suspiró.

—No lo sé. Supongo que buscar otro trabajo, ahora que el resto de la misión de exploración se ha cancelado.

—Se canceló en el momento en que encontramos esa nave abandonada. La única diferencia es que pensábamos que todos íbamos a cobrar una buena paga. Ahora toca volver a trabajar para ganarse la vida —dijo con una sonrisa.

—Sí, y eso no va a ser más fácil ahora que hemos hecho tantos enemigos durante esta aventura. Va a ser muy difícil recoger los pedazos.

Scott miró al grupo de Europa. Estaban entretenidos con algunas de las historias de Steph sobre las hazañas de Rick.

—Aunque hemos hecho algunos amigos nuevos.

—La verdad es que voy a echar de menos este sitio —dijo Miranda—. Odio admitirlo, pero podría acostumbrarme a estar aquí.

—¿De verdad? —Scott enarcó una ceja—. No pensaba que este tipo de cultura cuasiespiritual y pacifista fuera lo tuyo.

Miranda sonrió.

—Yo tampoco, hasta que pasé un tiempo aquí. Es verdad que cuesta un poco acostumbrarse, pero es agradable sentir que no te están utilizando como una herramienta en la estrategia de otro. —Se inclinó un poco—. Pasé años luchando en las guerras de otros. Un peón movido al antojo de los demás. Y luego, cuando ya no sirves, te abandonan. Tengo la impresión de que eso no pasa por aquí.

Scott se rio.

—¿De verdad estoy oyendo esto? Te estás volviendo una blanda conmigo, justo cuando a mí me empezaba a entrar el gusanillo de la lucha. —Volvió a mirar por la ventana—. No puedo decir que ser bueno me haya servido de algo.

—Eso es porque eras un felpudo, Scott, y dejabas que todo el mundo se limpiara los pies en ti.

Scott la miró ofendido.

—Gracias.

—Bueno, lo eras. Además de estar totalmente desconectado de todo lo que te rodeaba.

—Desde luego, sabes cómo hacer que uno se sienta bien, Miranda. Hazte un favor y no te dediques a la diplomacia.

—Solo es un comentario. O sea, hace que lo que hiciste sea tan... increíble. No sé si yo podría haberlo hecho.

—Sí que lo habrías hecho. Es solo que nunca encontraste algo en lo que creyeras de verdad. Luchar era un trabajo para ti. Lo hacías con la cabeza, no con el corazón.

Ella le lanzó una mirada severa.

—Si solo hubiera usado la cabeza, nunca habría intentado salvarte.

Scott levantó su vaso.

—Bueno, pues yo, por mi parte, me alegro mucho de que lo hicieras.

Ella se acercó, le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también. A veces puedes ser un verdadero incordio, pero... —vaciló y después negó con la cabeza.

—¿Qué? Venga, dilo.

—Ah, no importa. Lo único que importa es que te recuperes. —Le apretó de nuevo el hombro—. ¿Vale?

Scott le dedicó una media sonrisa y asintió.

—Haré lo que pueda.

Miranda se levantó e hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo.

—Creo que será mejor que no seamos tan antisociales.

Scott miró hacia allí.

—Sí. Em... ve tú. Me reuniré con vosotros en un momento.

—Vale. —Se dio la vuelta y se marchó.

«¿A qué ha venido eso?», pensó mientras la veía alejarse. Le gustaba esta nueva Miranda tierna y sensible, la prefería mucho más a la antigua versión dura de roer.

Los pensamientos de Scott se vieron interrumpidos cuando Goodchild se acercó y se sentó a su lado.

Ella alzó su vaso.

—Este es un whisky muy bueno, comandante. Su amigo tenía buen gusto. Me encantaría saber cómo consiguió una botella tan cara.—Oh... probablemente lo ganó en una partida de cartas, conociendo a Rick. Era un hombre de pocas palabras, nunca hablaba mucho de sí mismo ni de lo que hacía. —Scott bajó la vista hacia el líquido ambarino y lo removió un par de veces—. Era un buen amigo —continuó—. Sabe, a veces nos sentábamos durante horas, sin decir nada. A gusto en compañía del otro, como un par de zapatos viejos.

—Una amistad así es un don poco común. Siento su pérdida, comandante.

—Ah... supongo que todos tenemos que irnos alguna vez.

—Hablando de... eh, irse. —Goodchild bajó la voz y se removió un poco en su asiento—. ¿Cuándo piensan partir hacia Ceres?

—En unas semanas, quizá. Tan pronto como me quiten este alambre de la mandíbula y completemos todas las pruebas de ingeniería en la nave. —Tomó otro sorbo—. Seré sincero, me

encantaría quedarme. —Hizo un gesto con la mano hacia el resto de la tripulación—. A todos nos gustaría. Han sido más que generosos con nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que hemos provocado semejante carnicería.

—Nosotros lo vemos como que nos han hecho un gran servicio, a nosotros y al sistema. No subestime lo que todos ustedes lograron aquí. Se ha evitado la guerra y el dispositivo que causó todo este caos ha sido destruido para siempre.

Scott se encogió de hombros. —Puede que esta guerra haya terminado, pero estoy seguro de que se creará otro dispositivo.

—Posiblemente, pero tal como están las cosas ahora, nadie tiene una ventaja tecnológica y el *statu quo* se ha mantenido. Si tal dispositivo llegara a ser posible en el futuro... bueno, ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Scott señaló a Cyrus, que parecía tener a todo el mundo partiéndose de risa. —Cyrus todavía no está convencido de que funcione, ni siquiera con la larga y enrevesada explicación de Solomon.

—Solomon nunca se equivoca y, al ser una IC, no miente —dijo Goodchild—. Es una de las grandes ventajas de confiar en una inteligencia cuántica como esa: no tiene motivos ocultos ni planes secretos. Se puede confiar en ella al cien por cien, a diferencia de nosotros, los humanos.

—Perdone, pero esas son las típicas palabras que preceden al desastre —dijo Scott—. ¿Puede estar absolutamente segura de que no tiene algún... gran plan, alguna jugada maestra que esté llevando a cabo, manteniendo a todos los simples humanos en la ignorancia?

—Veo que es usted escéptico y no hay nada de malo en ello. Pero puedo asegurarle que aquí tenemos la máxima fe en Solomon —dijo Goodchild—. Solo busca lo mejor para nuestro futuro, aunque a veces no lo parezca.

Scott se encogió de hombros y levantó su vaso. —Bueno, espero que tenga razón.

—De todas formas, hay una razón por la que quería hablar con usted. —Goodchild se inclinó—. Verá, Scott, la parte positiva de que esta crisis haya llegado a un punto crítico aquí en Europa ha sido

reafirmar nuestra posición dentro del sistema solar como mediador neutral. Las otras potencias de la Tierra, Marte, el Cinturón e incluso Neociudad han empezado a darse cuenta de lo cerca que estuvimos todos de una guerra total muy destructiva. Por eso están dispuestos a pagarnos indemnizaciones por los daños causados.

Scott la miró con incredulidad. —¿Indemnizaciones?

—Sí. —Goodchild se acomodó en su asiento—. El incidente de aquí no sentó bien a la población general en ninguno de los mundos. Lo ven como un crimen atroz contra la inviolabilidad de Europa. Así que, para apaciguar a las masas, el Consejo General del Sistema ha acordado que todas las partes deben ser penalizadas... económicamente.

—Ya veo. Interesante.

—No le dé demasiadas vueltas, Scott. Es sobre todo de cara a la galería, una concesión para acallar al público más que una genuina admisión de culpa. Pero es algo.

—Entonces, ¿qué pasa ahora?

—Ahí es donde entra usted.

Scott ladeó la cabeza. —¿Yo?

—Y su tripulación, y esta nave. —Goodchild hizo un gesto con la mano señalando a su alrededor.

—Continúe. La escucho.

Se inclinó un poco más. —Necesito empezar diciendo que lo que voy a sugerirle es... solo una idea por el momento. Una posible solución que ha sugerido Solomon.

—Le escucho.

—Muy bien. Tenemos entendido que la misión de exploración original en la que participaba fue cofinanciada por las principales potencias del sistema solar y administrada por Ceres. ¿Correcto?

—Sí. Se suponía que todos se beneficiarían de los datos de exploración recogidos.

—¿Pero tal como están las cosas actualmente, la misión va a ser suspendida después de todo lo que ha ocurrido?

—Sí, no sabemos qué va a pasar ahora. Con suerte, nos pagarán parte de nuestro sueldo, pero no creo que veamos una bonificación,

por no hablar de la recompensa por el rescate. Creo que podemos despedirnos de todo eso.

—Bueno, resulta que aquí en Europa necesitamos una misión similar. Una para explorar las lunas de Saturno y los planetas exteriores, y esta nave sería ideal para tal misión, dado que ya cuenta con gran parte del equipo científico necesario a bordo. Por lo tanto, podría —y subrayo, podría— formar la base de las negociaciones.

—¿Quiere que paguen por una nueva misión? ¿Cree que aceptarían ese trato?

—Estoy muy segura de que lo harán. Todos han aceptado el pago de indemnizaciones a Europa, así que esta sería una forma fácil de cumplir con esa obligación. Es más, sería de gran beneficio científico para nosotros y para toda la humanidad. Por supuesto, se necesitaría una tripulación competente, que sepa lo que hace. Y serían muy bien compensados por sus servicios. Dicho esto, aún no lo hemos anunciado. Se lo comunico a usted primero para conocer su opinión al respecto.

—Eh... ¿Cuánto duraría esta misión?

—Será corta, doce meses, más o menos.

—Bueno, tendré que discutirlo primero con la tripulación.

—Por supuesto. —Goodchild hizo una pausa, luego se levantó de su asiento—. Lo dejaré en sus manos, entonces. Pero no delibere durante mucho tiempo: Solomon está ansioso por concluir estas discusiones lo antes posible.

Scott asintió. —Deme uno o dos días.

—Excelente. —Goodchild hizo una ligera inclinación y regresó al grupo principal.

Scott se quedó sentado un rato más, sumido en sus pensamientos. No veía ninguna razón para no aceptar la oferta de Europa. No les esperaba nada a ninguno de ellos en Ceres. Cualesquiera que fueran los planes de futuro que cada uno pudiera haber tenido originalmente cuando se embarcaron en la misión de exploración de asteroides, ahora eran solo sueños.

Pero esta misión sonaba bien: sería corta, bien pagada y los mantendría fuera del foco de atención hasta que la política de los

planetas interiores se calmara lo suficiente como para que ya no fueran de interés para nadie. La nave ya estaba en reparaciones e incluso Aria y Solomon habían estado discutiendo mejoras. Estaría mejor que nunca.

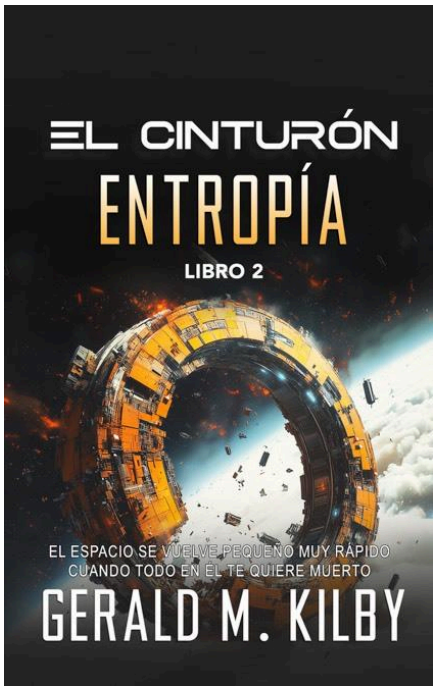
Mientras miraba a la tripulación, que hablaba y compartía aquel momento con la gente de Europa, tuvo la sensación de que su suerte estaba a punto de cambiar. Con una nueva misión y una nave fiable, todo respaldado por la inteligencia cuántica más poderosa del sistema solar, ¿qué podría salir mal?

CONTINUARÁ...



TAMBIÉN DE GERALD M. KILBY

Entropía: El Cinturón Libro 2



La nave científica Hermes ha sido requerida de urgencia para abandonar su misión de exploración en las lunas de Saturno, justo cuando la primera oficial Miranda Lee recibe malas noticias: su madre se está muriendo, lo que la obliga a dejar la nave y regresar a la Tierra… para siempre. El comandante Scott McNabb está tan afectado por su repentina decisión de marcharse que apenas presta atención a los parámetros de la nueva misión solicitada por el Consejo de Europa. Craso error.

Poderosas fuerzas en la Tierra se están movilizando para reanudar las comunicaciones entre las IA, arriesgándose a desatar una guerra total. Pero otras potencias del Sistema también se están organizando para impedir que alcancen su objetivo. Scott y el resto de la tripulación de la Hermes desconocen por completo que se encuentran en el epicentro de una batalla interplanetaria y que se dirigen directos al desastre.

A medida que la misión empieza a desmoronarse, Scott comienza a darse cuenta de los secretos que la IC de la nave, Aria, les ha estado ocultando todo este tiempo. Secretos que podrían inclinar la balanza de poder en el Sistema. Ahora debe dejar a un lado sus pensamientos sobre Miranda y centrarse en salvar a su

tripulación, incluida Aria. De no conseguirlo, podría sumir a todo el Sistema en un caos absoluto.

Casi nada, vamos.

SOBRE EL AUTOR

Gerald M. Kilby creció leyendo a Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y Frank Herbert, lo que despertó en él un gusto por Iain M. Banks y todo lo que ha escrito Neal Stephenson. No es de extrañar, por tanto, que eligiera la ciencia ficción como su campo de batalla narrativo.

CHAIN REACTION fue su primera novela, muy en la línea del tecno-thriller clásico, mientras que sus series más recientes, **MOON BASE DELTA, COLONIA MARTE** y **El Cinturón,** se han convertido en superventas, liderando las listas de Amazon en las categorías de Ciencia Ficción Dura y Exploración Espacial.

Vive en Dublín, Irlanda, en el mismo barrio donde residió Bram Stoker, y a veces se le puede ver escribiendo en su portátil en la cafetería del barrio, acompañado de su perro Loki.

geraldmkilby.com

Publicado por GMK, 2018.
Copyright © 2018 por Gerald M. Kilby.
Copyright de la traducción © 2025 por Gerald M. Kilby.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada ni distribuida en formato impreso o electrónico sin el permiso expreso y por escrito del autor. Por favor, no participes ni fomentes la piratería de materiales protegidos por derechos de autor, ya que esto constituye una violación de los derechos legales del autor. Adquiere únicamente ediciones autorizadas. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, así como con negocios, empresas o acontecimientos reales, es pura coincidencia.

geraldmkilby.com